
HARLEQUIN
Jazmín
Lucy Gordon
Un aniversario muy especial

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un aniversario muy especial, n.º 1750 - noviembre 2014
Título original: The Pregnancy Bond
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-5579-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

KELLY, en su octavo aniversario de boda, dio una fiesta para celebrar su divorcio.

Por supuesto, Jake no estaba, como no había estado en los momentos más importantes de su matrimonio. Pero era natural que no apareciese; probablemente ni siquiera estuviese en el país y, además, no había sido invitado.

Había mucho que celebrar. Acababa de matricularse en la universidad, en el curso que en su día, ocho años atrás, había dejado apartado por culpa de su matrimonio y que ahora estaba dispuesta a terminar. Se graduaría con matrícula de honor y se olvidaría de Jake Lindley para siempre.

Algo que no resultaba fácil cuando veía su cara cada vez que encendía la televisión.

«Jake Lindley informando desde el corazón de los disturbios... Jake Lindley indaga aún más y revela la verdad que usted no conoce...».

Jake Lindley era un héroe, un hombre guapo, con un cuerpo escultural, temerario e intrépido. Con unos ojos y una sonrisa que eran como un imán para cualquier mujer de sangre caliente. Pero había roto el corazón de Kelly y ella estaba contenta de haberse deshecho de él.

Ahora tenía otra vida. Su acogedor apartamento estaba lleno de los nuevos amigos que había hecho en la universidad hacía un par de semanas. A sus veintiséis años, era mayor que muchos de los estudiantes.

También había invitado a los profesores más jóvenes, incluido el atractivo Carl, su profesor de Arqueología, que en medio del salón bailaba como un loco con dos chicas a la vez. Hizo una seña para que se uniera a ellos, pero ella respondió indicándole que primero tenía que servir unas copas.

–Le gustas –dijo una voz por encima del hombro de Kelly. Se volvió y vio a Marianne, la hermana de Carl, bebiendo champán.

–Se fija en cualquier cosa que lleve faldas –dijo Kelly sinceramente.

–No llevas falda, pero llevas unos pantalones de satén negro tan ajustados que por meterme en ellos sería capaz de matarte –dijo Marianne con envidia.

Kelly había soltado una risita complacida. Hacía cuatro meses, cuando había echado a Jake, no hubiera podido meterse en semejante ropa. Pero la tristeza de la ruptura había acabado con su apetito, y cuando consiguió recuperarse había perdido unos nueve kilos sin darse cuenta.

Su recompensa había sido una cara con pómulos seductores, una mandíbula definida y una figura que le permitía deslizarse dentro de aquellos pantalones de satén que parecían haber sido creados para ella. Estaba fantástica y lo sabía, pero si no lo hubiese sabido, la mirada de deseo de los hombres se lo hubiese dicho.

Marianne, que era esteticista, había completado aquella transformación cortándole el pelo. Lo había mantenido a la altura de los hombros desde que, hacía ya mucho tiempo, Jake dijese que le gustaban las mujeres con una melena voluptuosa. Ahora tenía apenas unos centímetros de largo, lo que le proporcionaba un aspecto alocado. Además Marianne se había deshecho de su color dorado, lo había cambiado por un rojo lleno de *glamour* y había reemplazado su colonia por un perfume de almizcle, «El nuevo yo».

–No puedo ser yo –había protestado Kelly, sorprendida.

–Puedes serlo si crees en ti misma, ¡inténtalo! –había insistido Marianne.

Y lo había hecho. Desde un principio supo que el perfume, aquel pelo flameante y el escandaloso traje estaban hechos para ir juntos. De lo que no estaba muy segura era de que estuviesen hechos para ella, pero era divertido intentar averiguarlo.

Aquella noche era el comienzo de su nueva vida como una brillante y joven mujer soltera. Se trazaría un camino propio en el mundo en vez de ir a la cola de un hombre que, no solamente no la correspondía, sino que con el tiempo había dejado de quererla completamente. Había vuelto a descubrir su aspecto y su cerebro, lo que significaba sentirse como una persona nueva. Y la inundaba de inmenso placer darse cuenta de que ahora podía ser la perseguida y no el perseguidor.

Carl se abalanzó sobre ella y la introdujo en el baile.

–Mmm –murmuró inspirando su perfume–. Hueles demasiado bien para ser verdad. Estás demasiado guapa para ser verdad, tu tacto, mmm...

–¿A cuántas les has dicho lo mismo últimamente? –preguntó divertida.

–Me rindo a tus pies y dudas de mí –dijo asombrado–. Y hablando de pies, me encantan tus sandalias doradas.

–Marianne me hizo comprarlas junto con el perfume. En realidad soy su creación.

–Pero no es Marianne quien hace que seas como eres –observó moviendo sus manos sugerentemente.

–Despacito, tigre –dijo moviendo un dedo con fingido reproche. Le gustaba Carl, pero aún no tenía una idea muy clara sobre él.

–Está bien... ¿Sabes por qué Marianne ha hecho todo esto? Se ha propuesto casarme.

–Pues conmigo está perdiendo el tiempo. No quiero más maridos –dijo tajantemente.

–¿Tan malo era?

–Si yo te contase... Para mí ya no existe.

–Me parece muy bien. Un amante es mucho más excitante –murmuró en su oído.

–Quizá, pero tú no podrías serlo.

–¿Por qué? –preguntó como si estuviese ofendido.

–Eres mi tutor, no estaría bien.

–Entonces mañana te expulsaré de mi clase.

Los dos rieron al unísono. La atrajo hacia sí y le mordisqueó la oreja, lo que hizo que ella se riera aún más, dándole a él la oportunidad de plantarle un beso en la boca al que ella correspondió. Carl era encantador. No le permitieron disfrutar de aquello por mucho tiempo. Frank, un estudiante de la edad de Kelly, la apartó de él.

–Es genial este miniapartamento –vociferó Frank en aquel jaleo.

–Es ideal, ¿verdad? Gracias por tu regalo –le había regalado un par de grabados vanguardistas que terminarían por decorar las paredes.

–¿Disfrutas de tu nueva libertad? –preguntó Frank.

–Si llego a saber antes lo bien que me siento, no hubiese

esperado tanto.

–Marmon es tu apellido de soltera, ¿verdad?

–Así es.

–¿Quién era tu marido?

–Eso ahora no importa, pertenece al pasado –dijo Kelly, repitiendo el mantra que la había ayudado a resistir aquellas horribles semanas.

–Bien dicho. Esa es la única manera de conseguirlo.

Estaban junto al bar cuando terminó la canción. Frank se fue a bailar con otra persona mientras Kelly se quedaba sirviéndose un zumo de naranja.

Marianne se acercó sigilosamente.

–Eres una autentica caja de sorpresas.

–¿Qué quieres decir?

–Me refiero a ese hombre tan estupendo que acaba de entrar. Ese con ojos de «vente a la cama conmigo» y aspecto de «puedo conseguir a la mujer que quiera».

–No conozco a ningún hombre así, ¿dónde? –se quejó Kelly.

–Allí. ¿Dónde he visto antes esa cara? Me resulta familiar.

–En televisión, y además no lo he invitado –dijo atónita.

–La verdad es que debería estar prohibido dejarlo salir solo. Cuéntame todo lo que sepas de él, empezando por si está casado.

Kelly se recompuso.

–No, desde las diez y media de esta mañana, que yo sepa.

–Quieres decir que él es... no será...

–Mi ex.

–¿Todo eso fue tuyo y lo dejaste escapar?

Kelly examinó a Jake Lindley. Intentó verlo a través de los ojos de Marianne. Conocía aquellos ojos y aquel aspecto del que sabe que enloquece a las mujeres. Pero él no tenía la culpa. Las mujeres lo deseaban y Jake no pecaba precisamente de modesto. Tenía una brillante carrera como periodista gracias al trabajo duro y al hecho de que era espectacularmente guapo. Tenía treinta y dos años, estaba en su mejor momento. Tenía unos ojos picarones y algo sensual en la sonrisa que lo hacía parecer aún más atractivo. Pero ¿había sido alguna vez realmente suyo? Ella se había entregado por completo y su corazón le decía que nunca había sido vital para él. Ella no le había dejado marchar, había sido él el que se había

marchado.

–¿Te importaría si pruebo suerte? –Marianne murmuró.

–Todo tuyo, ven que te lo presente –dijo Kelly con firmeza. Era estupendo ser capaz de decir aquello sin sentir celos.

La enfadaba que se hubiera colado, no lo esperaba y se había sorprendido al verlo, pero intentó tranquilizarse mientras sorteaban a la gente.

–Jake, me alegro de verte –dijo risueña.

–Perdone, ¿la conozco? –dijo dedicándole una de sus sonrisas–. ¿Kelly?

La cara de asombro que puso la hizo feliz. Lo había dejado boquiabierto, ¡bien!

–Permíteme que te presente a Marianne –dijo ella–. Marianne, mi ex.

–Si fueses mío, nunca permitiría que te convirtieses en un ex.

Marianne rio mientras tomaba la mano que Jake le ofrecía.

–Kelly se deshizo de mí en cuanto dejé de serle útil, como si de un zapato viejo se tratase –apuntó mirando ardientemente a los ojos de Marianne .

–¡No me digas, Jake! ¿No puedes pensar en algo mejor? –dijo Kelly con fastidio.

–Está bien –Marianne dijo rápidamente–. Jake, ¿por qué no vienes conmigo? Te dejaré mi hombro para que llores...

Se alejaron juntos dejando sola a Kelly, que gruñó de mala gana. Debería estar acostumbrada; daba igual el lugar, la hora o las circunstancias, cuando él hacia su aparición parecía como si todo el mundo lo hubiese estado esperando. Por ejemplo, en aquel momento, era la única persona que no se había arreglado. Llevaba unos vaqueros y una cazadora gastada, con una camiseta negra que utilizaba solo en sus viajes. Pues bien, daba la impresión de que todo el mundo se había acicalado demasiado. Tenía el pelo enredado y estaba ligeramente bronceado, era como si viniera de un largo y agotador viaje en avión. Nada que un trago no pudiese arreglar, ¡ese era Jake!

Marianne lo había acorralado en una esquina y, después de tan solo cinco minutos parecían entenderse muy, muy bien. En un principio Kelly prefirió no mirar, pero luego no pudo resistirse. Ya no le dolía lo que él hiciera. Además, ella había estado ligando toda

la noche y allí había hombres más que suficientes para seguir haciéndolo. Se concentró en pasárselo bien. Pasó una hora hasta que se volvió a encontrar con Jake junto a las bebidas.

–¿Qué crees que haces aquí? –ella preguntó.

–Dijiste que te alegrabas de verme.

–Mentía.

–Genial –se quejó–. He tomado un avión temprano para poder venir a la fiesta y mira qué recibimiento.

–No es un recibimiento No estabas invitado. Mereces que te eche después de cómo te despediste. No te quiero aquí.

–¿Por qué no? También es mi divorcio –dijo ofendido.

–Esto es una fiesta de inauguración. Esta es mi nueva casa.

–¿Ah, sí? Pero si llevas aquí tres meses.

–Se tarda mucho en planearlo todo –Kelly improvisó–. Y de paso, también es una fiesta de Navidad.

–Las navidades son dentro de un mes y nuestro divorcio nos lo han concedido hoy.

–Tiene gracia que te hayas acordado.

–Y no lo he hecho –dijo a su pesar–. Creía que era la próxima semana, y yo... bueno no importa. ¡Admítelo! Estás celebrando que te has deshecho de mí, ¿verdad?

–¡Pues sí!

–No hacía falta hacer todo esto –dijo sonriendo con picardía–. Simplemente me podrías haber dicho que desapareciera.

–Y lo hice.

Era imposible. Estaba en plan burlón, lo que era normal en él cuando había algo que lo molestaba y no quería que se notase. Pero no entendía por qué estaba tan molesto. Había conseguido su libertad, que en el fondo era lo que había querido siempre.

–Me podías haber lanzado una indirecta, cariño –continuó–. Me podía haber tirado de un puente o haberme perdido en la selva. Desaparecer instantáneamente es mi especialidad.

–Eres imposible –dijo desesperada.

–Por supuesto que lo soy. Por eso te has divorciado de mí.

–Por eso y por otras razones.

–Pero por eso también te casaste conmigo.

–Mejor déjalo estar.

–No siempre es tan fácil –por alguna razón su voz denotaba

enfado.

–Basta ya –dijo rápidamente–. Trastornaste mi vida una vez, pero escapé, y no lo vas hacer de nuevo.

–¿Eso es todo lo que fue nuestro matrimonio para ti?, ¿un trastorno en tu vida? Y nuestro divorcio ¿una escapatoria?

–Lo ha sido tanto para ti como para mí –dijo recomponiéndose–. Piensa cómo vas a disfrutar de tu libertad con todas esas mujeres a tu alrededor.

–Pero yo siempre acabo volviendo contigo –dijo, tranquilo.

–A veces. ¿Y se supone que tengo que estar agradecida por ello?

–No es eso.

Jake se puso furioso porque tuvo que callarse al ser interrumpido por la llegada de nuevos invitados. Una chica joven se tiró a los brazos de Kelly con un regalo.

–Esto es de Harry. Siente mucho no poder haber venido a tiempo, pero te manda esto y dice que te llamará en un par de días. Te echa muchísimo de menos.

–Yo también –dijo Kelly desenvolviendo el regalo. Era una figurita de alabastro, exquisita y muy cara–. Es preciosa.

Más invitados.

–Señorita Harmon –dijo un hombre.

–Por favor, llámame Kelly.

–Kelly, siento llegar tan tarde.

Kelly se quedó atendiendo a sus nuevos invitados. Jake se puso otra copa y cuando ella volvió a verlo, estaba bailando empalagosamente con Marianne. Solo se fijó un momento; aquellos días en los que se quedaba en una esquina viendo cómo Jake tonteaba con todo el mundo habían terminado.

En la madrugada, la fiesta comenzó a decaer. Carl empezó a recoger los vasos y a llevarlos a la cocina mientras que Frank se ocupaba de amontonarlos en el fregadero.

–Aparta, me he asignado la tarea de recogerlo todo –dijo Frank a Carl.

–Nadie te necesita –objetó Frank–. Sé un buen chico, vete a casa y déjamelo todo a mí.

–¿Y dejar a Kelly con un depredador como tú? –protestó Carl.

–¿Y quién no lo es? –dijo Kelly divertida–. ¿Tú?

En cuanto la vio, Carl deslizó su brazo y la agarró por la cintura.

–Puedo ser lo que tú quieras –le susurró.

–Muy bien, necesito un ayudante en la cocina –dijo ella.

–Estupendo, aquí me tienes. Di a Frank que se vaya, lo recogeremos todo y luego…

Mientras hablaba, poco a poco, fue abrazándola en un amago de arrebato pasional. Cuando estaba a punto de besarla en el cuello, Frank apareció por detrás.

–Suéltala, es mía –clamó.

–No lo interrumpas –le pidió Kelly–. Quiero saber qué me propone para luego.

Frank tiró de ella liberándola con firmeza.

–Mi proposición es mucho más interesante que la suya –dijo.

–No le hagas caso –protestó Carl.

–Sois un par de maníacos –dijo ella riendo.

Cada uno la agarraba por un lado mientras cruzaban miradas.

–Yo que tú, no los dejaba solos con la vajilla –dijo una voz.

Kelly se giró y vio a Jake en el marco de la puerta sonriendo burlonamente.

–Marchaos –dijo Jake.

–Puedo dar mis propias ordenes, gracias –dijo Kelly frunciendo el ceño.

–Adelante pues, diles que se vayan.

Aunque su gesto fue casi imperceptible, fue suficiente para hacer que Carl y Frank se sintieran incómodos.

–Eh, esperad –dijo Kelly cuando se disponían a irse–. No le hagáis caso, desde las diez y media de esta mañana no tiene ningún derecho.

–No los necesitas, me tienes a mí –dijo Jake.

–Gracias pero no.

–Hasta luego, chicos –dijo Jake, implacable.

Indignada y sin habla, vio cómo sus dos admiradores se ponían sus abrigos y se marchaban. En el marco de la puerta, Carl se dio la vuelta y encogiéndose de hombros le lanzó un beso con cara de no tener más remedio que irse. Era como si Jake fuese el dueño de la casa.

Se quedaron solos.

–No tienes vergüenza –dijo ella, furiosa–. Echando a la gente de mi casa. Pero ¿quién te crees que eres?

–Hace unos días te hubiese podido contestar. Pero hoy, que vengo para celebrar mi aniversario de boda, me encuentro a mi mujer encantada porque todo ha finalizado.

–No hables como si el divorcio te hubiese pillado por sorpresa.

–Digamos que me ha sorprendido que siguieses adelante con ello.

–Ah, ya veo. No pensaste que tuviese las agallas suficientes.

–No, no pensé que fueses tan estúpida, tan cabezota, tan corta de miras. ¿Quieres que siga? –gritó.

–Está bien. Estas diciendo tonterías. Nuestro divorcio era inevitable desde el momento en que te acostaste con Olimpia Statton.

–¿Cuántas veces te tengo que decir que no me acosté con Olimpia? –preguntó Jake a gritos.

–Seguro, por eso le hiciste una visita en su habitación en un hotel de París a las tres de la madrugada y te quedaste con ella una hora.

–Nunca he negado que fui a su habitación.

–¡Faltaría mas!

–Está bien, no debería haber ido, pero no quise salir corriendo como un niño asustado. Fui, me tomé una copa e intenté entablar conversación. Entonces le dije que no me encontraba bien y me marché. ¿Cómo iba yo a saber que era una encerrona y que me estaban espiando?

–Afortunadamente para mí.

–Desgraciadamente para ambos. No me acosté con Olimpia, pero ellos pensaron que sí, y tú les hiciste caso en vez de escucharme. Maldita sea, hasta Olimpia lo negó, y tú fuiste capaz de llamarla «mentirosa» a la cara.

«Era lo que ella quería», pensó Kelly. «Muy bien, Olimpia lo había negado. Pero lo hizo a medias, había movido la cabeza de aquella manera con su melena rubia y sus delicados rasgos como queriendo decir: «¿Realmente crees que algún hombre se me puede resistir?».

No es que fuese eso, simplemente Kelly sabía demasiado bien cómo reaccionaba Jake ante una mujer seductora y ligera de ropa.

–Olimpia dijo lo que tú querías que dijese –dijo a Jake–. Además, ¿olvidas que tú acabaste por admitirlo todo?

–Nunca admití haberme acostado con Olimpia –dijo inmediatamente–. En los papeles del divorcio declaré que había cometido adulterio con una mujer.

–Vale, para que el nombre de Olimpia no saliese a relucir; eres todo un caballero.

–No lo hice por ella, lo hice por ti.

–Desde lo más hondo de tu corazón –dijo ella con sarcasmo.

–Estabas empeñada en divorciarte por una razón o por otra. No fue por Olimpia, simplemente fue una excusa para deshacerte de mí. Yo sencillamente te lo puse fácil; si no llega a ser ella, hubiese sido otra cosa.

–¿Otra cosa u otra mujer?

–Lo que tu terca cabeza quiera.

–Olvídalo, Jake, eso pertenece al pasado, ya lo hemos dejado atrás.

–Seguro, tú crees lo que quieres creer y ya está.

–¿Lo que quiero creer? –Kelly se revolvió con los ojos encendidos–. Si piensas que yo me empeño en creer que el hombre del que estaba enamorada me era infiel, es que tienes la cabeza llena de pájaros. Si lo creo es porque no me ha quedado más remedio, y eso después de años negando la evidencia.

–¿Evidencia?, ¿qué maldita evidencia? –bufó él–. ¿Me estás diciendo que he hecho de la infidelidad una profesión?

–Siempre me lo he preguntado. Lo único que sé es que me he pasado la vida esperándote mientras que recorrías el mundo a petición de Olimpia, quien parece ser que siempre tenía un trabajo importantísimo para ti justo en nuestros cumpleaños o aniversarios.

–Olimpia es mi directora, y en el trabajo siempre ha confiado en mí. Podría decirse que le debo mi carrera profesional –se vio a sí mismo maldiciendo entre dientes–. ¿Pero que estoy diciendo? Es a ti a quien debo todo; no creas que he olvidado tu ayuda en aquellos días, cuando lo único que hacía era buscar proyectos como un loco. No, no lo he olvidado.

–Sí, sí lo has hecho –dijo ella con calma y sin rencor–. ¿Por qué no lo ibas a hacer? Hace ya mucho tiempo de aquello, no se debe vivir en el pasado.

–Kelly.

–Yo soy el pasado, ella es el presente.

–Kelly, por favor.

–Nuestro divorcio lo único que ha hecho ha sido confirmarlo. Me voy a terminar de recoger.

Capítulo 2

KELLY desistió en hacer que se fuese y Jake ayudó a recoger durante un rato. Mientras ella fregaba los vasos él los secaba.

–No sé dónde van las cosas en esta casa –dijo él al fin.

–Déjalo y siéntate mientras yo preparo café.

Unos minutos más tarde, cuando el café estaba listo, lo encontró tirado en el sofá completamente dormido. Cuantas veces en el pasado, deseosa de tenerlo por fin en casa, había visto cómo lo primero que hacía él en cuando traspasaba la puerta era desplomarse completamente agotado.

El sonido de las tazas hizo que se despertara, se frotó los ojos y los volvió a cerrar.

–¿Un viaje largo? –dijo ella comprensivamente.

–Diez horas, estoy destrozado.

Se levantó, bostezando y estirándose echó una ojeada al apartamento.

–Muy bonito. Tiene el tamaño perfecto, está cerca de las tiendas, tiene un parque enfrente y está al lado de la universidad –observó mientras abría las puertas.

–¡Eh! Esta es mi casa –dijo ella, irritada.

–Está bien, solo estoy cotilleando un poco –dijo inocentemente–. De todas maneras ya sé cómo es tu habitación, la gente dejaba allí los abrigos –precisó en el marco de la puerta mirando la cama de matrimonio.

–Aléjate de ahí –dijo ella con firmeza.

–Y esto, ¿qué es? –dijo husmeando en otra puerta.

–Es otro dormitorio que ahora está lleno de cajas. No he tenido tiempo de desembalarlo todo y esta noche las he amontonado todas ahí –explicó Kelly.

–No es tu estilo –observó él dejando que ella lo apartase.

–¿El qué?

–El dejar cosas sin hacer. Siempre has sido muy ordenada.

–Supongo que mis prioridades han cambiado. Estoy demasiado

ocupada para que me preocupen ese tipo de cosas.

Jake se sentó. Algo se le clavó en la espalda, inmediatamente se giró y lo agarró. Era un libro.

–¿Qué es esto? –preguntó Jake estudiándolo–. *Cómo mejorar en la vida y en la cama.*

–Marianne me lo dio –dijo ella riendo–. Es uno de esos libros de la Nueva Era, una bobada.

–Conque una bobada, ¿eh? ¿Y todas estas marcas?, ¿qué señalan?, ¿las partes más bobas? ¿O también fue Marianne quien las hizo?

–Algunas son suyas y otras las hice yo.

–¿Cuáles son de cada una?

–Averígualo, la has conocido esta noche y a juzgar por vuestra manera de bailar ya deberías conocerla bastante bien. Creo que está preparada para una «mejoría» y tú no digamos. ¿Te dio su numero de teléfono? Si no, yo te lo doy.

–¿Te importa que me organice mi propia vida sexual? –dijo agobiado–. Y esto, ¿qué significa? –tenía el libro abierto por el capítulo titulado «Tiempo para un jovencito». ¿Fue ella quien marcó esto?

–No, Marianne ya ha estado con un jovencito –Kelly dijo alegremente–. Si ella quisiese otro no se molestaría contigo. Admítelo Jake, no estás cualificado, ¿cuántos años tienes ya?, ¿treinta y ocho?

–Treinta y dos, como bien sabes.

–¿Estás seguro? Siempre pensé que... Quiero decir que pareces... Bueno, de todas maneras treinta y dos ya es demasiado.

–Vale, vale –dijo, inflexible ante aquella broma a su costa–. Entonces intuyo que era una de tus marcas.

–Sí –dijo encogiéndose de hombros.

–Bonito tipo de libros los que lees, señora Lindley –dijo mordazmente.

–Señorita Harmon, y además no es de tu incumbencia lo que yo lea.

Él leyó en alto:

No te inquietes por los cambios y siente la liberación que produce deshacerse de posesiones indeseadas.

–¿Por casualidad también incluye maridos indeseados?

–No seas pesado, si conmigo te morías de aburrimiento. A ti lo que te pasa es que estás enfadado porque yo di el primer paso para acabar con nuestro matrimonio, a menos que consideres a Olimpia como un primer paso.

–No vuelvas a mencionar su nombre –dijo él amenazadoramente.

–Está bien, dame mi libro –dijo Kelly.

–Espera, aún no he terminado, ¿por dónde iba?

... posesiones indeseadas. Sustitúyalo por algo completamente diferente. Cambiar de pareja funciona de maravilla. Si está harta porque durante años siempre ha mantenido relaciones sexuales con el mismo hombre, es necesario que su nuevo amante sea joven; le aportará innovación y frescor a su cama.

Cerró el libro.

–Debes de ser mayor de lo que pensaba. Nunca hubiese imaginado que necesitases a un jovencito.

–Lo que significa lo equivocado que estás. Debajo de esto no hay más que desaliento y apatía –bromeó, mientras recorría con las manos su traje ajustado.

–Déjame comprobarlo.

–Pero si ya lo has hecho muchas veces –dijo esquivando la mano deseosa de Jake.

–Pero ahora no es igual.

–Mírame bien por fuera, porque me temo que es lo único que vas a ver.

–¿Apuestas algo? –dijo él con los ojos chispeantes.

–Jake, ¿te crees que soy tonta?

–Eso es lo que intento averiguar.

–Te lo advierto, mantén las distancias.

–Está bien, volvamos al tema. Los jovencitos.

–No tengo un jovencito... todavía. Simplemente hacía planes para el futuro.

–¿Y esto? –dijo él. Había encontrado otra frase sorprendente en el libro. *Si está cansada de su forma de ser, cambie de estilo, tenga*

varias personalidades–. Pero si tienes varias personalidades es fácil confundirse, ¿cómo las diferencias? –continuó Jake.

–Fácilmente, a cada una le asignas un nombre.

–Ya veo. Escribes una lista de nombres. Ivonne...

–Deportista –Kelly dijo seguidamente–. Le gusta el aire libre.

–Helena...

–Sentimental y soñadora –Kelly se estaba divirtiendo–. Intensa vida interior e imaginación delirante.

–Carlotta...

–Una juerguista, siempre dispuesta a experiencias nuevas.

–¿No te confundirás con tantos nombres?

–No, si a cada uno le asignas una personalidad.

Removió el café sin mirarla.

–Entonces, ¿con quién de los dos te estas acostando? –dijo Jake de repente, refunfuñando.

–¿Qué?

–¿Con Carl o con Frank? O con el misterioso Harry que «te echa muchísimo de menos».

–Piérdete.

–O con uno de esos chicos que te desnudaban con la mirada.

–Eres un grosero.

–Ni hablar. Me gustan las mujeres consecuentes consigo mismas. Ya que puedes, exhíbete y presume. Sé que por casarte conmigo te has perdido muchas cosas. No me da envidia que te diviertas.

–Y aunque te diese, no cambiaría nada las cosas –apuntó ella.

–No, desde las diez y media de esta mañana.

–E incluso antes, de hecho desde... Bueno, no empecemos. Para qué vamos a discutir.

–¿No vas a contestar a mi pregunta?

–¿Qué pregunta?

–¿Con quién te estás acostando?

–Métete en tus propios asuntos, Jake –dijo sonriendo y acomodándose en el sofá.

Él hizo una mueca en señal de haber captado la indirecta.

–Aún tengo la costumbre de pensar que tú eres asunto mío.

–Ya te acostumbrarás a pensar de otro modo –le dijo, encantadora pero implacable.

Él pasó un dedo por su hombro desnudo.

–Yo diría que ahora las cosas son diferentes –murmuró él mientras se fijaba en cómo el brillo del satén resaltaba su pecho–. Me podría poner celoso.

El entusiasmo de sus ojos era sincero. Por un momento, la antigua Kelly, aquella que saltaba de alegría en cuanto él le hacía el mínimo caso, revivió de nuevo. Pero la nueva Kelly se impuso.

–No pierdas el tiempo –dijo Kelly con regocijo.

–¿Estás segura de que estoy perdiendo el tiempo?

–Muy segura.

–Entonces, se trata de uno de los que te he dicho.

–Estás perdiendo el tiempo otra vez.

–Realmente las cosas han cambiado; solías contármelo todo –dijo retirando la mano.

–Eso era cuando no me pasaba nada interesante. Solía romperme la cabeza cuando volvías de Egipto o de Burundi, pensando en algo que contarte sobre la casa o mi trabajo que no te matase de aburrimiento. Entonces te veía en la televisión hablando sobre cosas fascinantes de países remotos, y me daba cuenta de que yo te había contado mi discusión con el basurero.

–Quizá me gustase oír cosas sobre el basurero; era la realidad diaria. Me ayudaba a mantener los pies sobre la tierra.

–Y quizá yo estaba harta de ser «tus pies en la tierra». Viajaste por los dos, yo solamente era tu conexión con la realidad.

–Pero esta noche, ni siquiera te he reconocido –protestó–. Dejé a una bibliotecaria y ahora me encuentro a una «mamita provocadora».

–No soy ninguna «mamita», ni provocadora ni de cualquier otro tipo –contestó ella rápidamente.

Él frunció el ceño. Se dio cuenta de que se había pasado.

–Lo siento –dijo él con un suspiro–. Lo he dicho sin darme cuenta, no me acordaba de que aún te duele después de tanto tiempo.

–Sí, siete años. Debería haber olvidado todo –dijo tensa–. Como tú.

–No es justo, no he olvidado que casi tuvimos un hijo. Un hijo que, por cierto, yo deseaba mucho.

–Lo suficiente como para casarte conmigo –dijo ella con calma y sin querer añadir lo que estaba pensando: «mi embarazo fue la

única razón».

Posiblemente por prudencia, él no quiso contestar.

–De todas maneras cuando he dicho lo de «provocadora» me refería a que esta noche estabas radiante. Tal vez debería ponerme a la cola, detrás de Carl, Frank y de muchos más.

–Estabas a la cabeza, pero perdiste tu oportunidad, todo ha terminado.

–¿Cómo puede terminarse algo que durante ocho años significó tanto para nosotros?

–Te estas poniendo sentimental –dijo ella con firmeza–. Querrás decir mucho para mí y poco para ti.

–Eso no es verdad.

–Sí, sí lo es, Jake. Probablemente es la última vez que nos veamos, así que seamos honestos. Te viste obligado a casaste conmigo porque estaba embarazada.

–No fue solamente por eso.

–Está bien, querías tener un hijo, estabas deseando ser padre. Si lo hubiésemos tenido a lo mejor hubiésemos sido felices, pero tuve un aborto a los cuatro meses y desde entonces no he podido volver a quedarme embarazada.

–No será por no haberlo intentado –reflexionó él.

–Supongo que fue mi única oportunidad. No creo que me vuelva a suceder y tú sigues queriendo ser padre, ¿no?

–No estaría mal –dijo después de una pausa–. Pero quizá el destino no lo quiera.

–No lo querrá conmigo, pero a lo mejor sucede con tu próxima esposa.

–No digas eso, no llevamos ni veinticuatro horas divorciados y ya me estas casando.

–Lo qué estoy diciendo es que tenemos que rehacer nuestras vidas.

–Y, ¿cómo estás rehaciendo la tuya?

–Ahora soy estudiante de Arqueología.

–Seguro que pasarás tus vacaciones excavando con Carl.

Lo desubicó el hecho de que ella ni se inmutase, no podía leer sus pensamientos.

–Te estás divirtiendo, ¿verdad? –le preguntó él.

–Me acabas de decir que puedo hacerlo.

–Lo único que digo es que tengas cuidado, no me convencen los hombres que he visto esta noche.

–Solamente desconfío de uno –replicó ella.

–Bueno, no te pongas así –dijo, picado–. No me has contestado a ninguna de mis cartas, faxes o mails, los has ignorado por completo.

–No los he ignorado, simplemente dejé de contestarte cuando dejaste de escucharme.

–Porque me volvías loco, no has dejado que te diera nada. Sacrificaste tu carrera por la mía. Te mereces una parte de lo que he ganado. Seguro que tu abogado opina igual.

–Otro que está igual de enfadado conmigo –reconoció ella.

–Le dije que lo que tú quisieras. Lo obligaste a responder que no querías nada de mí.

Pero lo peor fue cuando me enteré de que tenías un trabajo basura, como aquellos trabajos que tenías cuando me ayudabas. ¿Cómo ibas a graduarte trabajando como trabajabas? Me apoyaste muchísimo en aquellos años difíciles, déjame al menos echarte una mano con la universidad.

–¿Por qué lo iba a hacer?.

–Porque te lo debo –dijo, irritado–. Me gusta pagar mis deudas.

–¿Piensas en nuestro matrimonio como en una deuda a pagar? Nunca lo entenderás.

Sentía la necesidad de estampar algo contra la pared, su propia cabeza si fuese posible. Estaba furioso con ella y consigo mismo. No estaba intentando pagarle nada, simplemente mostrar su agradecimiento por todo lo que había hecho por él. Pero, como siempre, no supo expresarse. Delante de una cámara de televisión era facilísimo, las palabras brotaban de su boca sin problema, pero con ella era muy torpe.

–Bueno, pues explícamelo tú –dijo él apretando los dientes.

–Lo que hice, lo hice porque te quería. Éramos un equipo, ¿no te acuerdas?

–Por supuesto que me acuerdo, pero yo no hice mucho por ti.

–Ni yo te lo pedí –dijo con calma.

–Yo veo las cosas de otra manera.

–Lo único que quiero decir es que concebimos nuestro matrimonio de formas diferentes.

–Fui injusto contigo, e intento compensarte –de eso estaba

seguro.

–Es demasiado tarde, todo ha terminado. No quiero seguir discutiendo.

Se hubiese revelado ante esa forma de ver las cosas, pero ella había hablado con una melancolía que lo hizo callar.

–Quizá, yo sí que quiera –dijo él por fin.

–No digas tonterías, Jake. Nunca has querido discutir. Lo único que querías era que me callase y te diese la razón en todo.

–Haces que parezca un monstruo –dijo, horrorizado.

–No, simplemente eres un hombre que siempre tiene que llevar la razón; bueno, como los demás realmente –dijo con un toque de tristeza.

Él no terminaba de calmarse.

–¿Siempre has pensado así? –preguntó él.

–No, no siempre. Pero al final no era verdaderamente un matrimonio –empezó a recoger el café y se dispuso a llevarlo a la cocina–. No, no te muevas –dijo deteniéndolo. Quería alejarse de él. La conversación había tomado un cariz difícil de soportar. Nunca debería haber vuelto a hablar de amor con Jake. Le despertaba recuerdos que era mejor olvidar. «Pero ¿realmente quiero olvidarlo?», se preguntó. «¿Voy a borrar los últimos ocho años? Significaron muchas cosas malas, pero también muchas buenas».

Se acordó de cuando tenía diecisiete años. Era una colegiala regordeta, tímida y un tanto huraña. Trabajaba duro y se motivaba con la idea de abandonar aquel pueblo aburrido y alejarse de su madre, Mildred Harmon que, soltera y aún en los treinta, no paraba de insinuarle resentida que a ella «todavía le quedaba mucha vida por delante».

Durante su último año en el colegio, había asistido a numerosas conferencias. Una de ellas fue sobre periodismo. Allí había esperado encontrar a Harry Buckworth, editor del periódico local, pero por culpa de una gripe lo habían sustituido por Jake, que llevaba trabajando en el periódico un año. Y así empezó todo. Jake, con veinticuatro años, era como un dios. Alto, delgado, hablando con una soltura increíble que transformaba el aula en una lugar mágico. Y además, tenía una forma de reírse... alegre y clara. Se podría haber enamorado de él solamente por su risa.

De camino a casa había ido absorta, pensando en cuándo

volvería a verlo. De pronto chocó contra alguien y al disculparse, se dio cuenta de que se trataba de él. Se fueron a tomar un batido. Cuando se despidieron ya era de noche. Ella volvió a casa deprisa, pensando en una excusa por llegar tan tarde, pero se encontró con la casa vacía. Su madre había salido con su nuevo novio. Después de eso, se topaban constantemente, como por casualidad. Siempre hacían lo mismo, batido, charla y paseo de vuelta a casa. Algunas veces él la ayudaba con los deberes del instituto, incluso hablaban sobre su trabajo, la hacía sentirse adulta. Dos semanas después, en su decimoctavo cumpleaños, Jake la besó por primera vez. Entonces la vida era maravillosa, Mildred pasaba mucho tiempo fuera de casa y Kelly se aprovechaba de la situación. Fue entonces cuando Jake perdió su trabajo. Su jefe le dijo que no le había quedado más remedio que despedirlo. Que trabajaba duro, pero que era excesivamente temerario y que no hacía caso de sus consejos.

«Es verdad», pensó Kelly de pie en su cocina ocho años después. «Era descarado y engreído». Tomó la firme determinación de no volver a pensar en el pasado y de deshacerse de Jake. Volvió al salón resuelta a decirle que se fuera, pero no dijo nada.

Jake estaba en el sofá, completamente dormido. La historia se repetía. Él decía lo que quería y luego se dormía y pasaba de todo. Debería haberse acordado.

Aunque, la verdad, eso fue lo mejor porque puso las cosas en perspectiva.

Capítulo 3

LE ECHÓ una manta por encima, apagó las luces y se fue a su cuarto. Tan pronto como cerró la puerta, un fuerte sonido seco hizo que volviera a abrirla. Entre sombras vio a Jake tirado en el suelo.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó moviendo la cabeza.

–Te has caído del sofá –contestó ella.

Cuando volvió a tumbarse, Kelly empezó a desabrocharle los zapatos.

–Deja que te ponga cómodo –dijo colocando la manta de nuevo.

–¿Me vas a arropar como a un niño? –preguntó él con picardía.

–Sí, así que pórtate bien –dijo ella siguiendo la broma.

–Siempre soy bueno.

–Sí, seguro. Buenas noches.

No supo cómo ocurrió, pero las manos que estaban debajo de la manta de pronto le estaban rodeando la cintura.

–¿No me das un besito de buenas noches?

–No –dijo ella, aunque él se aproximaba cada vez más–. Jake esto no es solamente un «buenas noches», es un «adiós».

–Pues entonces un beso de despedida.

«No me pasará nada por una última vez; además demostraré que lo he superado», pensó Kelly mientras él la atraía hacia sí.

Al sentir sus labios se sorprendió. Le resultaron desconocidos. En las últimas semanas de su matrimonio no habían mantenido relaciones y ahora parecía una eternidad desde la última vez que se besaron. Él se comportó como antaño, decidido pero cariñoso, nada que ver con la exasperación y la tensión de los últimos tiempos. Aquellas sensaciones que pensaba que nunca más iba a experimentar, volvieron de nuevo a ella. Quería seguir disfrutando. Se besaron como si no se conociesen, dejándose llevar. Estaba ávido de ella. Era el auténtico Jake, sus labios eran ardientes y sus manos tiernas aunque la estuviesen acorralando.

Jake había demostrado, sobradamente a lo largo de su vida, que no le gustaba perder. Ahora Kelly se había divorciado de él,

rechazándolo delante de todo el mundo, haciéndolo parecer un perdedor. Él no se iba a marchar sin exigir algo a cambio. Por eso era el momento de ser fuerte y lo iba a ser, pero… en un momento. Algo le decía que escapase. Él empezó a jugar con su lengua, provocándola; era una tontería reprimirse y ella finalmente abrió la boca, invitándolo a seguir para deleite de ambos. Era demasiado tarde para andarse con cautela, no sabía cómo iba a acabar todo aquello, pero no tenía más remedio que seguir adelante. Notó cómo él se sorprendía cuando ella lo correspondió, despacio pero haciéndose con el control del beso.

Al cabo de unos minutos de intenso placer, él se apartó, alzó los ojos y la miró con picardía.

–Hmm… ¿Ivonne?, ¿Helena? –dijo él pensativo.

–Carlotta –dijo ella con descaro después de tomar aire.

–Eso es lo que yo pensaba, me parece una señorita muy interesante.

–No sabes hasta qué punto –murmuró ella soltando una risita–. Y no creas que deja a todo el mundo comprobarlo.

–Siempre dispuesta a experiencias nuevas –repitió lo que ella había dicho anteriormente.

–Dispuesta a cualquier cosa –confirmó ella.

Jake la agarró según hablaba. Sus manos recorrieron muy lentamente su delgado cuerpo cubierto de satén negro. Un ligero roce fue suficiente para confirmar la sospecha de que no llevaba nada debajo. Pero él no se iba a conformar con rozarla. La única razón por la que una mujer iba vestida así era para tentar al hombre a desnudarla. Le parecía estupendo siempre y cuando el hombre fuese él.

Kelly contuvo la respiración mientras él exploraba su cuerpo. Habían hecho el amor muchas veces anteriormente, pero ahora la hacía sentirse de tal manera, que bien podía haber sido la primera vez. Cuando él quiso abrir su parte de arriba, ella lo ayudó a encontrar el botoncito plateado que daba paso a la cremallera. La bajó lentamente, dejando al descubierto unos pechos turgentes. Se deshizo de la prenda para poder contemplarlos libremente. Ella lo rodeó con sus brazos. En un principio casi no notó la lengua contra su piel, pero poco a poco la intensidad de sus movimientos fue aumentando hasta que finalmente ella arqueó su espalda en señal

obvia de invitación.

Cuando Kelly sintió la lengua curvarse en la cima de su pezón, dejó escapar un gemido de placer extendiendo los brazos hacia el techo.

–¿Qué es lo que quieres? –susurró él.

–Ya sabes lo que quiero.

–Dímelo.

–Quiero… todo –la excitación que recorría su cuerpo casi no la dejaba hablar.

Él se incorporó y la tomó en brazos para llevarla a la cama. Una vez allí, las manos deseosas de él se movieron con destreza hasta desnudarla por completo. Pronto se deshizo también de su ropa, dejando al descubierto su excitación. Estaba perdiendo el control, la deseaba de una manera irracional. No fue una sorpresa cuando se deslizó entre sus muslos reclamándola vigorosamente.

Hacía tanto tiempo que no estaban juntos que hasta que no lo sintió dentro, Kelly no se dio cuenta de cuánto lo deseaba. Ella se entregó por completo, satisfaciendo su cuerpo hambriento de pasión hasta volar hacia un intenso éxtasis. La sensación había sido tan intensa y su corazón había latido con tanta violencia que tuvo que cerrar los ojos durante un rato, medio adormilada, hasta que su cuerpo se calmó. Dudaba que se tratase de la misma Kelly, la tonta que perdió a su marido porque era aburrida.

Cuando abrió los ojos, vio a Jake desnudo, mirando por la ventana. Por un momento se sintió abandonada. Lo notó tenso. Tenía la cabeza apoyada en el marco de la ventana con la mirada perdida en el infinito. Le resultó curioso; Jake no solía abstraerse, con frecuencia decía que el mundo exterior lo mantenía suficientemente ocupado. No era su estilo analizarse o cuestionarse. Ahora, era ella la que dejaba a un lado los pensamientos para concentrarse en lo puramente físico. Estaba aún exhausta; nunca había disfrutado tanto en la cama. Se recostó entre las almohadas. Tenía muy buena visión de Jake, ancho de espaldas, con unos glúteos prietos… Se le escapaba una sonrisa al pensar en esas caderas que, moviéndose una y otra vez contra ella, la habían elevado hasta lo más alto.

Al igual que ella, aquel chico descarado que había amado tanto se había convertido en otra persona. Ahora, ella era una mujer

capaz de observar a un hombre de una manera simple y evaluarlo críticamente. Y tuvo que admitir que Jake había aprobado aquel examen con sobresaliente. Nunca pensó que iba a experimentar con él algo semejante. Sexo puro y duro, sin otro objetivo más que disfrutar con experiencias nuevas.

Salió de la cama con sigilo y se acercó a él por detrás. Jake, sin darse la vuelta, levantó la cabeza al notar una mano en la espalda. Kelly la recorrió con sus dedos suavemente hasta llegar a la cintura, hizo una pequeña pausa y continuó hacia delante. Avanzando y retrocediendo jugó con su deseo, que iba en aumento.

Él intentó girarse, pero ella se lo impidió.

–No, yo te diré cuando –susurró ella, ardiente.

Su mano seguía ocupada y pronto se dio cuenta de que volvía a estar preparado para ella.

–Pensé que estabas dormida –murmuró él.

–Y, ¿qué piensas ahora? –dijo apretándose contra su espalda para hacerle sentir sus firmes pezones.

–No sé qué pensar, quizá seas un fantasma.

–¿Puede un fantasma hacer esto? –preguntó mientras jugueteaba con los dedos–. Y, ¿esto? –añadió encantada por el gruñido de placer que él soltó mientras sus manos volvieron a deslizarse para encontrar su objetivo una vez más y concentrarse en él.

–¿Qué demonios haces? –dijo ronco.

–Demostrando que no soy un fantasma; soy de carne y hueso.

–No lo dudo –dijo sofocando un gemido provocado por su destreza–. No conozco a ninguna mujer capaz de hacer eso.

–Efectivamente no la conoces –convino ella.

Y eso era lo mejor de todo. Los que habían hecho el amor aquella noche no tenían ni pasado ni futuro, habían aparecido de la nada y de la misma manera se esfumarían. Pero aquella noche existían ardientes de deseo.

Se preguntó cuánto tiempo la dejaría actuar Jake. Un gemido confirmó que ella lo estaba haciendo bien. Él se volvió.

–¿Preparada para cualquier cosa? –dijo besándola.

–Creo que puedo darte más de una sorpresa.

Pero de momento era ella la sorprendida. Durante su matrimonio Jake había sido un amante tierno y considerado. Nada que ver con su comportamiento en esos momentos. La arrojó a la

cama, separó sus piernas y la penetró. Un latigazo recorrió su cuerpo, lo envolvió con sus piernas y se echó hacia atrás, excitada y salvaje, pidiendo más.

Después de eso, fueron más despacio, jugando el uno con el otro. Kelly estaba pasmada de su propia desenvoltura. Era como si brotase de un lugar inexorable en su interior, quizá del mismo sitio donde su pena había resistido hasta hacerse inaguantable. Era como una venganza, como si su ardiente sexualidad dijese a Jake: «Toma eso».

Cuando los dos culminaron exhaustos, él se recostó a su lado y encendió la luz de la mesilla.

–Quiero verte –dijo él.

Ella se levantó de inmediato con los brazos hacia arriba, lo que dejaba sus firmes pechos expuestos para una total contemplación. Mientras se exhibía, presumida, pensaba que la pérdida de aquellos kilitos había sido como un regalo del Cielo.

–¿Es esto lo que quieres ver? –dijo ella.

–Es mucho más de lo que esperaba. ¿Sabes que conmigo no estás a salvo?

–Demasiado tarde –dijo riendo.

–Me estás provocando –exclamó, agarrándola por la cintura.

Tenía un brillo en los ojos que intrigaba a Kelly cada vez más. Ella se resistió cuando intentó tumbarla, logrando ponerse encima de él.

–Aún hay más –bromeó ella; le encantaba ver su la cara de sorpresa–. Relájate y disfruta.

–Me gustaría saber dónde has aprendido todo esto –dijo con un gruñido.

–No es asunto tuyo –susurró en su oreja mientras se tumbaba a su lado.

Era increíble lo que hoy en día se aprendía en los libros, pero por supuesto, no se lo iba a decir. Era maravilloso sentirlo dentro, de aquella nueva manera, pero mejor aún era demostrarle que aquella mujercita era capaz de hacer algo impredecible. Después de aquello, ella había recuperado su libertad. Ahora ya podía dejarlo marchar.

La luz llenaba de brillo la habitación. Kelly, ya despierta, se sentó en la cama. Estaba furiosa consigo misma. Soltó un gruñido cuando vio a Jake dormido a su lado. ¿Qué había hecho? Él estaba resentido por lo del divorcio y le había demostrado que, aun así, la podía llevar a la cama sin problemas, otra muesca en su revólver.

Aunque había sido, sin la menor duda, la mejor noche de sexo de su vida. Salió de la cama, se puso una bata y se fue a la cocina fingiéndose ocupada, pero en realidad atenta a los movimientos de Jake. Por fin lo vio aparecer.

–El desayuno está listo –dijo ella sonriendo mientras le daba una taza de café.

–¿Qué tal estás? –preguntó examinándola.

–Estupendamente, teniendo en cuenta la fiesta de ayer. Pensé que tendría resaca, pero estoy bien.

–No bebiste mucho.

–Lo suficiente –dijo mintiendo

–Has cambiado, no solías beber mucho.

–Tampoco me iban los ligues de una noche, pero ya ves, contigo he hecho una excepción, ¡por los viejos tiempos!

–Que amable –dijo, tranquilo.

–Después de haber mandado a casa a Carl y a Frank, me debías una juerga.

–No hables así –dijo Jake respirando profundamente.

–¡Vamos, hombre! –lo reprendió–. Fue genial, la manera ideal de terminar nuestro matrimonio. Sin rencor ¿no?, los dos nos lo hemos pasado bien –por un momento se preguntó si él se lo había pasado tan bien como ella.

–Fue increíble –dijo él rápidamente–. No sabía que fueses tan... hábil.

Ella intentó disimular. Su corazón latía con fuerza.

–Tienes razón, Kelly –dijo él al fin–. Eres una mujer nueva. Supongo que aún te veo como eras antes. Has recuperado tu vida; debes hacer con ella lo que quieras.

–Es lo mejor para los dos –dijo ella.

–Sí, lo mejor. Lo único es que...

Kelly se puso tensa. Él luchaba por encontrar las palabras adecuadas cuando de repente su expresión cambió por completo.

–¡Dios mío! –gritó mirando el reloj–. ¡Mira qué hora es!

–Las diez pasadas, ¿por qué?

–Necesitaba un taxi hace diez minutos, ¿a quién llamo?

–Yo lo haré.

–Tengo que tomar un avión a las doce o mi reputación se ira al garete.

Ella nunca sabría lo que Jake había estado a punto de decirle. Él corrió de un lado para otro recogiendo sus cosas.

–Adiós, hay un regalo para ti en tu cuarto –dijo en la puerta. La besó en la mejilla y se fue corriendo.

Era un reloj de platino con pequeños diamantes, el tipo de cosa que un hombre con poco tiempo compraba en un aeropuerto. Kelly era una experta en aquellos regalos, Jake le había traído siempre uno cuando regresaba desde la otra punta del planeta. Nunca le había dicho lo sola que se sentía para no quejarse después de haber recibido un regalo tan caro. Pero ahora era diferente. No había ninguna necesidad de comprarle nada. Sonrió mirando a su alrededor, pero pronto se le borró la sonrisa cuando vio lo sola que se encontraba de nuevo.

Capítulo 4

CUANDO Kelly empezó su curso en la universidad, comprobó que su cabeza no estaba del todo oxidada, al contrario, no tuvo ningún problema en seguir las clases. Se había hecho muy popular entre los profesores y sus compañeros. Tenía la vida de estudiante con la que siempre había soñado.

El único inconveniente era tener que trabajar al mismo tiempo. Había pedido un crédito para pagar la matrícula, pero para poder llegar a fin de mes trabajaba tres noches a la semana en una cafetería. Era más cansado de lo que pensaba. Al final del día lo que quería era irse a su casa en vez de pasarse la noche inhalando hedores grasientos con un insoportable dolor de pies.

Quizá debería haber aceptado la oferta económica de Jake y así olvidarse de aquel trabajo y de la peste a fritanga que últimamente le daba náuseas. Trabajar en una cafetería no había sido tan horrible en otras ocasiones, pero después de pasar aquella noche con Jake estaba de mal humor, muy irritable, lo que no era normal en ella.

No había vuelto a saber de él desde que se fue corriendo. Era mejor así, una última vez por los viejos tiempos sin nada de sentimentalismos.

Pero no era tan fácil. Lo que había pasado aquella noche ella lo veía más como un «hola» que un «adiós». La gente empezaba así una relación, y que acabara haciéndole el amor de esa manera era absurdo, irrisorio, ridículo. Adjetivos que la ayudaban a calmar lo que ella sentía como un hachazo en el pecho. Sabía que Jake había regresado, porque lo vio en una foto en el periódico. Salía de una fiesta del brazo de Olimpia, sonriente e increíblemente guapa. De todas maneras, si quería verlo, solamente tenía que ver las noticias en televisión, que era más o menos lo que venía haciendo los últimos años.

Aquella noche, escuchando los titulares antes de irse a dormir, lo vio en la pantalla.

–Jake Lindley nos habla en directo desde la capital del conflicto –dijo el presentador.

Kelly bostezó adormilada sin querer oír el resto. A Jake le encantaba trabajar en países conflictivos, le gustaba el riesgo mientras ella en casa se moría de preocupación. Para él nada era peligroso.

«No seas exagerada cariño, nunca me pasa nada ¿no?», solía decirle.

Y la verdad era que tenía razón, nunca le pasaba nada. Pero afortunadamente, ahora no tenía que preocuparse por él nunca más.

Tenía que admitir que salía muy guapo por televisión, moreno y ligeramente despeinado.

–Esta noche los diferentes bandos parecen distanciarse como nunca –dijo Jake enérgicamente.

Ella no le escuchaba, toda su atención se concentraba en el rostro de Jake. ¿Desde cuándo tenía esas arrugas en el ceño? Intentó acordarse de si las tenía la última vez que lo vio, pero no pudo.

–El sonido de disparos no cesa, están por todas partes –continuó Jake.

De pronto la voz de Jake se dejó de oír. Kelly se dio cuenta de que Jake había desaparecido de la pantalla. La cámara se movía como loca porque alguien estaba disparando. Jake estaba en el suelo, la gente corría hacia él, tenía la mano en el estómago, llena de sangre. Al verlo se dio cuenta de que le habían disparado.

–Me temo que estaban más cerca de lo que yo creía –dijo Jake a la cámara, conteniendo una mueca de dolor. Siguió hablando hasta que lo levantaron y se lo llevaron a cubierto. Insistió en seguir trabajando, hasta que al final se desmayó.

Volvió a aparecer el presentador en el estudio. Parecía que nadie sabía qué había pasado exactamente. Kelly sofocó un grito. Agarró el teléfono, pero acto seguido lo soltó. Ya no era la mujer de Jake, no podía llamar y preguntar por él por las buenas. Se quedó mirando la pantalla completamente atónita, impaciente por obtener más información. Durante más de una hora se volvió loca. Consultó el teletexto, pero aún no estaba actualizado. Cambió de canal pero de nada sirvió. Cuando ya no podía más, marcó el teléfono del estudio y preguntó por Dave Hadway, trabajaba allí y lo conocía

vagamente. Por desgracia, Dave había dejado la compañía y Kelly se encontró hablando con Olimpia Statton.

–Soy Kelly –dijo obligándose a hablar con calma–. ¿Qué se sabe de Jake?

–Se lo han llevado a un hospital de allí –dijo Olimpia.

–¿Está grave?

–Lo siento pero no puedo revelar esa información al público.

–¿Qué quieres decir con el público? –Kelly perdió los nervios–. Como bien sabes, estuve casada con él.

–Y lo sé, pero ya no lo estás –dijo Olimpia con satisfacción–. Lo siento, señorita Harmon, me temo que solo puedo hacer comentarios sobre el estado de Jake a su familia.

–Pero si no tiene familia –chilló Kelly.

–Pero tiene mucha gente que se preocupa por él –dijo Olimpia antes de colgar el teléfono.

Kelly colgó con fuerza. Entonces hizo algo que nunca había hecho antes en su vida. Tomó un vaso y lo tiró contra la pared con todas sus fuerzas, rompiéndose en mil pedazos. Limpiarlo la tendría ocupada más tarde.

La única información que obtuvo procedía de la televisión. Vio con obsesión el tiroteo una y otra vez. Jake estaba frente a la cámara y ella quería avisarlo, protegerlo, pero al final siempre caía al suelo. Durante la noche, supo que aunque todo había sucedido en un país en guerra, el hospital era bueno y habían conseguido estabilizar a Jake, pero aún se encontraba muy grave. Se quedó dormida completamente agotada delante del televisor hasta la mañana siguiente.

La calefacción se había apagado. Kelly estaba congelada y dolorida. Intentó levantarse pero todo le dio vueltas. Cuando se encontró un poco mejor se levantó, puso la calefacción y se dispuso a prepararse un té caliente. Necesitaba comer después de aquella noche. Se hizo unos huevos con beicon pero fue incapaz de probarlos; demasiado grasientos. Era incapaz de comer nada hasta que supiera que Jake estaba bien. Volvió a sentarse, mortificándose por ser tan débil. ¿Qué había sido de su independencia?, ¿no había superado a Jake? Todo se había echado a perder simplemente porque estaba herido.

También estaba molesta porque Olimpia la había llamado

«señorita Harmon». No solamente conocía su nombre de soltera sino que sabía que lo había vuelto a utilizar. Se podía figurar quién se lo había dicho.

Kelly supo que al día siguiente una ambulancia sacó a Jake del país donde lo hirieron para trasladarlo a un hospital más grande en el sur de Italia, donde lo operaron para sacarle la bala. Después de eso no se supo nada más. A Kelly no le quedó más remedio que conformarse y ser optimista. Pero estaba fuera de sí. Se puso en contacto con amigos comunes, pero ellos no sabían nada nuevo. La única fuente de información que le quedaba era Olimpia. Le habían hecho una entrevista en el periódico, que titulaban «El Jake Lindley que conozco». Dejaba muy claras sus intenciones, lo único que le faltaba era anunciar su boda con Jake. Kelly se preguntaba si prescindirían de casarse, teniendo en cuenta que ya eran amantes.

Finalmente, Kelly dio con un joven periodista que había hablado con Jake. Este lo había llamado para pedirle que le mandara unos libros al London Hospital, donde lo trasladarían al final de aquella semana. Estaba fuera de peligro.

Kelly conocía el hospital porque estaba muy cerca de su casa. Era desconcertante tenerlo tan cerca y no saber nada de él. Intentó llamarlo, pero todas las llamadas eran transferidas a la oficina de prensa del periódico.

Al fin y al cabo ya no era asunto suyo. Se dijo a sí misma tajantemente que se habían despedido para siempre, y se lo seguía repitiendo según se iba acercando al hospital.

Nada más entrar, la mujer de la recepción sonrió al verla.

–No me diga, deje que lo adivine. Jake Lindley –dijo–. Usted es su mujer. La vi en la televisión el año pasado. Estaba sentada a su lado cuando le dieron el premio al mejor periodista del año. Es usted, ¿verdad? Su pelo es distinto, pero...

–Sí, soy yo –dijo Kelly–. Pero ahora estamos divorciados.

–Lo sé. Lo leí en el periódico. No me gusta nada la otra. Cuando viene aquí, no sé qué se cree –comentó en plan cotilla–. Tercer piso, habitación 303.

–Muchas gracias –dijo Kelly efusivamente yéndose antes de que nadie la parase otra vez.

Estaba muy nerviosa. Seguro que Olimpia estaba allí, guapísima y reconfortando a Jake al pie de la cama. Su ex mujer no sería bien

recibida. Si Jake se sentía incomodo con su presencia se marcharía, pero no sin verlo antes. Llegó a la habitación, tomó aire y abrió la puerta despacio.

A primera vista, la habitación era muy alegre. Llena de tarjetas, algunas con dibujos divertidos y muchas flores, destacando en el centro un ramo enorme de rosas rojas. A Kelly le hubiese gustado saber quién las había mandado. Pero después de unos instantes su primera impresión cambió. La habitación estaba terriblemente en calma. No vio ningún libro. No estaba puesta ni la radio ni la televisión. Había un hombre tumbado en la cama, muy pálido. Era como si estuviese sumergido en un cansancio increíblemente profundo. Era imposible que se tratase del alegre y activo Jake. Movió la cabeza y Kelly contuvo la respiración. Era y no era Jake. De pronto se acordó de la última vez que lo había visto en una cama, contemplándola desnuda, con los ojos encendidos. Ahora los tenía apagados, como aquel que ha estado a punto de morir.

«¿Cómo puede un hombre cambiar tanto en tan poco tiempo? Ojalá que se ponga bien. Daría cualquier cosa para que fuese el mismo de siempre», pensó Kelly de corazón.

Esperaba una sonrisa o algo algún tipo de reacción, pero no hizo nada. Por un momento temió que su cerebro estuviese dañado.

–¿Eres tú? –dijo él muy bajito.

Ella corrió al borde de la cama inclinándose sobre él.

–Sí, soy yo. ¿Me reconoces?

Él sonrió débilmente.

–No te preocupes, me alcanzaron en el estómago, no en la cabeza. Me alegro de verte, Kelly. Sabía que vendrías.

Ella se quedó sobrecogida; debería haber ido a verlo mucho antes.

Acercó una silla y se sentó a su lado. Le tomó la mano y, horrorizada, se dio cuenta lo delgada que la tenía.

–Hubiese venido antes, pero ha sido difícil encontrarte. Menos mal que la recepcionista de abajo nos vio juntos en la televisión. ¿No vendrá ahora Olimpia con los fotógrafos?

–¿Has leído la entrevista? De risa, ¿verdad? No la culpo por aprovechar un poco de publicidad, quiere llegar muy lejos.

Jake admiraba a la gente así. Personas incansables, sumidas en un mundo excitante, lleno de *glamour* y sobre todo lleno de éxitos.

Kelly sabía que nunca iba a ser una de ellas.

–Hoy no vendrá –continuó Jake–. Está fuera haciendo un curso de Dirección de Empresas.

Por supuesto, para Olimpia Statton ser productora no era suficiente. Aspiraba a ser directiva, presidenta de un imperio informativo con Jake como mano derecha.

–Supongo que te mueres por volver a trabajar –dijo ella.

–¿Por qué dices eso?

–Porque siempre has sido un pésimo paciente. Nunca has hecho caso de los médicos.

–Ellos me animan a salir de la cama un ratito todos los días. Lo malo es andar. Me han dado un andador, esos que usan los ancianos, pero yo les dije que podía andar solo. Lo he intentado, pero siempre termino cayéndome. El doctor Ainsley, que es un médico fantástico pero tiene unos modales muy rudos, me dijo que no hiciese el idiota y he tenido que hacerle caso.

–No me lo creo, ¿hacer algo sensato, tú? –dijo ella con una tierna sonrisa.

–No me quedaba más remedio, mis piernas están muy débiles. Me lo tomaré con calma.

–¿Estas harto? –dijo ella con cariño. Lo notaba muy desanimado.

–Un poco. Olimpia me llama de vez en cuando para ponerme al día.

–Jake, no hace falta que me des explicaciones. Tu vida privada es asunto tuyo –dijo inmediatamente.

–Vale, vale –asintió él al cabo de un momento. Apartó su mano de ella, dejándola con la triste sensación de haberla rechazado.

–No te falta gente que te quiera –dijo señalando las tarjetas.

–Los chicos de la oficina me las mandan casi todos los días. La mayoría son verdes y muy graciosas; pero el problema es que no me puedo reír. También las recibo del público, intento contestarlas pero... –se encogió de hombros.

Ella se fijó en la pila de cartas sin abrir que tenía cerca de la cama, y en particular en una que estaba medio abierta, como si la hubiera empezado a leer y la hubiera dejado, aburrido.

–Vamos fuera, te invito a un té con bollos en la cafetería –dijo él, se destapó y se dispuso a salir de la cama.

–Pero ¿puedes hacer algo así?

–Sí. Se supone que el ejercicio delicado, o lo que quieran decir con eso, es bueno para mí. De hecho, hoy ya me he levantado, pero me cansé y volví a acostarme.

Ella se enfadó un poco. ¿Cuántas veces en el pasado habían discutido porque nunca quería admitir que estaba enfermo? Ella lo hubiese atendido encantada, pero todos sus intentos habían sido nulos. Solía llamarla «la súper protectora». Ahora, irónicamente, estaba conforme con que Kelly lo ayudara a ponerse la bata, e incluso le pidió que le pusiese las zapatillas.

Ella buscó el andador, pero lo único que vio fue una silla de ruedas.

–¿Te la acerco? –preguntó ella.

–¡A la porra! Ya puedo andar –dijo, pareciéndose más al Jake de siempre. Le pasó el brazo por el hombro y se apoyó en ella. Kelly se quedó impresionada de lo delgado que se había quedado. No era que antes estuviese gordo, pero ahora podía notar los huesos de su brazo contra ella. Estaba increíblemente débil.

Por el camino, Jake habló animado sobre el doctor Ainsley, haciéndolo parecer un ogro. Pero a pesar de su buen humor, Kelly lo notó cansado. La cafetería estaba un poco lejos y agradeció poderse sentar cuando llegaron.

–¿Qué puedes comer? –preguntó ella de camino a la barra del autoservicio.

–No mucho. Me han estado alimentando a través de tubos y ahora estoy a dieta líquida. Pídeme un batido de plátano y luego a lo mejor me tomo uno de fresa.

–¿Batidos de plátano y fresa?, ¿solamente? –dijo pasmada recordando sus whiskies con soda.

–Bueno, no. También puedo tomar batidos de chocolate e incluso helado si me siento con ganas; la vida es muy variada por aquí –dijo bromeando.

Kelly también se pidió un batido.

–Parecemos un par de colegiales –dijo al rato Jake con ironía, mientras los dos se bebían sus batidos con una pajita.

–Los estudiantes de ahora ya no beben batidos.

–Cierto, pero nosotros lo hacíamos. Tú tenías diecisiete años, pero parecías más pequeña.

–Es verdad –dijo tomando aire–. Una vez que tuve un examen,

tú me esperaste en la puerta del colegio –continuó mientras se contenía la risa.

–¿De qué te ríes? –preguntó él divertido.

–Me preguntaste, por pura educación, qué tal me había ido y yo estuve media hora contadote lo bien que me había salido. De repente me di cuenta de que empezabas a bostezar.

–No me aburría, simplemente no estaba muy atento porque estaba pensando en lo guapa que estabas.

–Y yo pensaba en lo maduro que eras, hasta que empezaste a hacer ruiditos al sorber el batido.

–¿Como estos? –dijo mientras apuraba ruidosamente lo que quedaba del batido.

Se empezó a reír cuando la vio hacer lo mismo, pero en aquel momento algo delante de ella atrajo su atención. Kelly se dio la vuelta y vio a un hombre muy alto en la puerta mirando alrededor. Se acercó a ellos cuando reconoció a Jake.

–He ido a su habitación y no había nadie, así que pensé que podría estar aquí –dijo aquel hombre.

–Kelly, este es el doctor Ainsley –dijo Jake. Ella se levantó para estrecharle la mano.

Intentó equiparar el aspecto agradable de aquel hombre de unos cuarenta años, con la imagen de ogro que le había dado Jake.

–Me han hablado de usted –dijo el doctor con simpatía estrechándole la mano–. Anna, la recepcionista, le ha contado a todo el mundo que usted estaba aquí.

–¡Ah, sí! –dijo ella. Le hubiera gustado saber exactamente lo que Anna había dicho.

–Deje que le traiga un café –se ofreció Jake.

–Yo iré –dijo Kelly rápidamente.

–Déjelo, que vaya él –dijo el doctor Ainsley tomándola del brazo–. Es bueno que se mueva un poco. Quería hablar con usted a solas –añadió el doctor cuando Jake no podía oírlos.

–¿Cómo está realmente? –preguntó ella.

–Se está recuperando, pero muy lentamente. Es como si no pudiese esforzarse.

–Pero siempre ha sido muy fuerte y con mucha confianza en sí mismo.

–Eso a veces puede ser contraproducente. Cuanto más control se

tiene, más difícil resulta afrontar situaciones que se escapan de las manos. Psicológicamente es muy duro.

–Me estaba contando que intentó andar por sí solo, pero aún era muy pronto.

–Ese es el quid de la cuestión. Hasta entonces había estado convencido de que podía recuperarse a su manera, pero ha recibido un fuerte golpe al ver que estaba equivocado. Va a necesitar que lo vigilen muy de cerca.

–Doctor Ainsley, ya no soy su mujer –dijo Kelly precipitadamente.

–Pero pensé que... –dijo el doctor, desconcertado.

–Nos hemos divorciado hace unas semanas. Si hubiésemos estado casados, ¿cree usted que hubiese tardado tanto en venir a verlo?

–Por supuesto que no, lo siento mucho.

–Jake es agua pasada.

–Pero ha venido a verlo.

–Sí, cuidar de él es un hábito difícil de dejar.

–Parece ser que no tiene más familia.

Kelly movió la cabeza.

–Ni hermanos ni hermanas. Sus padres fallecieron y como también eran hijos únicos, no tiene a nadie –lo informó Kelly.

–Menos usted.

–Y Olimpia Statton.

–¡Ah, sí! La rubia imponente –dijo con desdén.

–La misma –replicó Kelly, encantada por la insinuación del doctor.

–Ha estado por aquí un par de veces, precisamente cuando las cámaras de televisión vinieron. Por su puesto se quejó de lo pesada que es la presa. Lo que Jake necesita ahora es una madre o una hermana, no un amante.

–Está bien, vendré todo lo que pueda.

Jake vino con el café. Se notaba exhausto; el pequeño paseo lo había agotado.

–No tenías que haber ido tú. Suficiente ha sido con venir hasta aquí andando –dijo Kelly con preocupación.

–Estoy bien –dijo Jake, irritado–. Lo siento mucho, no era mi intención ser desagradable.

Ella pensó, extrañada, que era como si Jake quisiese apaciguarla. Con frecuencia, durante su matrimonio se había disculpado cuando había sido desconsiderado, pero nunca por temor a ofenderla.

–Se me ha olvidado la cuchara –dijo Jake.

–Yo iré –contestó Kelly, poniendo una mano sobre el hombro de él.

–Soy perfectamente capaz de hacerlo yo.

–No, no lo eres y, ¡cállate ya! –dijo Kelly con firmeza.

Él no se atrevió a responder.

Ella volvió con la cuchara, pero según se sentaba todo le dio vueltas. Aun así fue capaz de sentarse antes de caerse.

–¿Qué te pasa? –preguntó Jake, preocupado.

–Nada, nada… –dijo Kelly mientras se frotaba los ojos.

–Pensé que te ibas a desmayar.

–No, es que últimamente estoy un poco cansada –dijo recomponiéndose.

–Claro, como insistes en trabajar en la cafetería e ir a la universidad al mismo tiempo.

–Sí, supongo que es eso –dijo Kelly, intentando sonar animada mientras luchaba por contener sus ganas de vomitar.

–Te estas poniendo pálida, ¿verdad doctor? –dijo Jake, mirándola con preocupación.

–No, no lo creo –contestó el doctor encogiéndose de hombros–. Es por la luz fluorescente.

Kelly pensó que era increíble que dijese eso, porque se encontraba terriblemente mal.

–Ahora mismo vuelvo –dijo ella marchándose rápidamente.

Había un baño de señoras muy cerca, pero para cuando llegó la náuseas habían desaparecido. Encontró una silla y se sentó como pudo durante un rato hasta que se encontró lo suficientemente bien como para moverse.

–¿Seguro que estás bien? –insistió Jake cuando ella se reunió con ellos otra vez.

–Está perfectamente –dijo el doctor–. Mira, ya tiene mucho mejor color. Eres tú quien me preocupa. Vuelve a la cama.

El doctor pidió una silla de ruedas y los acompañó hasta la habitación.

–Solamente cinco minutos –dijo a Kelly brevemente antes de marcharse.

–Deja el trabajo –dijo Jake mientras se subía con cuidado a la cama–. Ya sé lo que vas a decir, pero ya no somos enemigos, ¿verdad?

–¿Estaría aquí si lo fuésemos?

–Entonces deja que te ayude, aunque solo sea con un préstamo.

–Mañana vendré otra vez y entonces hablaremos de ello –dijo ella; necesitaba pensarlo a solas.

–Entonces, vienes mañana –acordó él y de pronto estrechó su mano–. Vendrás, ¿verdad?

–Te lo prometo.

Y después de dudar un momento, lo besó en la mejilla y se fue corriendo.

Fuera, en el pasillo, la estaba esperando el doctor Ainsley.

–Deberíamos hablar –dijo el doctor.

Capítulo 5

ESTÁ usted equivocado –dijo Kelly, desafiante–. No estoy embarazada.

Estaba sentada con el doctor Ainsley en su consulta. Él la había conducido hasta allí, sin darle opción a negarse, obligándola a tomarse una taza de té muy caliente. Una vez que ella se había encontrado un poco mejor, él había dicho lo que pensaba.

–Solamente porque me he sentido un poco mareada... –dijo ella, molesta.

–Tengo que admitir que puedo estar equivocado, pero mi instinto de médico me dice que está embarazada.

–Es imposible.

–Pero ¿literalmente imposible? ¿No hay nadie con quien...? –el doctor hizo una pausa–. Sería perfectamente normal que hubiese querido celebrar su nueva libertad.

–Muy bien, pues lo hice –gruñó ella–. Lo celebré con mi ex marido. Pero usted no lo entiende, hace años tuve un aborto y desde entonces, aunque lo he intentado por todos los medios, ha sido imposible quedarme embarazada. Sencillamente, no me puedo creer que la única vez que no he pensado en ello, ocurra.

–Por eso ha pasado. Los médicos estamos cansados de ver a parejas que, después de años intentándolo, adoptan un hijo y en menos de seis meses la mujer se queda embarazada. Al tener ya un hijo, la pareja se relaja y cuando dejan de preocuparse es cuando sucede –dijo el doctor, haciendo un gesto muy expresivo con las manos.

–Está usted divagando –dijo Kelly con más firmeza de la que realmente sentía.

Él buscó algo en un armario.

–Aquí tengo una prueba de embarazo. ¿Por qué no seguimos hablando dentro de unos minutos? Encontrará un baño al final del pasillo.

Ella se negó a ver la realidad hasta el último momento, pero

luego era como si la hubiese sabido desde un principio.

–Supongo que debería haber confiado en su instinto –dijo Kelly al doctor enseñándole la prueba de embarazo–. No me creo que me esté sucediendo esto. Jake y yo hemos terminado.

–¿No cree que se alegrará?

–No debe saberlo. Él ya ha rehecho su vida, al igual que yo.

–¿Usted? –dijo el doctor, arqueando las cejas.

–Sí, aunque es un poco complicado de explicar. ¿Me promete que no se lo va a contar?

–Por supuesto que no, pero no olvide que la ha visto, podría sospechar.

–No lo creo, Jake no se fija demasiado.

Aquella noche, una vez en casa, Kelly intentó concentrarse en su asignatura de Arqueología, pero no pudo. ¿Cómo iba a pensar en construcciones del pasado si la construcción de su propia vida se estaba desmoronado por momentos? Un bebé, ahora que hacía años que había perdido toda esperanza. Era demasiado tarde para que un hijo salvara su matrimonio con Jake. ¡Amarga ironía!

Había dicho al doctor Ainsley que era imposible que estuviese embarazada. De pronto se acordó de cuando tenía dieciocho años y le había dicho eso mismo a su madre.

–Por supuesto que podrías estarlo –le había dicho Mildred–. Es exactamente lo mismo que yo dije cuando tenía dieciséis años, y estaba equivocada. Por lo menos tú has aguantado hasta los dieciocho; la familia va mejorando.

–¡Mamá! –había protestado Kelly.

–Tienes que afrontar los hechos. Supongo que es de Jake.

–Por supuesto que es de Jake. Yo lo quiero.

–Esperemos que tengas más suerte con él de la que yo tuve con tu padre. En cuanto lo supo, no lo volví a ver.

Pero Jake era diferente. Afortunadamente, recibió la noticia del bebé con una inmensa alegría.

–¿Cuándo nos podremos casar? –había sido su primera pregunta.

–Espera, espera –había dicho ella, mitad llorando y medio riendo de felicidad.

–No podemos esperar, pongamos una fecha ahora mismo.

–Pero si ni siquiera me lo has pedido –había señalado ella.

–Ya te lo pediré más tarde.

Y antes de que ella se diese cuenta, estaba vestida de novia. Se casaron tan rápido que ella ni siquiera tenía tripa.

–Eres una tonta, hija. Con las buenas notas que has sacado, podías haber hecho algo en la vida. Lo has fastidiado y ya no tiene remedio. Había ahorrado un poco de dinero para mandarte a la universidad, pero supongo que ahora lo necesitarás –había dicho su madre, apenada pero en tono práctico.

El cheque era generoso, pero eso fue todo. A Kelly no la sorprendió cuando, después de la boda, su madre se fugó con un camionero desapareciendo de su vida para siempre. Pero Kelly estaba tan contenta con Jake, que no le había importado.

Su primera casa había consistido solamente en un par de habitaciones. Jake siempre había conseguido animarla y hacerla reír cuando a ella le cambiaba el humor y se enfadaba. Nada podía empañar su felicidad. Llevaba dentro al hijo de Jake, estaba completamente enamorada y agradecida por su decisión de permanecer junto a ella, aunque sospechaba que el bebé era la razón principal. Él le había contado la tristeza de su niñez, sin hermanos ni hermanas:

–Por culpa del trabajo de mi padre, viajábamos a menudo. Nunca tuve la oportunidad de hacer amigos. Esperaba que mis padres me diesen un hermanito con quien jugar, pero nunca sucedió. Y luego, cuando tenía catorce años, murieron.

–Entonces, ahora tendrás a alguien con quien jugar –había bromeado ella.

–Lo tenía todo calculado –había contestado Jake riendo.

Ahora, volvía a llevar dentro un hijo suyo, tan inesperado como entonces. Pero ya nada era igual.

No se podía explicar cómo no se había dado cuenta antes. Tantos años pensando que no podía tener hijos, que no había sido capaz de identificar los síntomas. Los cambios de humor los había achacado al cansancio provocado por trabajar tanto. Ahí estaba ella, empezando su nueva vida, y de pronto había vuelto al pasado.

–¡Ni hablar! –se dijo en voz alta–. Ya he vivido esto anteriormente y no voy a volver a hacerlo. Me quedé embarazada, Jake se portó con decencia y se lo agradezco, pero ahora no. Ni hablar, soy mayorcita y voy a cuidar de mí misma y de mi hijo sin su ayuda.

«Mi hijo», qué triste sonaba; debería decirse «Nuestro hijo». Iba a perderse muchas cosas: decirle por fin a Jake que iba a ser padre, ver sus ojos llenos de felicidad, compartir el nacimiento con él. Pero debería olvidarse de todo eso porque Jake no la quería realmente. Él deseaba a la criatura llena de *glamour* con la que había estado en la fiesta, pero esa no era la verdadera Kelly, incluso su figura estilizada cambiaría pronto. Pero ¿qué pasaría si volviese a abortar? Lo afrontaría sola, era la mejor manera.

–No necesita saber que estoy embarazada –continuó ella sola–. Le diré que tengo mucho trabajo y que no puedo ir más a verlo. Volverá con Olimpia y yo... –extendió la mano sobre su estómago y una sonrisa se dibujó en su cara.

Estaba esperando un hijo, un hijo de Jake. Tantos años esperando, rezando para que algo así sucediera. Su sonrisa no era solamente de ternura, era de triunfo. Sería el principio de su nueva vida, pero no como una mujer atractiva que había seducido a Jake, sino como una mujer fuerte que puede con todo sin la necesidad de un hombre a su lado.

–¿Quién decía que es demasiado tarde? –susurró–. Quizá sea tarde para nosotros dos, pero es un nuevo comienzo para mí.

Al día siguiente, encontró a Jake sentado en una silla junto a la ventana. Parecía que estaba mejor, pero la tensión que había en el ambiente hacía difícil la conversación.

–¿El doctor piensa que estás mejor? –preguntó ella.

–Estoy haciendo progresos, despacio pero seguro. Eso es lo que no paran de decirme.

–Estupendo.

–Y tú, ¿qué tal? –preguntó Jake.

–Estoy bien, me han puesto muy buena nota en mi último examen.

–¿Y tu trabajo?

–Fácil, como siempre.

–Pero ¿por cuánto tiempo? –preguntó él despacio.

Pareció que el tiempo se había parado.

–¿A qué te refieres? –preguntó Kelly.

–Estás embarazada, ¿verdad?

–Pero ¿qué dices? Jake, por favor, por un simple mareo...

–Justamente a las tres de la tarde.

–No te entiendo.

–Es lo que pasó la última vez. Muerta a partir de las tres.

–Es imposible que te acuerdes de algo así –dijo mirándolo, atónita.

–Teníamos prisa porque perdíamos el autobús que salía a las tres y diez y cuando llegamos a la estación de autobuses, a las tres en punto, te pusiste pálida. Ayer eran las tres cuando te sucedió.

–Pura coincidencia.

–Estás embarazada.

Que Jake se acordara, después de tantos años, de aquellos pequeños detalles que ni ella misma sabía, era lo último que se esperaba.

–Bueno, y qué si lo estoy –dijo ella, beligerante.

–Simplemente pensé que quizá te gustaría contármelo –dijo Jake mirando por la ventana.

–¿Por qué?

–Por nada –dijo él despacio, después de pensar la respuesta.

–Ciñámonos a lo que acordamos, Jake –dijo ella, desesperada–. Amigos sin ataduras.

–Muy bien, de un amigo a otro, dime qué vas a hacer, ¿piensas casarte con el padre?

–Eso a ti no te incumbe.

–Cuéntamelo –insistió él, con energía, como era normal en él.

–No.

–¿Vives con él?

–No.

–¿Ha sido una decisión tuya o suya?

–Mía.

–¿Quién es él?

–Jake, te lo advierto.

–¿Sabes por lo menos de quién es?

–¿Qué insinúas? –dijo, encolerizada.

–Bueno, afrontémoslo, la última vez que te vi tenías donde elegir –dijo él, pero ella no lo escuchó. Había estallado por dentro.

Hizo todo el camino a casa corriendo enfurecida. Se paró en un pequeño parque donde había un estaque para patos. Se sentó en el borde. Lo había preparado todo con tanta perspicacia, para nada. En otra época estaría llorando como una loca, pero ahora quería estrangular a Jake. ¿Cómo se atrevía a insinuar que se estaba acostando con todo el mundo? Sin embargo, en la fiesta quiso dar esa impresión.

Kelly sonrió a la madre pato que, con sus patitos en fila, cruzaron decididos el estanque, y se sintió más calmada. Posiblemente, Jake le había hecho un favor al poner en duda la paternidad del bebé. Cualquier cosa antes que pensase que él era la única persona con la que ella se acostaba. Así su vida sería más fácil. Según salía del parque iba recuperando su ánimo.

El teléfono estaba sonado cuando entró en su apartamento.

–Lo siento –dijo Jake, en cuanto ella descolgó el aparato–. No quise decir lo que dije; simplemente como tú… Bueno, no importa, ¿por qué no vuelves aquí otra vez?

–Ahora no, mañana.

–¿Me lo prometes? –su voz sonaba urgente.

–Te lo prometo.

Cuando volvió al día siguiente, él estaba respondiendo el correo. Dejó todo a un lado para recibirla efusivamente.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó él.

–Bien.

–¿Ya has visto a tu médico de cabecera?

–Aún no.

–Y, ¿por qué no? –preguntó con un brillo de sospecha en los ojos–. ¿Has tomado alguna decisión?

–Sí, quiero tener este bebé –dijo ella.

Él se relajó ligeramente.

–Entonces, debes cuidarte como Dios manda. Al final vas a tener que aceptar mi dinero.

–Yo no tengo que hacer nada, Jake –dijo Kelly, tensa.

–Es de sentido común. No puedes trabajar y estudiar al mismo tiempo estando embarazada. No puedes correr ningún riesgo.

–Está bien, tendré cuidado

–Pero sin mi ayuda, ¿eh? Bueno, es todo lo que quería saber.

–No sé qué quieres decir con eso.

–Lo sabes perfectamente.

–Jake, entiende una cosa. Nada ha cambiado entre nosotros; voy a tener un hijo, no vamos a tener un hijo.

A ella le dio la impresión de que él palidecía, pero él siguió hablando con calma.

–Creo que eso ya lo has dejado bastante claro, pero como ya te he dicho, estoy en deuda contigo y me gustaría ayudarte.

Ella no le respondió, testaruda, se cruzó de brazos. Jake se estaba poniendo insoportable.

–¿Y cuando nazca el bebé, qué?, ¿has pensado en eso? No vas a poder mantenerlo tú sola. Tienes que dejar que te ayude.

–No tengo que hacer nada –dijo ella apretando los dientes.

–Eso es fácil de decir, pero en la práctica tienes que hacer lo mejor para tu hijo, y vivir como vives no lo es.

–Te importa dejar de darme ordenes, ahora ya no tienes ningún derecho.

–Nunca te he dado ordenes.

–¡Seguro!

–Nunca lo he hecho –gritó él.

–Por supuesto que no. ¿Para qué molestarse en darlas a alguien que hacía todo lo que tú querías sin pedirlo siquiera?

–Haces que parezca un animal –dijo mirándola fijamente.

–No, no lo eras. Fue también culpa mía. Nunca te obligué a nada. Yo cedía muy fácilmente.

–Y ahora lo estás haciendo otra vez –apuntó él.

–¿Qué quieres decir?

–Con prisa de echarte la culpa. No deberías hacerlo.

–Tienes razón.

–Deberías enfrentarte a mí.

–Sí.

–No dejes que sea tan acaparador.

–No lo haré.

–Menos ahora, porque ahora sí tengo razón.

Estaba claro adónde quería llegar. Kelly suspiró y lanzó sus manos al aire.

–Eso lo decidiré yo –declaró ella.

–¿Qué vas hacer para conseguir dinero? ¿O estás planeando algo estúpido, como dejar la universidad?

–No lo sé –le gritó–. Ya encontraré alguna manera de ganar dinero.

–¿Cómo? –preguntó él inexorablemente.

–Alquilaré la habitación que me sobra, yo qué sé. Pensaré en algo, pero ya te lo digo ahora, Jake, no voy a pedirte permiso.

–Kelly, ¿crees que todo esto tiene algún sentido?

–Sí, sí lo tiene, sobre todo el día que te eché fuera.

–No seas tan… Pero ¿adónde vas? Ven aquí, ¡Kelly!

Minutos después, el doctor Ainsley se la encontró en la cafetería del hospital.

–Bien hecho. Creo que ha sido lo más divertido que hemos escuchado por aquí en mucho tiempo –dijo el doctor.

–Supongo que se oía todo.

–Ninguno de ustedes se preocupó de bajar la voz. Ha sido genial y además, ha ayudado mucho a mi paciente. No lo había visto tan vivaz desde que llegó.

–Estábamos discutiendo sobre mi embarazo. ¿Usted no habrá…?

–Soy inocente. Estaba convencido de que se daría cuenta por sí solo.

–Me puse pálida a las tres en punto, según me ha dicho él, como la última vez que estuve embarazada.

–¿Él se acordaba de eso?

–Jake siempre dice que su cerebro es como el pegamento, las cosas se le quedan pegadas durante años. Es muy útil para un periodista.

–Sí, debe de serlo –según el doctor hablaba, un hombre apareció en la puerta de la cafetería–. Mira quién está aquí –el doctor levantó la voz–. Muy bien, Jake. Veo que estás sin aliento.

–Después de que salieras corriendo, me di cuenta de que estuviste brillante –dijo Jake a Kelly.

Ella se tranquilizó lo suficiente como para sonreír.

–Si te hubieses dado cuenta de eso más a menudo, no hubiese tenido que echarte.

–Creo que se te ha olvidado que yo me fui solito.

–Efectivamente, segundos antes de que te diese una patada en el trasero.

–Fin del primer asalto –dijo el doctor Ainsley–. Kelly va ganando por puntos.

–Si quiere también puede ganar el segundo asalto; como siempre, tiene una respuesta perfecta para todo –dijo Jake.

–Dime lo brillante que he estado –replicó Kelly.

–Tú has dicho que alquilarías una habitación de tu apartamento.

–Sí, ¿y qué?.

–Aquí está tu nuevo inquilino. Necesitaré un lugar cuando salga de aquí y con el alquiler ya no necesitaras esa porquería de trabajo –dijo Jake–. No muevas así la cabeza, Kelly, lo que estoy diciendo tiene sentido.

–Nada de lo que has dicho en tu vida ha tenido sentido y la idea de volver a vivir bajo el mismo techo, ahora cuando justo habíamos escapado el uno del otro, es simplemente irreal.

–Creo que están pasando algo por alto –dijo de repente el doctor.

Los dos se giraron hacia él.

–¿El qué? –dijeron ambos al unísono.

–Enrique VIII.

–Ignóralo –dijo Jake viendo la expresión de Kelly–. Ha inhalando demasiada anestesia.

–Enrique VIII y Anne de Clèves –comenzó a decir el doctor–. Fue su cuarta mujer, tuvieron un divorcio amistoso y quedaron como buenos amigos, tanto que ella recibió el título semioficial de «La querida hermana del Rey». Ustedes han estado juntos seis años. No les estoy hablando de amor, estoy hablando de comprensión, de saber cómo funciona la mente de cada uno. Tanto si les gusta como si no, están entrelazados, conectados. ¿Qué es tan gracioso? –Kelly se estaba muriendo de risa.

–Lo siento, es que me estaba imaginando a Jake como Enrique VIII. No tiene su figura, pero desde luego tiene su actitud.

–Sería el inquilino perfecto –prometió Jake.

–Estoy segura, pero no conmigo. Escucha, y usted también, doctor. Es una idea estupenda, pero no.

–¡Kelly! –dijeron los dos hombres a la vez.

–Tenéis la cabeza llena de pájaros y yo me voy a ir antes de que a mí también se me llene.

Aquella noche el trabajo en la cafetería le pareció más duro que

nunca. Se había encontrado revuelta toda la tarde y el olor a fritanga hizo que se sintiera aún peor.

Sabía que tenía que dejar aquel trabajo. Sería una buena idea lo de alquilar la habitación, pero no a Jake. A cualquiera menos a Jake.

Pasaron muchos días hasta que Kelly volvió al hospital y acudió con la intención de que fuese su última visita. Confirmaría su resolución de decirle adiós para siempre. Se acordó de que la última vez que había planeado hacer lo mismo, al final todo se había quedado en nada, pero esa vez sería diferente.

Tropezó con el doctor Ainsley, que la llevó a su despacho.

–Hay algo que debería saber –dijo él con prisa–. Anteayer Jake se dio el alta; estaba tan decidido a salir de aquí que tomó un bastón y se fue.

–Y, ¿usted lo dejó?

–No pude hacer nada, esto no es una cárcel.

–Pero ¿por qué no me llamó?

–Porque no tengo su teléfono. No hay nadie registrado como familiar directo. Jake volvió a lo que él llama su casa y esa misma noche uno de sus vecinos, que lo oyó quejarse, llamó a una ambulancia. No fue nada grave y ahora está bien. Pero si ya se ha ido una vez, es posible que lo vuelva a hacer.

–Y probablemente aún necesite cuidados médicos.

–Sí, pero no intensivos. Mucho descanso y buena alimentación. Es suficiente con una enfermera en su casa que lo supervise. Si él estuviera viviendo con alguien lo mandaría a casa hoy mismo, pero vive solo y no tiene familia. Es curioso, un hombre tan popular y tan solo al mismo tiempo.

Jake estaba de nuevo en la cama. Parecía exhausto después de haberse escapado. Al principio Kelly no dijo nada. Se sentó a su lado y le tomó la mano.

Después de un rato, él habló.

–He sido un idiota.

–Para variar –dijo ella intentando mantener la voz firme. Le

dolía el corazón por verlo tan pálido y derrotado–. ¿Por qué has hecho algo tan estúpido?

–Me estaba volviendo loco aquí metido –dijo él encogiéndose de hombros–. Me conoces mejor que nadie. Todo lo que el doctor insinuó sonaba muy bien, pero tenías razón en decir que no. Si no te parece a ti bien, es que no es una buena idea.

Ella se sintió a punto de tambalearse, al borde de echarlo todo a perder, pero hizo un último y desesperado intento por evitar el desastre.

–Realmente la mejor persona para cuidarte es Olimpia, Jake.

–Olimpia trabaja de sol a sol y además ahora no tengo la energía suficiente para ella.

–Bueno, no creo que ella espere que tú... bueno, quiero decir, durante un tiempo.

–No me refería a eso. Me refiero al tema romántico. Me canso solamente de pensarlo.

–Jake Lindley, que las mujeres se derriten nada más verlo –bromeó Kelly.

–Seguro –convino Jake sin entusiasmo.

–¡Oh, Jake! –dijo Kelly suspirando–. ¿Qué voy a hacer?

–Lo que tú quieras. Tú decides.

Ella resopló de indignación.

–¡Por favor! ¿Crees que no me acuerdo? Eso es lo que siempre me has dicho justo antes de engañarme para que actúe a tu manera –dijo Kelly.

–Seguimos igual que siempre.

–Además la habitación no está ni siquiera amueblada, tú la has visto.

–He pensado en ello –Jake abrió su mesilla, tomó un trozo de papel y lo puso en la mano de ella–. Esto cubrirá la decoración, y que alguien vaya a instalar lo que sea necesario. No debes hacer nada sola.

El valor del cheque la sorprendió.

–Pero si esto es mucho más de lo que cuesta...

–Entonces, tómalo como el pago del alquiler del primer mes –dijo haciendo una mueca de dolor–. Déjame que haga algo por ti, Kelly. Déjame dar y recibir. Por favor –insistió con fuerza.

No era del estilo de Jake el pedir nada por favor. Lo que quería

conseguir lo lograba deslumbrando a la gente con su encanto. Ella se dijo que era uno de sus trucos para engañarla, pero mirando en sus ojos vio una ansiedad que no había visto nunca. Recordó las palabras del doctor: «Un hombre tan popular y tan solo al mismo tiempo».

–Está bien –dijo ella despacio–. Solamente hasta que puedas ponerte de pie y andar.

–¿Quieres decir, ponerme de pie y andar sin caerme inmediatamente? –bromeó él.

–Hasta que te encuentre mejor puedes ser mi nuevo inquilino.

–No, seré tu hermano. Bueno, seamos prácticos, ¿ya has dicho en la cafetería que te vas?

–No, pero...

–Hazlo ahora –dijo él descolgando el teléfono.

Tardó exactamente cinco minutos en librarse de la cafetería, en parte porque el jefe se puso contento de deshacerse de ella. Era una buena empleada, pero su sobrina necesitaba el trabajo. Eran cosas del destino, pero ella no podía ver a Jake como el destino. Jake era Enrique VIII. Aunque pensándolo mejor, nada de Enrique VIII; Jake era el demonio, pero un demonio encantador.

Capítulo 6

TUVO que pasar otra semana antes de que Jake se recuperase lo suficiente de su escapada como para que le diesen el alta definitiva. Para entonces, Kelly había amueblado y decorado su habitación. Había gastado una parte considerable del cheque, pero aún quedaba suficiente para no tener que preocuparse de momento por el dinero. Cuando intentó darle las gracias, él cambió de tema.

–Está bien, seamos prácticos –dijo ella–. Vas a necesitar algo de ropa. Si me das tus llaves iré a tu casa y te traeré lo que necesites.

–Gracias, pero no necesito nada –contestó él rápidamente.

–No me importa ir –después de separarse, los dos se habían ido de su antigua casa y ahora Kelly tenía curiosidad por conocer su nuevo apartamento–. Dame la llave.

–No tienes por qué molestarte –insistió él severamente–. Yo lo organizaré todo.

De repente, Kelly se sintió como una tonta; por supuesto que Olimpia lo haría por él, de todas maneras ella tendría una llave. ¿Cómo podía haber olvidado la verdadera situación?

Puso una excusa, se despidió de él un poco nerviosa y se fue.

La noche anterior a que él llegase, había intentado concentrarse en un capítulo del libro que estaba leyendo, porque sabía que no tendría mucho tiempo al día siguiente. Cuando sonó el timbre por primera vez, ella no lo oyó. Finalmente se levantó y abrió la puerta. Era Olimpia. Como siempre estaba guapísima, con su melena rubia perfectamente despeinada. Su graciosa sonrisa se agrandó cuando vio a Kelly.

–Kelly, querida, no te importa si paso ¿verdad?

–Por supuesto que no –mintió Kelly.

–Me he alegrado mucho al saber que has estado ayudando a Jake. Es maravilloso ver cómo todos sus viejos amigos se han acordado de él. Supongo que ahora debemos llamarte «vieja amiga», ¿no?

–No tan vieja como otras –contestó Kelly con un toque de

malicia. Olimpia tenía al menos cinco años más que ella.

Le hubiese gustado echar a aquella mujer sonriente, pero Olimpia ya había pasado dentro mirándolo todo como si fuera de su propiedad. Abrió la puerta del cuarto que iba a ser de Jake.

–Muy bonito –dijo Olimpia con una voz neutra–. Aunque debo decir que estoy un poco sorprendida con... bueno, no importa.

–¿Quieres decir que te sorprende que Jake quiera vivir conmigo? –le preguntó Kelly fríamente.

–Si quieres decirlo así. No opino sobre si la situación actual es la situación que Jake hubiese elegido, pero dejémoslo ahí. Ambas sabemos como a Jake no le gusta herir los sentimientos de nadie.

–Sí le gusta si piensa en ello –observó Kelly con ironía–. Tiene un gran corazón, pero los sentimientos de la gran mayoría le dan exactamente igual y pide perdón sin entender cuál ha sido la ofensa. Con el tiempo ya lo irás viendo.

Olimpia sonrió con tolerancia.

–Quizá sea así con algunas personas, pero yo... bueno, no creo que lo quieras oír.

–No, no quiero –replicó Kelly con energía–. Tienes que tomarlo tal y como es. Él no va a cambiar.

–Pero un hombre puede cambiar... cuando está enamorado –dijo Olimpia con una sonrisa irónica.

–Vasta ya, Olimpia –dijo Kelly exasperada–. Que no estás enfrente de una cámara –habló con brusquedad para disimular el daño que aquellas palabras le habían hecho.

Olimpia se bajó de su pedestal.

–No sirve de nada anclarse en el pasado. Lo siento, Kelly querida, pero la verdad es la verdad aunque duela.

–Creo que olvidas que yo me divorcié de él –Kelly contestó crispada.

–Por supuesto, no merecía la pena una vez que Jake demostró claramente que se había enamorado de otra mujer.

–Lo que tú negaste.

–Efectivamente, ninguno de los dos quiso que mi nombre se ensuciase. Pero la verdad es la verdad, por mucho que él mintiera para protegerme. Olvídate de él, Kelly. Las dos sabemos que vuestro matrimonio terminó porque él quiso.

Kelly suspiró con fuerza. Emociones aparte, estaba todo muy

claro. Menos mal que no le había dicho a Jake que el bebé era suyo.

–¿No te importará que venga a visitarlo? –continuó Olimpia dulcemente–. O una vez que él esté aquí –su voz había adquirido un tono ligeramente burlón–. ¿Vas a atrancar la puerta y proteger la zona con perros?

–El único perro del edificio es el caniche de mi vecino, tiene quince años y se pasa el día durmiendo –dijo Kelly negándose a que la provocase–. Ven cuando quieras y quédate todo el tiempo que quieras, simplemente intenta no molestarme si estoy trabajando.

–¡Ah, es verdad! Has vuelto al colegio –dijo intentando no entrar al trapo.

–A la universidad –dijo Kelly–. Estoy estudiando una carrera.

–Jake me lo ha contado. Hoy en día hay muchísima variedad de carreras, ¿verdad? Parece ser que puedes incluso licenciarte en culebrones de televisión.

–No lo sabía. Yo estoy estudiando Arqueología y precisamente ahora estoy leyendo un libro muy interesante sobre prácticas funerarias primitivas. Hubo un rey que solía deshacerse de las concubinas que ya no quería envenenándoles el vino. En un principio perdían el conocimiento y cuando lo recuperaban se encontraban dentro de un sarcófago en una habitación subterránea a gran profundidad. Parece ser que sus gritos se oían durante semanas hasta que finalmente morían. A mí me parece una forma muy ingeniosa de deshacerse de la gente. ¿Te puedo ofrecer un vaso de vino?

Olimpia lo rechazó, se despidió y se marchó.

Carl dio permiso a Kelly para que se saltara la última clase de la tarde y poder estar en casa para recibir a Jake.

–Te dejaré los apuntes y en un par de días quedamos a comer y los comentamos –dijo Carl despreocupadamente. Pero de pronto puso un semblante de gravedad–. Kelly, ¿seguro que estás preparada para cuidar de un hombre enfermo en tu estado?

–¿Es que todo el mundo lo sabe? –dijo ella, horrorizada–. Pero si no se lo he contado a nadie.

–Los demás no lo notarán, pero yo tengo un sexto sentido, de hecho un séptimo sentido. Soy el tercero de siete hermanos, he

pasado mi infancia viendo cómo mi madre tenía hijos, y para cuando yo tenía diecisiete años, mis dos hermanas mayores se casaron y se quedaron embarazadas. Fui el canguro de mis sobrinos; así ganaba dinero para salir con las chicas.

–Y según Marianne con demasiadas chicas –dijo Kelly riendo.

–Todos esos bebés me han marcado para toda la vida –asintió sonriendo–. Me encantan los niños, los adoro, y si me permites que lo diga, soy genial con ellos. Así que... –continuó solemne tomándole la mano– ante cualquier duda, ponte en contacto con tío Carl. Ahora en serio –recuperó su tono normal–, si necesitas tiempo libre, lo entenderé.

–Gracias, pero lo único que necesito es tiempo para ayudar a Jake a instalarse. No voy a dejar que mi embarazo interfiera en mi vida cotidiana. Y ahora, ¿qué te pasa?

Carl se reía a carcajadas.

–¿Que no interfiera? Me parece que tienes todavía mucho que aprender. Anda, vete y tómate todo el tiempo que necesites.

El día de la llegada de Jake, Kelly estaba en el apartamento al mediodía. Llegó sin aliento después de subir las escaleras; el ascensor lo estaban arreglando. Nada más entrar llamaron por teléfono. Era el doctor Ainsley.

–La ambulancia se acaba de marchar –dijo él–. O sea que Jake estará allí en cualquier momento.

–Estoy un poco preocupada. El ascensor está roto y vivo en un tercero.

–No pasa nada. Los paramédicos lo subirán en una silla de ruedas. La llamo porque me gustaría avisarla sobre lo que puede pasar. No me sorprendería si Jake cayera en una profunda depresión.

–Pero pensé que ya la había tenido.

–Kelly, me temo que ahora queda lo peor. Lo que ha sufrido hasta ahora, más que una depresión, ha sido un shock. Lo ayudaría mucho el estar en casa. Se encontrará mucho más animado y usted pensará que todo va bien; ahí es donde radica el peligro. Si no me confundo, aparecerá sin avisar, y él la necesitará como nunca lo ha hecho.

–Como nunca lo ha hecho… en eso tiene razón –dijo ella irónicamente–. En realidad nunca me ha necesitado, ni mí ni a nadie. Pero en el resto creo que se equivoca. Jake es de mente muy fuerte.

–Esos son los peores –dijo el doctor y colgó el teléfono.

Ella se preparó una taza de té e intentó pensar con lógica. Estaba embarazada de Jake y en unos momentos estaría compartiendo piso con él. Era como si no se hubiesen divorciado. Eso era contra lo que tenía que luchar y lo conseguiría si conservaba clara la mente. No estaba casada, estaba divorciada, era una mujer libre, totalmente disponible. Ya no estaba enamorada de Jake. Si el corazón le latía tan rápido era de preocupación por lo que se avecinaba.

Se preguntaba cómo se iban a saludar.

–Hola cariño, me alegro de verte –dijo en voz alta, pero no le sonó muy bien.

Miró por la ventana y vio que la ambulancia acababa de llegar. Echó un último vistazo a la habitación de Jake para comprobar que todo estaba en orden. Pensó que estarían subiéndolo en su silla de ruedas y esperó a que sonara el timbre de la puerta.

Pero no sonó. Miró otra vez por la ventana y vio la ambulancia todavía allí, pero no había rastro de sus ocupantes. Extrañada, abrió la puerta justo para ver que Jake subía por sí solo y muy despacio el último tramo de escaleras. Detrás de él iba una pareja de paramédicos intentando ayudarlo, pero sin éxito.

–Puedo yo solo –gruñó Jake–. Ni se les ocurra tocarme.

Kelly, al verlo andar solo, sudando y completamente pálido, se olvidó del saludo que había ensayado.

–¿Has perdido la cabeza? –le gritó.

–Nunca he tenido –jadeó él–. O, ¿es que aún no lo sabes?

–Sí, sí lo sé, pero se me olvida, estúpida de mí. ¿Dónde está tu silla de ruedas?

–Aquí –dijo unos de los paramédicos sujetándola–. Pero no deja que la usemos.

–Pues lo haremos –dijo Kelly inexorablemente.

–No, no lo haremos –contestó Jake entre dientes mientras subía el último escalón–. ¿Veis? Os lo he dicho, estoy bien.

–No lo estás –dijo Kelly, furiosa–. Eres un inconsciente, vas a acabar de vuelta en el hospital.

–¡Ni hablar! –dijo uno de los paramédicos–. Ahora que nos hemos deshecho de él, no queremos que vuelva.

–Yo pensé lo mismo hace poco –murmuró Kelly–, pero no es tan fácil.

Finalmente los paramédicos se marcharon. Jake se sentó en el sofá mirando a Kelly, con esa mirada tímida pero con un toque de perversión que ella conocía tan bien. Lo que significaba que él sabía que había hecho algo mal, pero quería librarse de una reprimenda haciendo uso de su encanto. Pero esta vez no iba a funcionar.

–Es una pena que no te llevasen con ellos –dijo Kelly, enojada–. Pero yo lo haré si es necesario. Tenías que hacer un numerito, ser el mas listo. Jake Lindley, a quien nada lo preocupa.

–Simplemente quería demostrar que podía hacerlo solo.

–Bueno, pues no puedes, ¿qué has demostrado con eso? Que eres un idiota –ya nada podía pararla. Palabras de indignación se agolpaban en su mente.

–Venga, Kelly –dijo por fin él–. Ya sé que no tendría que haberlo hecho, pero...

–Sin peros, estoy harta de tus peros. No deberías haberlo hecho, pero no quieres comportarte como el resto de la gente. La gran estrella de la televisión, pero en realidad eres un inmaduro inconsciente. Mereces que te disparen.

En cuanto dijo aquello se sintió horrorizada. Deseó haberse mordido la lengua.

–Creo que ya lo han hecho –dijo Jake con ironía.

–¡Oh Jake! No he querido decir eso. Es que... yo...

–No te preocupes, sé que no lo pensaste. Bienvenida al club –dijo él con una sonrisa tensa.

–¡Cielos! He dicho algo horrible –añadió ella sintiéndose muy mal.

–Tan horrible que es incluso divertido. Permíteme que me ría. Por favor, olvídalo.

–Gracias –dijo ella, muy agradecida por su comprensión. Ahora vete a la cama o ¿eres demasiado hombre como para reconocer que tienes que descansar?

–No.

Ella se llevó la maleta a la habitación de Jake. Él la siguió y se sentó en la cama.

–Lo siento, Kelly –dijo muy serio, tomándole la mano–. Si crees que voy a ser una carga, volveré al hospital.

–Ya has oído lo que ha dicho el paramédico. Puedes quedarte aquí si te portas bien.

–¡Sí, señora! –dijo él, sumiso. Soltó su mano porque ella no parecía haberse dado cuenta de que se la había tomado.

–Deja que te deshaga la maleta.

–Muchas gracias, pero creo que puedo hacerlo yo. No quiero molestarte más de lo necesario.

–Muy bien.

Kelly salió rápidamente de la habitación para que él no se diese cuenta de que estaba a punto de ponerse a llorar.

Durante un tiempo no vio mucho a Jake. Se pasaba casi todo el día dormido y solía despertarse cuando ella se iba a clase. En un principio, le preparaba un té antes de irse, pero pronto él insistió en que no era necesario porque podía hacerlo por sí mismo.

El primer día que vino la enfermera, Kelly se quedó en el apartamento. Era una mujer agradable, de unos cuarenta años, que se llamaba Emily. Lo cambió de ropa, comprobó que se tomaba la medicación correcta y le dio conversación durante un rato. También comprobó que no se había lesionado por haber subido las escaleras.

–Ha hecho un gran esfuerzo pero se repondrá.

–¿Por eso duerme tanto? Estaba mucho más enérgico en el hospital –dijo Kelly.

–En parte sí –contestó Emily–. Me da la sensación de que últimamente no ha estado muy tranquilo; por eso ahora se siente tan relajado.

Kelly le dio una llave de la puerta principal por si acaso Jake no la oía llamar. En los días siguientes Jake veía más a Emily que a la propia Kelly. Pero poco a poco se encontraba cada vez más despierto y algunas veces incluso cenaban juntos, aunque él volvía a su habitación inmediatamente después. Tenía la sensación de que Jake la evitaba deliberadamente.

Kelly pronto se dio cuenta de que sin el dinero de Jake le era imposible subsistir. Nunca hablaron sobre este tema, pero él se daba cuenta y, sin decir nada, poco a poco consiguió en una batalla

muda, asalto tras asalto, que ella aceptara aún más. Él nunca había tenido en cuenta las necesidades y sentimientos de Kelly, pero ahora parecía que tenía un sexto sentido para darse cuenta de todo. Una noche, ella se había encontrado su cocina adornada con un estupendo microondas último modelo que Jake había comprado por teléfono. Él aclaró que desde que vivía solo se había acostumbrado a usarlo y que ahora, con su estómago tan delicado, les podría ser muy útil. Muy pronto Kelly se enamoró de aquel aparato. Redujo a la mitad el tiempo que pasaba en la cocina, tenía más tiempo para otras cosas y, lo más importante de todo, el olor a grasa había desaparecido.

Jake había ganado el primer asalto.

El segundo comenzó con una visita de Olimpia. La explosiva rubia saludó a Kelly muy educadamente y a continuación se metió en el cuarto de Jake sin salir en toda la tarde. Cuando por fin salió, Jake estaba dormido.

–Pobrecillo, enclaustrado en esa ratonera –dijo Olimpia con retintín. Y durante un rato estuvo sermoneando a Kelly sobre cómo cuidar a Jake.

Kelly contuvo su furia hasta el día siguiente, cuando una ambulancia recogió a Jake para llevarlo al hospital a un chequeo rutinario. Entonces entró en acción. Puso todas las cosas de Jake en su cuarto y ella se trasladó a la pequeña habitación. Cuando él regresó y empezó a protestar, ella lo silenció fulminándolo con la mirada.

Él la recompensó pagando el doble de alquiler, pero para que ella no pudiese impedirlo, a través de Emily envió un cheque por correo directamente a su banco.

Segundo asalto a favor de Jake.

Durante todo ese tiempo tuvieron sus discusiones. Superficialmente se llevaban muy bien. Su conversación era amistosa, gracias al esfuerzo de ambos, pero había que renegociar las reglas de convivencia a menudo. La pelea del primer día los ayudó a romper el hielo. Después, Kelly no quería discutir con él al menos que dijese algo imperdonable. Parecía que Jake había olvidado y perdonado, pero ella seguía culpándose por lo que le había dicho, y desde entonces se comportaba con mucho cuidado y educación, lo que resultaba un poco artificial.

Lo que ella no imaginaba era que aquella situación, un tanto embarazosa, se solucionaría con fantasías sexuales, con exóticos y salvajes pensamientos. Aunque, en aquel momento, la máxima preocupación de Kelly era intentar mantener su estómago asentado. Sus fantasías consistían en té caliente y galletas. En lo último en que pensaba era en el sexo. Pero para las admiradoras de Jake era diferente. Desde que su atractiva cara y su atlético cuerpo habían aparecido por primera vez en la pantalla televisiva, no había parado de recibir cartas de mujeres imponentes con invitaciones muy explícitas. A la joven e insegura Kelly todo aquello no le gustaba nada. Jake había tratado de compartir la broma con ella, pero no lo había logrado.

–No es mi verdadero yo –había intentado explicarle–. Para ellas soy una cara incorpórea y proyectan su imaginación en mí. No las conozco ni quiero hacerlo. Cariño, estás haciendo una tormenta en un vaso de agua.

–Supongo que sí –había dicho ella, ansiosa por no aburrirlo con una escenita.

Él había sonreído y le había dado unas palmaditas en el hombro, aliviado al ver que ella entraba en razones.

–De todas maneras, las mías son bastante cohibidas; si ves las de.... –no había sido muy inteligente por su parte decir aquello. Lo había estropeado todo.

–Entonces, ¿os intercambiáis las cartas? –lo había acusado ella.

–No hagas un mundo de algo que no tiene la más mínima importancia –había dicho intentado quitarle hierro al asunto–. ¿Por qué no contestas por mí? Diles que no estoy disponible porque me tienes sujeto con una cadena.

Habían seguido discutiendo hasta bien entrada la noche. Él se exasperaba cada vez más y ella cada vez estaba más asustada.

–Es mejor que me vaya, porque parece que todo lo que digo empeora todavía más las cosas –había dicho Jake finalmente.

Nunca más discutieron sobre aquel tema. Ella había reprimido sus sentimientos por miedo a irritarlo y lo había seguido haciendo durante años.

Ahora él se pasaba las horas intentando contestar la correspondencia, que lo inundaba desde que sufrió el disparo. A Kelly le dio la impresión de que le estaba dando problemas, pero no

pensó mucho en ello hasta que una noche que Jake estaba en la cocina, se encontró encima de una mesa un sujetador negro de encaje sobresaliendo de un sobre. Sintió curiosidad según lo sujetaba en alto. Entonces Jake apareció en el marco de la puerta.

–A juzgar por el tamaño, se trata de una chica grande –dijo ella.

–Supongo que sí –contestó él mientras la observaba cautelosamente.

Kelly echó un vistazo por encima a la carta.

–Ella quiere que le hagas... ¿qué? –preguntó con los ojos como platos–. ¡Madre mía! Vas a estar muy ocupado.

–Ya está bien. ¿Quién te ha dado permiso para leer eso?

–Simplemente me preguntaba por qué ahora te molesta tanto que te manden cartas. Siempre te has tomado con calma lo de tener admiradoras. Les sonreías, les gastabas bromas y ellas se iban encantadas pensando que eras agradable y natural.

–Te agradecería que te ahorrases tu sarcasmo. Ya no soporto este tipo de diversiones.

–¿Por qué no me pones una taza de té mientras yo me leo esto? –sugirió ella.

–¡Ni hablar! Todavía me acuerdo lo pesada que te solías poner con este tema.

–Solía montarte un numerito por muchas tonterías.

Él preparó dos tazas de té mientras ella se sentaba y leía con atención aquellas hojas rosas perfumadas. Jake fue recuperando su sentido del humor al ver que ella no se enfadaba.

–No te puedes ni imaginar las cosas que excitan a esa señorita –dijo él, señalando las hojas rosas.

–Es evidente que tú eres lo que la excita –reflexionó Kelly.

–Pero solo en ciertas circunstancias –dijo él señalando unas líneas de la carta–. No tenemos manteca de cacahuete, ¿verdad?

–No, pero seguro que ella sí –dijo Kelly divertida–. De hecho, si ayuda a que te recuperes, iré ahora mismo a comprar un bote.

–Nada de lo que quieran esas mujeres de mí me ayudaría a mejorar –dijo un poco agobiado–. Más bien todo lo contrario, no me levantarían ni de la cama.

–Pues parece ser que tumbado es precisamente como no te quieren –afirmó ella mientras se fijaba en otra carta–. De hecho...

–Sí, yo también la he leído, gracias –dijo él quitándosela de las

manos apresuradamente–. Tiene mucha imaginación y, además, lo que sugiere no creo que físicamente sea posible.

–No en tu condición actual, pero después de unos meses de entrenamiento, creo que podrías satisfacerla –dijo Kelly socarronamente.

–¡Piérdete!, esto es peor que la última vez.

–Supongo que con un héroe es más excitante fantasear –recapacitó Kelly–. ¿Cómo vas a contestarles?

–Con mucha dificultad –gruñó él.

–Me lo imagino «Querida señorita, como respuesta a su carta, debo decirle que lo que sugiere no es nada práctico teniendo en cuenta lo cara que está la manteca de cacahuete».

–Te resulta muy divertido, ¿vedad? –dijo poniéndose tenso.

–Creo que es muy gracioso, ¡eres un dios del sexo!

–No creo que lo encuentres tan gracioso cuando cientos de mujeres desenfrenadas vengan aquí reclamando mi cuerpo.

–Muy bien, simplemente les contaré que tienes las rodillas rechonchas.

–Yo no tengo así las rodillas.

–¡No, qué va!

–¿Qué insinúas? Yo no tengo las rodillas rechonchas.

–Tus rodillas son como un par de castañuelas.

–Me las vas a pagar.

Ella pensó que aquello estaba mejor si se comparaba con los primeros días en el hospital. Ahora él estaba alegre y animado; otra vuelta de tuerca no le haría ningún daño.

–Está bien –dijo ella–. Lo retiro, tus rodillas no son gordas.

–¡Gracias!

–Son tus piernas, que son delgaduchas.

–A mis piernas no les pasa nada.

–¿Ah, no?, ¿por qué nunca sales por la televisión en bermudas cuando hace calor? Porque sabes que si así lo haces, tu club de fans se verá reducido a una vieja miope. Y Olimpia, ¿qué opina?

–No discuto sobre mis rodillas con Olimpia –dijo él apretando los dientes.

–¿Por qué? Tampoco le gustan.

–Por supuesto que sí le gustan.

–Pero ¿las ha llegado a ver?

–Sí.

–Y, ¿no ha dicho nada?

–No.

–Posiblemente, la primera cosa amable que ha hecho en su vida.

A él le empezó a agradar el ingenio que ella mostraba.

–¡Vete al infierno! –dijo él sonriendo.

–Conque sí, ¿eh?

–¿No crees que sé lo que se te pasa por la cabeza?

–Desde luego, has tardado mucho –replicó ella en tono burlón.

Estuvo a punto de decirle que nunca la había visto de aquel humor, pero cambió de idea y en su lugar dijo que se iba a la cama. Al cabo de unos minutos volvió al salón. Con la cabeza muy alta se llevó todas sus cartas, y después de un breve forcejeo, logró arrebatarle de las manos la carta perfumada.

–Me ha parecido fascinante –dijo ella siguiéndolo hasta la puerta de la habitación, pero él la cerró en sus narices.

–Me alegro que te ayude a pasártelo tan bien –contestó él, a través de la puerta.

–Lo que quiero decir es que esto es un fenómeno sociológico. Carl entiende mucho de estas cosas, le encantaría estudiarlo.

La puerta se abrió.

–Si repites una palabra de esto a Carl o a otra persona –dijo Jake con énfasis–, ese día será tu último día en la Tierra.

–Pero si su interés sería puramente científico –contestó Kelly inocentemente.

–Tonterías. Su interés consistiría en convertirme en un hazmerreír. Me lo has prometido.

–Está bien –suspiró–. ¡Aguafiestas!

–¿Te importaría dejarme en paz?

Pero ella tenía ganas de diversión.

–Es una pena, haría una tesis estupenda.

–Kelly, te lo advierto.

–¡Oh! De acuerdo, vete a la cama.

Por el momento eso fue todo al respecto, pero la mañana siguiente ella tuvo la satisfacción de sorprenderlo mirándose las piernas en un espejo mientras fruncía el ceño.

–¿Comprobando tus atributos? –dijo ella tomándole el pelo.

–Comprobando los hechos. No sé qué tienen mis rodillas de

malo.

–Absolutamente nada. Tienes unas rodillas perfectas. Además, siempre me han gustado.

–Pero si tú dijiste…

Ella le sonrió con dulzura.

–Te mentí.

Capítulo 7

CARL había dicho la verdad al afirmar que era un experto en embarazos y en niños. Con frecuencia comía con Kelly en la universidad. Vigilaba su dieta y de vez en cuando le daba consejos. Mantenían largas charlas sobre su estado compartiendo un entusiasmo común. Kelly pronto descubrió que en la universidad se especulaba sobre ellos. Él se comportó de una manera muy amable, demostrándole en todo momento su apoyo, como si de un hermano se tratase, lo que ella valoró mucho.

Algunas veces la llevaba a casa en su coche, la ayudaba a subir los libros y se quedaba a tomar una taza de té. De vez en cuando Jake se unía a ellos, pero normalmente se quedaba en su habitación. Nunca mencionaba a Carl cuando se quedaba a solas con Kelly. Otra cosa que tampoco comentaban era que el embarazo de Kelly ya estaba en su cuarto mes, momento en el que perdió al bebé anterior. Según pasaba el tiempo ese silencio crecía.

Lo primero que hacía Kelly nada más despertarse era escuchar su propio cuerpo, atenta a cualquier pinchazo inusual. Solo cuando no notaba nada extraño, era cuando se relajaba y podía empezar el día.

La salud de Jake también era un motivo de alegría. Poco a poco iba recuperando las fuerzas, se atrevía a salir a la calle, iba a las tiendas de la esquina o al parque, pero siempre acompañado de Kelly. Paseaban juntos, agarrados del brazo pero sin hablar.

–Aún me encuentro bastante ágil –dijo ella sentándose en un banco del parque.

–Sencillamente, ten cuidado.

–Me encuentro muy bien, de verdad que no estoy preocupada.

–Eres una mentirosa, estás muerta de miedo –dijo él después de un rato.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque no estás haciendo nada para el bebé. La última vez te pasabas el día tejiendo ropita. La casa estaba llena de agujas y de

ovillos de lana.
Ella sonrió.
–Solías decir que no te podías mover sin tropezarte con una madeja de lana blanca.
–Es cierto, me encantaban todos aquellos juguetitos que compraste. Aún me acuerdo de lo orgullosa que estabas el día que terminaste tus primeros patucos.
–Hasta que me di cuenta de que me había confundido, hice el segundo mucho más grande que el primero.
–Entonces rompiste a llorar durante horas, no sabía qué hacer para calmarte.
–Me dijiste que hiciese otro par igual, y que utilizase los dos pequeños primero y que guardase los otros dos para más adelante. Era muy buena idea, no sé por qué te tiré aquella jirafita a la cabeza.
–No lo hiciste.
–Sí, sí lo hice.
–No, no me tiraste ninguna jirafita –dijo Jake firmemente.
–Jake, me acuerdo perfectamente...
–Me tiraste un elefantito. Se llamaba Dolph.
–Bueno, si tú lo dices, pero estoy segura de que era una jirafa.
–Te estás confundiendo –dijo él seriamente–. Era definitivamente Dolph el elefante; lo sé porque... porque se le estropeó la trompa.
Antes de terminar la frase los dos rompieron a reír.
–Carl me ha dicho que una de sus hermanas, que en su primer embarazo había tenido un aborto, después tuvo tres hijos perfectamente sanos –dijo Kelly con firmeza.
A Jake se le borró la sonrisa de la cara.
–¿Has hablado de esto con Carl?
La tensión de su voz hizo que Kelly se molestase.
–¿Alguna razón que me lo impida?
–No, no –contestó él enseguida–. Simplemente me ha parecido raro que hablases sobre bebés con tu profesor.
Ella le iba a contar la experiencia de Carl cuidando niños, pero Jake se le adelantó.
–Creo que ya es hora de volver a casa.
Pero ya era demasiado tarde.

Un día, Kelly regresó pronto de la universidad. Jake estaba en su cuarto, pero salió en cuanto lo oyó llegar.

–¿Estás bien? –preguntó él.

–Perfectamente.

–¿Estás completamente segura?

–¿Por qué no iba a estarlo?

–Porque nunca estás en casa a estas horas.

–No tenía clase por la tarde.

–¿Eso es todo?

La preocupación de su cara la conmovió.

–Jake, todo está en orden, no hay síntomas de aborto.

–Pero si los hubiese, ocurrirían en estos días ¿no? –no sabía cómo preguntar de cuántos meses estaba. Si el bebé había sido concebido la noche de la fiesta, la fecha crucial estaba cerca. Había hecho sus cálculos y estaba prácticamente convencido de que el bebé era suyo, pero ella nunca se lo había confirmado y era lo suficientemente orgulloso como para no preguntárselo directamente. Quizá se hubiese quedado embarazada antes de aquella noche, y estar ahora fuera de peligro. Pero ¿se hubiese acostado con él, habiendo otro hombre? Sabía que ella había cambiado, pero ¿tanto? La duda le provocaba un extraño dolor en el pecho–. No me gustaría verte sufrir de nuevo –dijo secamente–. Eso es todo, no hace falta que te enfades.

–Estoy bien, ¿quieres que te prepare algo de comer?

–Yo lo haré, y mientras… ¿por qué no te tumbas un rato?

–Me parece bien, me tumbaré en el sofá. Gracias.

Aunque se encontraba con fuerza, era agradable estar atendida y poder descansar. Cerró los ojos mientras escuchaba los ruiditos que Jake hacía en la cocina. Estaba soñolienta y casi no se dio cuenta de los gruñidos de Jake.

–¡Maldita sea!, no tenemos leche –dijo saliendo del apartamento.

No se quedó profundamente dormida porque el teléfono móvil de Jake empezó a sonar. Contestó bostezando y se encontró hablando con Olimpia.

–Me temo que Jake no está aquí, ahora –dijo Kelly amablemente–. ¿Le digo que te llame?

–No hace falta. Simplemente quería confirmar lo de esta noche, a las ocho y media en mi apartamento. ¿Te acordarás de decírselo?

–Lo intentaré –dijo Kelly humildemente–. De todas maneras, si tengo dificultad en hacerlo, me imagino que podré anotarlo, ¿no?

Olimpia resopló y acto seguido colgó el teléfono.

Cuando Jake regresó con la leche, Kelly estaba sentada en la mesa abriendo sus libros.

–No olvides que tienes una cita con Olimpia esta noche –dijo ella.

–¿Sí?

–Te ha llamado para recordártelo, a las ocho y media en su apartamento.

Jake se quedó boquiabierto.

–No he hecho ningún plan con ella para esta noche.

–Bueno, parece que ahora que ya tienes uno.

–No tienes ningún derecho de concertarme una cita –dijo escandalizado.

–Por la manera en que habló, parecía que todo estaba organizado –algo diabólico se apoderó de Kelly–. Estaba muy preocupada por tu bienestar. No ha parado de preguntarme si ya habías recuperado todas tus energías. Yo le he dicho que pensaba que sí, pero que no podía asegurárselo –añadió con desenfado.

–Te lo estás inventando.

–¿Estás seguro? –dijo mirándolo.

–Kelly, créeme, un día de estos te voy a retorcer el pescuezo.

–¿Por qué te estás enfadando? A mí me da igual, los dos somos libres.

Él contuvo la tentación de gritarle.

«Vas a tener a mi hijo, no deberías quedarte ahí como si nada, organizándome planes. Debería importarte», pensó para sus adentros, pero no dijo nada.

–No voy a salir. Podría pasar algo –dijo él finalmente, después de un rato.

–¿Por qué? Me he encontrado muy bien todo el día.

–Claro, en la universidad, rodeada de gente atendiéndote. No te voy a dejar sola.

–Pero si lo acabas de hacer.

–Han sido diez minutos; me refiero a que te quedes sola durante

horas.

–Te comportas de una forma absurda.

–¡No voy a salir!

–Bueno, bueno. No hace falta que grites.

–Necesito gritar, Kelly, porque si no grito, no me escuchas.

Ella perdió los nervios.

–Tiene gracia viniendo del hombre que hizo un arte en hacerse el sordo.

–No voy a discutir. Voy a llamar a Olimpia, cancelaré la cita y asunto terminado.

–¿Quién ha dicho que se ha terminado?

Él no respondió.

–¡Jake! –gritó ella.

–No te oigo, estoy en una fase creativa, me estoy haciendo el sordo; recuerda que estás hablando con el autor de una nueva forma de hacer arte.

Mientras él hablaba por teléfono, ella estaba hecha una furia, pero no sabía muy bien por qué. Quizá estaba tratando de negar el placer que sentía al ver a Jake tan protector. ¡Ya era suficiente! Era demasiado tarde para eso. Estar enfadada era más seguro.

Jake hizo un sonido de desagrado.

–Ha apagado su móvil –dijo gruñendo–. No importa, estará en el estudio.

Llamó al estudio y preguntó por Olimpia.

–¿Sabes dónde ha ido? –dijo después de una pausa–. Está bien, si llama, dile que me llame urgentemente y que ha surgido un problema sobre lo de esta noche.

–Me gustaría que salieses –dijo Kelly siguiéndolo a la cocina–. Tengo que hacer un trabajo sobre el Antiguo Egipto y me vas a molestar.

–Estaré más callado que un ratón. De todas maneras ya no puedo salir, lo he cancelado.

–No lo has cancelado. No has localizado a Olimpia.

–Lo entenderá tan pronto reciba el mensaje.

–No creo que lo reciba.

–Tonterías, ¿Por qué no iba a recibirlo?

«Porque ella no quiere hacerlo», pensó Kelly, irritada, para sus adentros. «¿Son todos los hombre así de burros? ¿Por qué te crees

que ha apagado su móvil?», pero no dijo nada. Se podía equivocar, a lo mejor Olimpia era una mujer honesta, realmente enamorada de Jake, deseando solamente lo mejor para él. ¡Y a lo mejor los cerdos volaban!

Según pasaban los minutos, él no paraba de mirar el reloj; cada vez estaba más impaciente. El teléfono no sonaba.

–¡Vete! –dijo por fin Kelly–. Tengo que estudiar y me estás volviendo loca.

–No estoy haciendo nada.

–Estás resoplando.

–Perdón por respirar.

–No me importa que respires, son tus resoplos los que no soporto. Por el amor de Dios, vístete, sal y haz lo que debas para que Olimpia sea feliz.

–¡Eso es una inmoralidad!

–Me refería a sacarla a cenar –dijo Kelly, inocente.

–No te voy a dejar sola.

–Si necesito compañía, siempre puedo llamar a Carl.

Los ojos de Jake se abrieron.

–¿Por qué a Carl?

–Es un buen amigo.

–¿No será por eso por lo que quieres deshacerte de mí?

–Me quiero deshacer de ti porque te estas comportando como una gallina clueca –dijo ella tirándose de los pelos–. ¿Te importaría, por favor, estarte quieto y dejarme a solas con Tutankamon?

–Está bien, no te alteres, no es bueno para el bebé.

Durante una hora tuvieron una paz relativa. Aunque Jake estuvo callado, ella lo notaba merodeando por la casa. Fue un alivio cuando el teléfono sonó. Algo en la voz de él le dijo a Kelly que era Olimpia y que estaba enfadada.

–He intentado localizarte –explicó Jake–. Espero que te hayan dado mi mensaje; tengo un problema sobre esta noche... No, no estoy enfermo, es Kelly...

Con un rápido movimiento, Kelly le quitó el teléfono de la mano.

–Olimpia –dijo ella con simpatía–, siento haberte arruinado la noche. ¿Por qué no vienes aquí? Yo me iré pronto.

–Ni hablar de marcharte –gruñó Jake.

–Ni hablar de quedarme –replicó ella firmemente.

–Si Carl quiere verte, que venga aquí.

–¡Que buena idea! Jake, eres un genio.

–¿Estás ahí? –preguntó Olimpia desde el otro lado de la línea. No estaba acostumbrada a quedarse al margen.

–Sí. Le diré a Jake que vienes hacia aquí. Me apetece mucho verte –dijo Kelly. Acto seguido colgó el teléfono y empezó a marcar el número de Carl. Este le dijo que estaría allí en unos minutos. Jake se quedó fulminado.

–¿A qué juegas, Kelly?

–Pensé que te apetecería pasar una velada agradable con tu novia.

–¿Aquí?, ¿en alegre reunión contigo y con Carl?

–Nosotros saldremos y os dejaremos solos. No te preocupes, no voy a fastidiaros.

–A lo mejor no quiero que me dejes solo con Olimpia.

–¿Por qué?, ¿os habéis peleado?

–No, pero...

–Solo intento ser una buena amiga.

–Sí –protestó él–. Seguro.

Desde aquel momento, todo fue a peor. Olimpia llegó media hora tarde, cerca de las nueve. Kelly la saludó muy amablemente.

–¿No os importará que os deje? –dijo Kelly inmediatamente–. Tengo que estudiar. Sácala a cenar –le susurró a Jake.

–No –contestó Jake, también susurrando.

Kelly soltó un quejido y desapareció en su habitación.

Acto seguido, Olimpia rodeó con sus brazos a Jake.

–Eres un santo –le murmuró en la boca.

Él se quitó los brazos de encima lo más amablemente que pudo, mirando la puerta de la habitación de Kelly.

–Mi pobre amor –dijo Olimpia con un gesto–, debe de ser muy duro par ti.

–Es más duro para Kelly –dijo Jake, intransigente–. Imagínate, vuelve a estar conmigo otra vez, cuando pensaba que se había deshecho de mí para siempre.

La cara de Olimpia demostraba que ella también había pensado en aquello, pero dejó el tema pasar para empezar a hacerle preguntas sobre su salud.

–Estoy bien, muy bien –dijo él deprisa–. Lo único que no consigo es asentar mi estómago. Aún reacciona negativamente ante algunos alimentos.

Lo que no le dijo era que se levantaba por la mañana lleno de energía, dispuesto a hacer su vida normal, pero hacia el mediodía sus fuerzas empezaban a flaquear considerablemente.

–Como cuando quitas el tapón del baño –le había intentado explicar a Kelly.

Pero a Olimpia no le dijo nada. No era el tipo de mujer a la que un hombre confesara ningún tipo de debilidad.

Afortunadamente consiguió que cesara el interrogatorio, pero entonces vino lo peor. Cuando Kelly salió de su habitación, Olimpia lo reanudó con ella, preguntándole todo tipo de detalles sobre la vida y diversiones de Jake. Poco a poco la situación fue haciéndose cada vez más difícil, terminado por ser muy embarazosa. Aun así, Kelly contestó a todas sus preguntas con mucha serenidad y control.

–Por favor, Olimpia, no te preocupes. Te prometo que lo cuidaré muy bien. Cualquiera diría que eres su madre –le dijo riendo.

Olimpia era lo suficientemente lista como para no contestar, pero Jake le lanzó una mirada llena de significado.

El timbre de la puerta evitó que la situación fuese aún más tensa. Carl entró como si nada. Estaba muy guapo y sonriente. Se acercó a Kelly y la abrazó. Ella, riendo, correspondió.

–¿Quién es? –murmuró Olimpia.

–Es el profesor Carl Franton, de la universidad de Kelly –le explicó Jake en voz baja.

–¿Es el padre de...?

–Muy posiblemente.

–Entonces, ¿por qué...?

–Ahora no, Olimpia; además, no me inmiscuyo en la vida privada de Kelly.

–Pero ¿no deberían...?

–¡Te he dicho, que ahora no!

–Está bien, hablemos de nosotros y de lo que vamos a hacer juntos. Tengo pensados un montón de planes.

Jake intentó concentrarse en lo que Olimpia le estaba diciendo, pero le resultaba muy difícil porque estaba intentando escuchar la conversación de los otros dos.

Carl había traído un libro sobre bebés, y lo estaban leyendo los dos juntos. Charlaban de forma animada y se reían, pero cuando Carl hablaba de algo serio, bajaba la voz. A Jake todo aquello le parecía que formaba parte de una sucia estrategia.

–¡Jake! –Olimpia le dio un golpecito en el brazo.

–¿Perdona?

–Te estoy preguntando si ya estás pensando en nuevos proyectos.

–Estoy dándole vueltas a algunas ideas –dijo Jake sin convicción.

Con el rabillo del ojo vio cómo Kelly se iba a la cocina y puso una excusa a Olimpia para seguirla.

–¿Qué té pasa? –le preguntó Kelly cuando lo vio entrar a la cocina–. Has estado todo el rato sentado totalmente distraído, no puedes tratar así a Olimpia. Ella es muy importante para tu carrera.

–Bueno, quizá mi carrera no dependa de ella.

–Lo que quiero decir es que no te cierres puertas. ¡Espabila! No podemos estar así toda la noche.

–Te recuerdo que esta agradable reunión fue idea tuya. Y no una de las mejores.

–No te pongas nervioso, no te conviene.

–Deja de decirme lo que tengo que hacer.

–Es mi deber –Kelly no pudo resistirse–. Estoy segura de que la mujer de Enrique VIII no tuvo tantos problemas.

–Si ella hubiese sido como tú, no me hubiese extrañado que la hubiesen decapitado como hicieron con las otras –dijo él, enojado.

Kelly suspiró.

–Muy bonito, encima que te estoy ayudando.

–¡Caramba, Kelly! Solo era una broma. Está bien, de mal gusto, lo siento. No llores... Ahora estás más sensible, es parte del embarazo. Lo siento –desesperado, puso sus brazos alrededor de ella–. No llores, por favor, por favor, no llores.

–¡Márchate!, por supuesto que no estoy llorando.

–¿Qué?

Su cara estaba completamente seca y sus ojos brillaban divertidos.

–Te he engañado, ¿eh?

–Kelly, te juro que...

–¿Qué?, recuerda mi delicado estado.

–Estás completamente loca –gruñó él.

–Lo de esta noche ha sido un error –admitió ella–. ¿Por qué no sugieres que salgamos a tomar algo?

–Buena idea, déjamelo a mí.

Carl se disponía a entrar en la cocina, pero la mano de Jake se lo impidió.

–Nos vamos fuera a tomar algo –anunció Jake–. Estoy harto de estar aquí encerrado, me sentará bien dar una vuelta.

Para su alivio, Olimpia asintió, conforme. Jake la ayudo a ponerse el abrigo y cuando fue al armario para tomar el abrigo de Kelly, se dio cuenta de que ella había desaparecido. En realidad se había quedado en la cocina discutiendo con Carl.

–No, no lo entiendes –le decía Carl a Kelly–, ya lo he explicado en clase, las pirámides...

Jake tosió desde la puerta.

–Vosotros dos, ¿venís? –preguntó Jake fríamente.

–Seguro –sonrió Carl lleno de buena intenciones–. Sabes que esta mujer tuya es una cabezotas.

–No es mi mujer –declaró Jake sin inmutarse.

–Es verdad, no lo eres –dijo Carl sonriendo a Kelly.

Era tan amable que a Jake le dieron ganas de pegarle un puñetazo.

–Lo siento –dijo Kelly–. Cuando empezamos a discutir, no paramos nunca.

–¡Qué encantador! –dijo Olimpia apareciendo detrás de Jake–. Cómo debéis de disfrutar con vuestras charlas. ¿Por qué no vamos nosotros primero? Os podéis unir a nosotros cuando hayáis acabado con las pirámides.

–¡Qué buena idea! –exclamó Kelly, con más entusiasmo del que Jake pensó necesario.

–Mejor si vamos todos juntos –insistió él.

–Pero yo aún no estoy lista y Carl primero quiere una taza de té. Adelantaos, ya os alcanzaremos.

–Estaremos en el León Rojo –refunfuñó Jake.

Abrió la puerta a Olimpia con un ademán galante, y se apartó para dejarla pasar primero. Se dio la vuelta para mirar a Carl y a Kelly, que estaban sentados en el sofá hojeando un libro. Todo de lo

más inocente, pero no pudo molestarlo más.

El León Rojo era un pub ubicado dos calles más abajo. Era alegre pero un poco desvencijado, no era del estilo al que estaba acostumbrada Olimpia. Jake se las arregló para encontrar una mesa en una esquina.

–¿Te das cuenta de que es la primera vez que estamos solos fuera de ese apartamento? –preguntó ella, cariñosa.

–¿Qué? –dijo Jake, acercándose la mano a la oreja.

Olimpia repitió lo que había dicho; la música estaba muy alta.

–Qué sitio más bonito –ella lo intentó de nuevo–. Nada sofisticado pero lleno de carácter.

–Nunca he sido sofisticado –dijo Jake–. En alguno de los lugares en los que he estado esto se consideraría un sitio lujoso. A mí me va.

–¿Te acuerdas de París?, la noche que cenamos juntos en aquel restaurante de la Torre Eiffel. Fue una noche especial, ¿verdad?

Él se sintió incómodo, tan incómodo como en aquella noche.

–Después fue cuando viniste a mi habitación –recordó ella.

–Estaba tan borracho que no pude hacer nada.

–Pero yo te lo agradecí. Eras un hombre casado. Pero ahora... –ella le tocó la mano y le sonrió a los ojos–, ahora es diferente.

–Muchas cosas los son –asintió él, sombrío, mirando de reojo el reloj. ¿Dónde estaba Kelly?

La música estaba muy alta y Olimpia hizo una mueca de disgusto.

–¿Tenemos que quedarnos aquí? –preguntó ella mirando alrededor–. Estoy segura de que hay sitios mejores.

–Le he dicho a Kelly que estaríamos aquí. No quiero que venga y que nos hayamos ido.

–Cariño –dijo estrechándole la mano–. ¿No creerás que van a venir?

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, la gente puede entretenerse mucho discutiendo sobre las pirámides... y admítelo, no han podido decir mucho contigo allí.

–Pero ha sido Kelly quien... –él se detuvo.

–¿Kelly, la que ha sugerido lo de tomar algo pero se ha echado atrás cuando a ti te ha había parecido bien? –preguntó Olimpia mirándolo con burla.

–Sí, demonios –admitió con brusquedad.

–Realmente, no la puedes culpar a ella. Está en una posición confusa entre tú y Carl.

–¿A qué te refieres con «confusa»?

–¿Por qué no vive con él? Obviamente se tienen mucho afecto, y tú has dicho que es el padre.

–He dicho que posiblemente lo era.

–¿Hay otros candidatos?

El infierno se helaría antes de que él contase a Olimpia que después de haber abandonado su cama se había acostado con su ex mujer, que posiblemente era el padre de la criatura pero que no lo sabía con seguridad porque Kelly lo tenía emocionalmente atrapado.

–Ya te he dicho anteriormente que dejes ese tema –dijo él con firmeza–. Kelly y yo somos como hermanos. Hay respuestas que desconozco porque hay preguntas que no son de mi incumbencia.

«Como por ejemplo: ¿Kelly me había liado para que saliese, y así ella podía quedarse a solas con Carl? Un marido podía preguntarlo, pero ¿yo podía?».

La conversación se alargó durante media hora hasta que él se las arregló para subirla a un taxi y desearle buenas noches. Olimpia lo besó cariñosamente.

Las luces estaban encendidas cuando Jake llegó al apartamento, pero no había señales de vida. Entonces escuchó murmullos que procedían de la habitación de Kelly. Se oía a Kelly hablar en voz baja y a Carl contestarle, y seguidamente una risita femenina que hizo que a Jake se le pusiesen los pelos de punta.

–Me encanta –oyó que ella decía–, ¡Oh sí! Me gusta.

–Con tal de que te guste… –respondió Carl– eso es lo importante. Esto es una de las partes más divertidas de la paternidad.

Jake estaba de pie, muy tenso, esperando oír algo que le aclarase lo que acababa de oír, pero las voces se convirtieron de nuevo en murmullos. Esperó durante un buen rato hasta que se dio cuenta de que su comportamiento era indigno y se fue a la cama. Esperó tumbado a que Carl se fuera, pero finalmente se quedó dormido.

Capítulo 8

JAKE no supo qué lo había despertado, pero un minuto antes estaba dormido y al siguiente estaba sentado en la cama, en alerta. Abrió su puerta; todo estaba oscuro y en silencio. La puerta de la habitación de Kelly estaba entornada, así que él se aventuró y la empujó levemente para mirar dentro. El reflejo de la ventana le indicó que la habitación estaba vacía.

Encendió la luz y descubrió que la cama estaba hecha. Encima del edredón había un montón de libros esparcidos sobre decoración de cuartos de bebés y hojas llenas de garabatos, pero no había señal de Kelly. Su instinto hizo que se acercara a la ventana. Miró enfrente, al parque donde había hablado con Kelly la otra noche. Aún había algunas luces encendidas por lo que pudo distinguir la zona de juego de los niños. Había un tiovivo y un columpio de madera que se estaba moviendo.

Después de un momento, fue capaz de identificar a la persona que estaba sentada encima. Era una mujer de aspecto melancólico, cubierta por una chaqueta gruesa, con los brazos cruzados sobre su pecho.

En un minuto, Jake se puso algo de ropa y corrió escaleras abajo. Cuando se acercó al columpio se estaba moviendo muy despacio, la cara de Kelly se acercaba a la suya y luego se alejaba hacia atrás. Ella no parecía sorprendida por su aparición y Jake se preguntó si se habría dado cuenta de su presencia. Él se acercó aún más y se sentó a su lado. Kelly no habló, pero sonrió y le tomó el brazo.

–Bueno –dijo él al fin–. ¿Habéis decidido algo?

–¿Decidido?

–Sobre la decoración del cuarto del niño. Es de lo que estabais hablando, ¿no?

Ella rio brevemente.

–Sí, no podíamos decidirnos entre pingüinitos u ositos.

Él reflexionó unos instantes.

–Personalmente, yo prefiero tigrecitos.

–Carl está empeñado en los pingüinos.

Jake hizo un gesto.

–Bueno, si es lo que Carl quiere... ¿También va a hacer él la obra del cuarto?

–Sí, lo ha mencionado.

–No hace falta, estoy lo suficientemente fuerte como para pintar.

–Ni hablar –dijo ella de inmediato–. Aún te queda tiempo para salir de la lista de enfermos. Deja que lo haga Carl, de todas maneras puede esperar. Todavía hay muchas cosas por discutir, si cedo con los pingüinitos espero poder elegir los muebles.

Si hubiese sido su hermano le hubiese podido preguntar en qué habitación iba a instalar al bebé. Probablemente en la pequeña, donde ella dormía ahora. Lo que significaba que ella esperaba que él se fuera. Jake intentó preguntárselo muchas veces, pero no sabía cómo y abandonó el empeño.

Él dio una patada al suelo para dar impulso al columpio.

–Donde vivíamos antes había uno de estos columpios –dijo después de un rato–. Justo antes de casarnos.

–Sí, me acuerdo –dijo ella suavemente–. Solía pensar que llevaría allí a nuestro hijo algún día.

Él buscó su mano y la apretó. El parque daba vueltas a su alrededor.

–Siento no haber estado contigo –dijo en voz baja.

Se preguntó si debería aclarar que lo que quería decir era que sentía no haber estado con ella cuando había perdido al bebé, pero ella lo entendió enseguida.

–No fue culpa tuya. Tenías la oportunidad de aquel trabajo. Trabajaste muy duro para que te lo diesen a ti y a nadie más.

–No había muchos trabajos por aquel entones –aclaró él–. Nos gastamos todo el dinero que tu madre nos había dado. Estaba tan avergonzado que hubiese hecho cualquier cosa para ganar algún dinero. No me gustó irme al extranjero, pero en aquel momento no me pareció tan mal.

–Nadie hubiese imaginado lo que iba a pasar –dijo ella rápidamente–. Me encontraba tan bien aquel día, y de repente...

–Sigue –le dijo después de un rato.

–No, no importa.

Su negativa le sentó como si se cerrase una puerta en sus narices, hiriéndolo con una fuerza imprevista.

–¿Por qué no me lo cuentas?

–Siempre has dicho que no tiene sentido ponerse melancólico –explicó ella sin rencor–. Tú dijiste que lo hablaríamos más adelante, cuando estuviese embarazada de nuevo, para que no fuese tan duro.

Él hizo una mueca de disgusto

–Dije eso solamente porque era lo que me convenía –dijo muy serio–. Como no podía soportar hablar del tema, lo hice imposible para ti. Fue un acto de puro egoísmo, ¿no te diste cuenta?

Ella recostó la cabeza en su hombro.

–Realmente, ahora no me acuerdo.

Él movió la mano que tenía libre hasta tocar su cara, entonces apoyó la cabeza contra pelo de ella.

–Kelly, siento todo lo que pasó –dijo él en voz baja.

–No lo sientas, tenías razón, apenarse no conduce a nada, es perder el tiempo. Tenemos que pensar en todo lo que tenemos por delante.

–Y, ¿ya sabes qué va a ser?

–No, todavía no, quizá la semana que viene, el próximo martes, si aún estoy embarazada...

–Chist –la detuvo rápidamente–. Lo estarás, lo sé. Lo sé con toda certeza. Te prometo que no tienes nada de qué preocuparte.

Ella lo golpeó débilmente en el hombro.

–Bla, bla, bla. No sabes lo que estás diciendo. No tienes ni idea sobre bebés o embarazos y hablas como si fueses un experto. ¿Por qué tendría que creerte? ¿Por qué quieres hacerme creer algo cuando no sabes de lo que hablas?

–Hablar de lo que no sé es mi especialidad –contestó él irónicamente–. Mi única habilidad. Gracias a ella he hecho toda una carrera. Pero aun así, puede ser verdad. Vas a tener este niño –él lo repitió insistentemente, tratando de convencerla, no solo con sus palabras, sino confortándola con el calor de sus brazos–. Y podrás hacer las cosas que quisiste hacer la primera vez. Volverás a tenerlo todo, todo lo que entonces perdiste.

Inmediatamente se dio cuenta de que había dado un paso en falso. Kelly se puso tensa y se separó de él.

–¿Qué pasa? –preguntó él con ansiedad.

–No lo entiendes. No puedo recuperar lo que perdí. Ese niño se fue para siempre.

–Pero ahora tienes este niño…

–Otro diferente. No es un sustituto del otro. Fue mi primer bebé, mi hija, y lo será mientras viva.

–Ah sí, ya me acuerdo. Dijiste que iba a ser una niña.

–Era una niña –insistió Kelly–. No iba a ser, era. Para mí era una persona real, aunque no llegase a los cuatro meses. Era real, y murió antes de poder conocerla. Durante el aborto intenté hablar con ella, intenté decirle que aguantase, que su madre la quería. Pero fue demasiado tarde, entonces dije adiós, que la quería y que siempre lo haría, pero no sé si me oyó –la voz de Kelly se hizo dura y rompió a llorar.

–Por supuesto que lo hizo –dijo Jake con energía–. No lo oyó, pero sintió lo que le dijiste, lo sintió, tienes que creerlo.

–Lo intento, gracias por decírmelo.

«Debía habértelo dicho entonces», pensó él «pero no sabía nada de esto».

Deseó preguntarle si ella había dicho al bebé que él también lo quería, pero ya no tenía ningún derecho. Le daba miedo que Kelly, en un arrebato de honestidad, dijese algo que no le gustase oír.

–Y si lo peor ocurre –dijo él con indecisión–, no estás sola. Aún tienes a tu hermano –sus brazos la apretaron.

–Sí –dijo confortablemente–. Siempre he querido un hermano, a lo mejor porque nunca he tenido un padre, pero siempre he soñado con tener alguien con quien hablar, alguien que fuese fuerte por mí, alguien que quizá también me necesitase. Siempre he sido una carga para mi madre, y siempre pensé que sería maravilloso tener un hermano en quien confiar y que confiase en mí –sus brazos también lo apretaron–. ¿Quién iba a pensar que ibas a ser tú?

–No sé si seré mejor hermano de lo que sido como marido –dijo él, sombrío.

–Esta noche, has venido aquí buscándome. Eres de carne y hueso y estás aquí.

–Que es más de lo que en el pasado…

–Calla –lo paró ella–. Ya hemos hablado de eso, y ya no importa.

–No –dijo él tranquilo–. Supongo que sí importa –se arqueó para besarla en el pelo–. Kelly, Kelly, lo siento mucho –murmuró.

Ella levantó la cabeza para mirarlo.

–No lo sientas, Jake. Me hiciste muy feliz en muchas ocasiones.

–Pero no siempre.

–Pero eso es imposible –dijo ella, juiciosa–. No podíamos pretenderlo.

–Supongo que no –asintió él–. Pero lo buenos momentos estuvieron muy bien.

–Sí, sí, los mejores del mundo –una enorme sonrisa se dibujó en la cara de Kelly, lo que hizo que Jake respirase.

Con mucho cuidado, él la volvió a besar en la cabeza, como si de su hermano se tratase, aferrándose el uno al otro hasta que una voz los sobresaltó.

–¡Eh!

Miraron hacia arriba para ver a un hombre de uniforme, de pie, a unos metros de distancia.

–Voy a cerrar –dijo–. Vosotros dos, id a otra parte a hacer manitas.

Jake hubiese estrangulado gustoso a aquel hombre por haber arruinado aquel precioso momento, pero a Kelly le dio un ataque de risa.

–Ya nos vamos –dijo Jake arisco, ayudando a Kelly a bajarse. Pero recuperó su sentido del humor–. Haciendo manitas... si supiese la verdad, no se la iba a creer.

–Nadie se lo creería –corroboró ella–. Hay que estar loco para poder entenderlo.

–Y nosotros siempre lo hemos estado.

Según se marchaban, las luces se iban apagando.

–Me ha encantado que enloqueciéramos juntos –murmuró él.

–Mmm. A mí también.

–Venga, vamos –dijo él con prisa–. Hace mucho frío para ti.

–Y para ti también, se supone que tengo que cuidar de ti, ¿recuerdas?

–Tenemos que cuidarnos mutuamente.

–De momento.

–Sí, de momento.

Kelly había dicho el próximo martes, y para ella era una fecha

decisiva. La noche del lunes, se quedó trabajando hasta tarde, leyendo primero un libro y después otro. Pasaba las hojas, pero en realidad no se estaba enterando de nada. Sabía lo que estaba haciendo, estaba poniendo una excusa para no irse a la cama, porque si se tumbaba en la oscuridad sus miedos volverían.

Se veía luz por debajo de la puerta del cuarto de Jake, y se dio cuenta de que estaba mirándola con resentimiento. Si estaba aún levantado, ¿por qué no salía a hablar con ella? Para eso estaban los hermanos. Entonces su resentimiento desapareció. Ella lo había elegido así, manteniéndose cerca de Jake. Ni siquiera le había dicho que se tenía que hacer una ecografía al día siguiente. Quiso hacerlo, pero siempre tenía una buena razón para no molestarlo.

Suspiró, diciéndose a sí misma que se dejase de juegos y que afrontase la verdad. Era su orgullo lo que la mantenía en silencio. Él quizá pensase que ella le iba a pedir que se involucrara más profundamente en el embarazo y lo que a ella le dolía más era ver cómo él se escabullía educadamente. Respiró hondo y se dijo que no podía ser débil. Ordenó sus libros y se fue a su cuarto, mirando esperanzada la puerta de la habitación de Jake. Aún podía ver la luz por debajo de la puerta, pero nada se movía. Cerró la puerta de su cuarto muy despacito.

Aun así, Jake oyó cómo la cerraba. Detectaba todos los movimientos que ella hacía. Dejó la luz encendida a propósito, así ella sabría que él estaba levantado. Estaba seguro de que ella llamaría a su puerta para decirle que lo necesitaba. Incluso para decirle lo de la ecografía del día siguiente, que nunca hubiese sabido si no se hubiese encontrado la carta del médico por casualidad. Ella lo llamaría, lo único que tenía que hacer era esperar.

Pero esperó y esperó, hasta que supo que su espera era una perdida de tiempo. Escuchó cómo Kelly cerraba su puerta y entonces, lo único que podía hacer era apagar la luz.

Al día siguiente en el hospital, Kelly fue a la maternidad y presentó su tarjeta. Mientras la recepcionista usaba el ordenador, ella echó un vistazo a la sala de espera. Se quedó boquiabierta, soltó un quejido de alegría al ver lo que vio.

–¡Jake! ¿Qué estás haciendo aquí?

Caminó con firmeza desde donde estaba esperando, al fondo.

–Pensé que debía venir a sostenerte la mano –dijo él, ronco–. Pero si no quieres, me iré.

En aquel momento, ella se dio cuenta de cuánto lo necesitaba; él lo había notado y por eso había ido junto a ella. Una ola de emoción la embargó sin previo aviso llenándole los ojos de lagrimas.

–Kelly, ¿estás bien? –dijo él poniendo las manos sobre sus hombros, mirándola alarmado.

–Estoy bien –dijo bruscamente, enfadada por haber perdido casi el control–. Estoy embarazada, me puedo comportar como una idiota.

–No creo que seas idiota, ¿qué quieres que haga?

–Quédate por favor, quédate –deslizó su mano dentro de las suyas, como reteniéndolo–. Pero ¿cómo lo sabías? –le preguntó mientras él la acompañaba a sentarse.

–Encontré la carta por ahí encima, no era mi intención leerla, pero... bueno, supongo que lo hice. Lo siento, pero deberías habérmelo dicho.

–Sí, debería haberlo hecho, ¿por qué te estabas escondiendo al fondo?

–Pensé que a lo mejor Carl te acompañaría.

–No, solamente me ha dejado al final de la calle. Tenía que irse a una reunión, algo que ver con su excavación de Semana Santa.

–¿Qué es eso?

–Se va a ir a Italia en Semana Santa para estudiar unas ruinas.

–Creo que alguien está intentando captar tu atención –dijo Jake viendo cómo una enfermera movía su brazo.

Los condujo a una pequeña habitación con una camilla y un ecógrafo.

–¿Señorita Harmon? –dijo la enfermera–. Y usted es...

–Mi hermano –dijo Kelly con rapidez.

–Muy bien, señor Harmon, si es tan amable, siéntese aquí.

–Yo no soy... –empezó Jake a decir, pero luego se mordió la lengua y se calló.

–Si se tumba aquí... –la enfermera señaló la camilla.

Kelly dudó por unos instantes, sus ojos estaban fijos en la

camilla. De pronto Jake experimentó una extraña sensación. Había amado a Kelly y había sido bueno con ella, pero su corazón y su cabeza habían sido silenciados por una cortina de mezquindad. Cuando ella había tratado de hablarle, él se había puesto muy tenso porque normalmente no podía seguir lo que ella decía; por eso ella ya no lo había vuelto a intentar. Ahora todo había cambiado. Después de su accidente, su cuerpo y sus nervios parecían que habían resucitado al mundo, pero sobre todo a ella. La cortina se había disuelto, dejando al descubierto su interior. La ecografía por fin iba a contestar todas las preguntas. Aunque ella se había intentado autoconvencer de que las noticias iban a ser buenas, en el fondo estaba aterrada. También él lo estaba. Si de nuevo las cosas se estropeaban, se le rompería el corazón y no podría ayudarla a superarlo, y le fallaría, porque… ¿no le había fallado siempre?

–Ánimo –dijo él, pasando con cariño un brazo a su alrededor.

Ella le sonrió y se dispuso a tumbarse en la camilla. Se bajó los vaqueros hasta la cadera. La enfermera extendió un gel que estaba muy frío por su vientre, y tomó un aparatito, como una caja blanca unida por un cable a la máquina. Según lo movía de adelante hacia atrás por el estómago de Kelly, una imagen empezó a formarse en la pantalla. En un principio no era más que una colección de sombras en distintos tonos de gris, algunos más luminosos que otros. Cuando la enfermera dijo: «Esta es la cabeza», Jake se fijó mucho, incapaz de distinguir nada. Miró a Kelly, pero ella tenía la mirada fija en la pantalla, estaba paralizada, pero radiante. Era como si se hubiese olvidado de que él estaba allí; entonces sintió un ligero roce en sus manos y poco a poco los dedos de Kelly se fueron entrelazando entre los suyos. Aún sin mirarlo, ella le apretó la mano, cada vez con mayor intensidad hasta que él sintió dolor, pero nada en el mundo le hubiese hecho soltarla.

–¿Puedes ver la cabeza? –murmuró él.

–Claro que sí, ahí.

Y de pronto la pudo ver. Lo que había sido confuso empezó a tomar forma.

–Puedo ver las manos y los pies –dijo él.

–Hay un latido fuerte –confirmó la enfermera–. Tengo entendido que su último embarazo terminó en un aborto. ¿Señorita Harmon?

–Cierto, pero estoy segura de que este ya está fuera de peligro.

–Bueno, lo único que le puedo decir es que usted tiene un bebé fuerte y sano. Fíjese, esos movimientos son los latidos del corazón.

Los dos lo miraron en silencio mientras la pequeña mancha seguía moviéndose, mandándoles un mensaje de vida y esperanza. La enfermera dijo algo, pero no escucharon nada, volvió a hablar un poco más alto.

–Perdone, ¿qué decía? –dijo Kelly.

–Estoy preguntando que si quieren saber el sexo del bebé.

–No, gracias –dijo ella, pero exactamente al mismo tiempo Jake dijo que sí.

–Está bien –dijo Kelly–. ¿Es un niño o una niña?

–No, hazlo a tu manera –se dio prisa en decir Jake–. Después de todo no es mi decisión, realmente no me incumbe.

En su prisa por agradarle, se dio cuenta de que podía haberlo dicho de otra manera, pero ya era tarde.

–Muy bien –dijo Kelly despacio–. ¿Qué es?

–Un niño.

Ella intentó ver la cara de Jake. Creyó ver una breve expresión de tristeza, pero como él estaba mirando fijamente a la pantalla, le resultó muy difícil asegurarse.

–Se está moviendo constantemente –dijo él con curiosidad–. Está dando patadas y puñetazos, ¿no te duele? –preguntó, ansioso.

–No siento nada –dijo ella mirando hacia su estómago como esperando a que se moviera, pero no pasó nada, aunque la criaturita de la pantalla no dejó de agitarse. Tenía su propio mundo, su propia vida, separado del tumulto exterior.

La enfermera les dio una fotografía de la pantalla. Jake se la guardó mientras Kelly se vestía. Cuando ella levantó la vista, esperó verlo mirando la pequeña foto, pero en cambio la guardó sin verla en el bolsillo de su chaqueta y lo cerró después con firmeza.

Él le tomó el brazo para bajar las escaleras. Ninguno de los dos dijo nada mientras abandonaban el hospital. Estaban como en un sueño. Llegaron hasta la entrada de unos almacenes.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella.

–A celebrarlo.

–Pero si esto es una mercería –él la condujo hasta la puerta.

–No hay mejor sitio para celebrar la llegada de un bebé. Buenos días –dijo a la dependienta–, quiero una madeja de lana blanca, y

también una azul, y todos los patrones para bebé que tenga.

Así era Jake cuando estaba de buen humor. Era imposible pararlo. Revisó todos los patrones dejando a un lado los que no le gustaban.

–Me gustan estos patucos –objetó Kelly.

–No, estos son mejores.

–Está bien, nos llevaremos esos, y ese arrullo y la gorrita.

–¿Y que me dices de...?

–Pero ¿cuánto tiempo te crees que me voy a pasar tejiendo?

–Supongo que yo también lo puedo hacer –dijo pensativo–; después de todo, si tú puedes hacerlo no creo que sea muy difícil –añadió, provocativo.

Riendo, ella lo golpeó suavemente en el brazo, quedándose horrorizada al oír el ruidoso quejido que él soltó.

–¿Qué he hecho? –dijo ella pasmada.

–Nada, simplemente que estoy un poco endeble –él se echó a reír, un poco pálido, aunque últimamente siempre estaba pálido.

Hicieron sus compras y salieron de la tienda. Él insistió en llevar las bolsas. Empezaron a andar con paso alegre, estaban de muy buen humor. Ella dio un saltito y tropezó, pero Jake la sujetó.

–Cuidado –dijo él–, vas a tener un niño.

–¿Te das cuenta?

–Ahora es realmente verdad.

–Sí, por supuesto que es verdad. Voy a tener un niño, ¡voy a tener un niño!

Ella le echó los brazos al cuello y él soltó la bolsa para abrazarla, con cuidado de no apretarle la tripa, que ya empezaba a aparecer.

–Bueno –dijo él rápidamente–, la última vez lo perdiste, pero ahora vas a tener un niño fuerte y sano. ¡Vas a tener un niño!

–Voy a tener uno, ¿verdad?, realmente voy a tener un niño.

–Sí, realmente –él sonreía de buen humor.

Les entró una risa nerviosa, casi histérica, de alivio y felicidad. La gente se los quedaba mirando según pasaban a su lado. Kelly seguía abrazándolo enérgicamente, su cabeza estaba apretada contra el pecho de Jake, podía oír su corazón latir con fuerza. Eso la hizo pensar en el otro latido, el que habían visto juntos, el del hijo de ambos.

Capítulo 9

PARA Kelly, las semanas siguientes fueron las más felices de su vida. En la universidad tenía vacaciones de Semana Santa, por lo que podía estar en casa todo el día, leyendo y tejiendo ropita de bebé, con Jake por compañía.

Él no llevó a cabo su idea de hacer punto, se lo dejó a la experta, pero en su lugar compró un osito de peluche que según Kelly era lo suficientemente grande como para aplastar a cualquier bebé.

Para Kelly, era el embarazo con el que había soñado la última vez, con el padre del bebé a su lado. La única cosa que lo estropeaba todo era que él no sabía que era el padre.

Algunas veces ella se preguntaba por qué no se lo había dicho. Estaba segura de que él lo sospechaba y que estaba esperando a que ella se lo confirmase. Pero nunca se lo preguntó, ¿no le importaría la respuesta? Él se estaba comportando como el hermano perfecto, apoyándola y ayudándola. Pero por mucho que ella lo intentase, no había ninguna intención por parte de Jake de mantener una relación distinta a la de simples hermanos. Hasta que ella no supiese exactamente qué era lo que estaba pasando en el interior de la cabeza de Jake, no se iba a arriesgar a imponerle lo que a lo mejor era una carga indeseada, teniendo en cuenta que era un hombre con muchos problemas.

Su recuperación no había terminado. Todavía no había ganado peso suficiente, su palidez no había mejorado y sus fuerzas fallaban de vez en cuando sin avisar. Pero estaba contento y siempre insistía en que se encontraba bien. Una vez, ella mencionó consultar algo al doctor y él se negó en rotundo, de tal manera que le recordó al antiguo Jake.

Un día, ella llegó de compras y se encontró la cena hecha; pero una cena muy peculiar.

–¿Sardinas y cereales? –dijo ella, atónita.

–No comiste lo suficiente de ambas cosas la última vez.

–Pero al mismo tiempo. En cualquier caso, hoy me apetecen

plátanos.

–¿Tienes antojo de plátanos? –dijo él, disgustado–. Es muy poco original.

–Aburrido, ¿verdad? De hecho, soy muy aburrida porque era un antojo pasajero, ya no me apetecen.

Él la miró dolido.

–Solo trataba de ayudar –dijo él.

–Lo sé y te lo agradezco. Pero si quieres realmente ayudarme...

–Di, cualquier cosa.

–No lo digas tan rápido, aún no sabes qué es lo que te voy a pedir.

–No importa, lo que sea. Tienes mi absoluta, obligatoria e irrompible promesa.

–Bien, ven a clases de preparación al parto conmigo.

–Me has engañado.

–¿Ah, sí? Yo nunca te he pedido una «absoluta, obligatoria e irrompible promesa».

–Entonces, olvídalo.

–¡Ni hablar!

–¡Kelly!

Ella empezó a imitar a una gallina.

–Está bien –gritó finalmente Jake.

Él mantuvo su palabra aunque protestó mucho al respecto. Llegó a la primera clase de un humor dudoso que hizo que ella sonriera. Cuando entraron y él echó un vistazo alrededor viendo otros hombres en el mismo humor que él, se relajó. La mente de periodista se apoderó de él, y para cuando la clase terminó, él había tomado nota mental de todo, preparado para hablar sensiblemente de ello de camino a casa.

–Sabía que me iba a resultar fácil –dijo él mientras abría la puerta del apartamento–. No sé por qué no querías que fuese.

–Anda, entra, y pon agua a hervir antes de que te dé una torta.

Él se rio burlonamente y entró en la casa. Ella lo miró con cariño. Jake era maravilloso cuando se comportaba así. Le hizo poner los pies en alto y le trajo un cuenco con leche y plátanos.

–Que haya paz –dijo él.

–Gracias, era justo lo que necesitaba antes de irme a la cama. Rico y ligero, si no luego tengo el estómago muy pesado. Me alegro

de que hayas aprendido algo en esas clases. Pensé que no habías prestado atención.

–Seguro –protestó, sarcástico.

Ella terminó con sus plátanos y se tumbó, estirándose mientras él le daba un masaje en los pies.

–¡Qué gusto! Sigue –apuntó ella.

–Sí, querida.

–Te pillé –gritó ella, triunfante.

–¿Qué? –dijo él tocándose la oreja.

–Juraste que jamás dirías «sí, querida».

–Yo no he dicho eso.

–Sí lo dijiste, cuando empezamos a salir. Tenías un tío que era un calzonazos. Según lo que me contabas, solamente le decía a su mujer: «sí, querida» y «no, querida». Tú decías que preferirías pedir en la calle antes que decir algo así. De hecho dijiste que era una razón perfecta para no casarse.

–¿Cuándo dije eso?

–Como un mes antes de casarnos.

–Si estás sugiriendo que me casé contigo bajo presión, estás equivocada. Ahora vete a la cama, que necesitas descansar.

Él tenía razón, pero últimamente tenía problemas para conciliar el sueño. Ya habían pasado los meses del embarazo típicos por las molestias y se encontraba llena de salud y vigor.

Un día había visto a Jake salir del baño con una toalla enrollada en la cintura. Estaba muy delgado, su bronceado había desaparecido, pero era el cuerpo que ella recordaba, y eso la excitó. Sin previo aviso se vio embargada por un deseo físico tan intenso que le cortó la respiración. Si hubiera pensado que por el hecho de estar embarazada no iba a experimentar esas sensaciones, hubiera estado equivocada. Era como si el tiempo hubiera retrocedido a la noche de la fiesta, aquella caliente y aterciopelada noche cuando Jake y ella se convirtieron en dos vibrantes animales absortos de placer; y él sabía cómo dar placer a una mujer.

Kelly aún tenía aquellos recuerdos a flor de piel, por eso la más mínima señal hacía que ella lo desease con urgencia. Cuando él había notado su mirada, sus cejas se habían arqueado de forma inquisitiva. Ella, de pronto, se dio cuenta del abismo que existía entre su deseo y su apariencia. ¿Cómo iba a responder él ante aquel

cuerpo cada vez más gordo? Entonces murmuró algo y se fue rápidamente, pero aquella noche no pudo dormir, y la siguiente, tampoco.

Se pasó un buen rato dando vueltas por su cuarto, tenía que pensar en hacer otra cosa. Intentó hacer bocadillos, leer. De nada sirvió, porque cada vez que cerraba sus ojos él estaba allí, tocándole la cara, besándola suavemente como preámbulo antes de hacerle el amor. Y cuando volvía a abrir los ojos, se encontraba sola y triste.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó una noche al encontrarla en el salón bebiéndose una taza de té–. Son las tres de la madrugada, ¿qué estás haciendo levantada?

–Simplemente, quería beber algo.

–Pero ¿haces esto todas las noches? –su voz cambió, se volvió tierna–. ¿Qué te pasa?

–Nada –dijo ella con firmeza. «Solamente que me estoy volviendo loca deseándote, y cada día que pasa estoy menos atractiva».

–Venga, cuéntaselo a tu hermano.

A ella casi se le escapó una carcajada. «Es una cosa que no puedo contársela a mi hermano».

Como ella no respondía, él cambió de táctica y empezó a contar historias divertidas, nada en particular, anécdotas de su colorida carrera. Por primera vez admitió algo que ella llevaba mucho tiempo sospechando: su miedo a volar.

–De vez en cuando me pregunto cómo he acabado en un trabajo donde no paro de volar.

–Y por supuesto, Jake Lindley no se lo puede contar a nadie –dijo ella amablemente.

–Jake Lindley se ríe del peligro. Si dejase que los demás supiesen que de vez en cuando se le sube el estómago a la garganta, ya no lo tomarían en serio.

–Y que no te tomen en serio te importa mucho, ¿verdad?

–Mucho, lo que quiero... ¡diablos! Ya no me acuerdo de lo que quiero, ahora todo parece tan lejano... ¿No te parece el pasado muy lejano ahora?

–Sí –dijo ella rápidamente–. Todo está cambiando tanto que no

sé cómo va a acabar.

Él la miró con ironía.

–¿Aún sigues sin querer contarme lo que te ronda por la cabeza?

–No puedo, de verdad que no puedo.

–¿Se lo contarías a Carl?

–Tampoco.

–Entonces, supongo que será algo importante si tampoco se lo puedes contar a él. ¿A quién se lo contarías?

–A nadie

–A nadie, me temo que es la historia de tu vida, Nadie a tu lado que escuche lo que quieres decir. Realmente no tienes a nadie, ni a un padre, ni a una verdadera madre.

–Ella lo hizo lo mejor que pudo.

–Era lamentable. ¿Por qué no estuvo ahí para protegerte de mí? Cualquier madre se habría dado cuenta de que yo era un mal partido, y tú tenías dieciocho años. Ella me lo puso fácil.

–Sé justo, ella nunca me presionó para que renunciase al bebé, dejó que me casara contigo.

–Estaba encantada de ver cómo te casabas conmigo. La dejaba libre. Pero no era exactamente la boda con la que una chica sueña ¿no?

–Tú no sabes con lo que yo soñaba –dijo ella suavemente.

–Quizá no haya sido siempre el ladrillo que parezco ser. Recuerdo una boda de unos amigos tuyos: la iglesia, la novia de blanco, los testigos y todo lo demás. Te estuve observando, te encantaba todo eso; tú habrías querido lo mismo, ¿verdad?

–Bueno...

–Y ¿qué es lo que tuviste? –dijo él avasallándola–. Fue una ceremonia pequeña y rápida, en aquel juzgado. Llevábamos ropa de diario... y tú nunca te quejaste.

–No quise. Me hubiese gustado casarme en una iglesia, pero no me importaban los detalles.

–Tú querías hacer una carrera, y no la hiciste –continuó él–. Quisiste un niño y no lo tuviste.

–Pero...

–Kelly, dime una cosa, ¿Alguien en toda tu vida ha cuidado alguna vez de ti? Quiero decir cuidar de ti realmente, darlo todo por ti, tener en cuenta tus necesidades por encima de las suyas.

–Pero claro, tú…

–¡Venga! –casi gritó él–. Tú deberías saberlo, lo más importante siempre he sido yo, desde el primer día al último.

–No creo eso.

–Pues deberías. Sabes tan bien como yo que yo nunca…

–Jake, déjalo –dijo ella rápidamente–. Esto no nos hace ningún bien.

–Creía que te gustaría oír que comparto la misma pésima opinión de mí.

–Quizá la tuve una vez, pero eso ya ha pasado. Ahora tenemos una buena relación, no lo estropeemos hurgando en el pasado.

Él se encogió de hombros.

–Como bien dices, dejémoslo. ¿Qué cambiaría ahora?

Ella se levantó del sillón. Se mareó un poco, él le tomó la mano y la ayudó.

–Hay una cosa que quieres y que vas a tener –dijo él–. Estoy contento con el bebé, Kelly. Muy contento por ti. No quiero estropearlo, y te prometo que no lo haré.

–Gracias –dijo ella con voz rara–. Buenas noches, Jake.

Tenía que separarse de él antes de que se diese cuenta de que estaba al borde de las lágrimas. Si no lo hubiese parado, él hubiese arruinado todas las memorias de su matrimonio. Poco a poco hubiera ido haciendo un repaso, calificando su comportamiento de «deplorable». Sabía que él no la había querido tanto como ella a él, que se había casado con ella para asegurarse el niño.

Pero Kelly aún se animaba pensando que la había amado un poco. Sin esa creencia, los últimos ocho años se reducirían a nada. Estaba otra vez revolviendo en el pasado. Ella se enseñó a sí misma a ser más fuerte que eso. Tomó aire, se recompuso y se fue a la cama.

Jake también se fue a la cama, moviéndose con lentitud para contrarrestar el dolor que lo molestaba últimamente, pero sobre todo por los efectos demoledores de su decepción. Y, ¿qué demonios podía esperar? ¿Que se lanzara a sus brazos porque él reconocía sus errores? Ella no necesitaba que él reconociese nada para saber que había sido un egoísta y un marido pésimo. Ella ya lo sabía.

Pero se había convencido de que la amabilidad de Kelly era más que simple amabilidad, lo que demostraba lo tonto que era. Ella ni

siquiera lo había dejado acabar. Su «querida hermana» se aferraba a él porque era lo que necesitaba, debería conformarse con eso. Aun así, era como si le hubiesen cerrado una puerta en las narices.

Fue agradable encontrarse con Carl todo bronceado, el primer día de clase. De hecho era agradable ver a todo el mundo. Jake le había estropeado la mañana porque desde que se había despertado había estado de un humor de perros. Nada de lo que ella había dicho le había parecido bien. Todo lo que había hecho había provocado su crítica, hasta que finalmente ella se terminó enfadando cuando él le dijo que no llegase tarde aquella noche.

–Volveré a casa cuando quiera; deja de agobiarme, Jake.

–Solamente intento ocuparme de ti.

–Siento como si quisieses atarme: «haz esto, no hagas lo otro, ven a casa cuando yo te lo diga»...

–Muy bien, muy bien –había cedido extendiendo las manos para apartarla de él. Después, ella se acordaría de aquel gesto con tormento–. Te dejaré en paz –había gruñido él, y se había marchado a su habitación.

A su pesar, Kelly se dio cuenta de que era un alivio alejarse de él para irse a la universidad, donde ella se sentía como en casa. Carl la saludó en la distancia.

–Te veo luego –dijo él gesticulando, y luego desapareció entre la multitud.

Ella pasó el día hablando con sus compañeros, comprobando los horarios y consiguiendo la lista de los libros que tenía que leer. Al final del día había una reunión en un bar. Y justamente cuando había perdido las esperanzas de volver a ver a Carl, él apareció.

–Ven a tomar una pizza conmigo antes de irte –le dijo él.

–Estupendo, avisaré a Jake.

Pero cuando ella lo llamó, saltó el contestador automático. Le dejó un mensaje diciendo que llegaría tarde.

–Probablemente habrá ido a la esquina a comprar comida china –le dijo a Carl–. Vámonos.

Mientras comían una pizza, él le contó su viaje a Italia. Era un buen orador y sus descripciones la hacían vibrar. El tiempo pasó volando sin darse cuenta, hasta que ella miró su reloj y se dio

cuenta de que habían pasado allí tres horas.

–Jake pensará que he desaparecido –dijo ella descolgando el teléfono y marcando deprisa.

Pero de nuevo saltó el contestador automático.

–Que raro –murmuró ella–. No ha podido estar fuera tanto tiempo.

–¿Por qué no? Se encontraba lo suficientemente bien como para salir la noche que fui a tu casa. Ahora estará incluso mejor.

–No te creas, de hecho está bastante pálido... –ella se detuvo en seco llena de miedo–. Carl, tengo que irme a casa inmediatamente.

Él no discutió, corrió con ella para montarse en su coche y salir a toda prisa hacia su casa. Nada más llegar miró a su ventana y vio una luz tenue, lo que aumentó su aprensión.

–Kelly, no hay nada de lo que preocuparse –dijo Carl mientras subían en el ascensor–. Seguro que él ha vuelto de la calle y se ha olvidado de desconectar el contestador antes de irse a la cama.

–Sí, por supuesto –dijo ella con convicción, pero aun así corrió hacia la puerta en cuanto se abrieron las puertas del ascensor.

El apartamento estaba muy tranquilo. No había señal de Jake, pero había luz bajo su puerta. Con cuidado, Kelly la empujó para abrirla, y se tranquilizó al verlo tumbado en la cama. Se acercó y lo tocó en el hombro; él movió la cabeza para mirarla. Lo que ella vio hizo que corriera en busca de Carl.

–Llama a una ambulancia, rápido –dijo volviendo al lado de Jake.

La cara de Jake tenía un horrible tono grisáceo, como la primera vez que lo vio en el hospital. Sus ojos brillaban de dolor. Se quedó mirando a Kelly fijamente, como preguntándose quién era ella.

–¡Jake, Jake! –dijo llorando–. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no habré llegado a casa antes?

Tomó su mano; estaba seca y caliente.

–¿Kelly? –susurró Jake

–¿Qué te ha pasado?

Sus labios se movían dolorosamente.

–Estoy bien, ¿has tenido un buen día en al universidad?

–Al infierno con la universidad –dijo ella con violencia–. Y al infierno contigo por no decirme que estabas enfermo. No te encontrabas bien esta mañana, ¿a que no?

–Estaba un poco débil –admitió en un susurro–. Era tu primer día de vuelta a la universidad y no quería estropearlo.

–Cállate –dijo ella–. ¡Cállate, cállate! ¿Cómo has podido ser tan estúpido?

–Me sale de manera natural, supongo.

Ella estaba rota por su sentimiento de culpabilidad. Si él había sido un estúpido, ella aún más por dejarse engañar por él.

–¿Cuánto tiempo llevas encontrándote mal? –preguntó ella enfadada.

–He tenido algunas molestias en las últimas semanas.

–Pero ¿por qué no me lo has dicho?

–Nos lo estábamos pasando tan bien, estaba deseando que tuvieses vacaciones para poder estar solos. No me lo quería perder.

–Tenía que haberme dado cuenta esta mañana –dijo ella fustigándose–. Pero he sido tan tonta...

–No importa –dijo él, acariciándole la muñeca con la mano muy caliente–. Te puedes permitir ser tonta de vez en cuando, eso es lo que solíamos decir.

–Me da igual lo que solíamos decir –le dijo ella apasionadamente–. ¿Crees que eso importa ahora? Jake, te quie...

–Kelly –la voz de Carl se oyó desde la puerta–, ya están aquí.

Y de pronto los paramédicos llegaron a la habitación, montaron a Jake en una camilla y se lo llevaron corriendo a la ambulancia que esperaba en la calle. El momento de peligro había pasado.

Ella se fue con él al hospital, sin atreverse a especular sobre lo que podía haber pasado. Vio un instante al doctor Ainsley, pero este desapareció rápidamente con Jake. Carl, que había seguido a la ambulancia, se reunió con Kelly en el momento que el doctor Ainsley reaparecía sonriente y tranquilo.

–Tiene una infección masiva. No es muy bueno, pero se pondrá bien. Le he puesto algunos antibióticos. Lo que me extraña es que no haya dicho nada, ha debido de encontrarse muy mal durante días. Debería haber venido antes.

–¿Le ha preguntado por qué no había dicho nada?

–Sí, pero solamente ha murmurado algo sobre «Semana Santa» que no he entendido. Tiene demasiada fiebre para decir nada coherente, quizá se lo diga a usted más tarde.

–¿Puedo verlo?

–Solo un minuto.

Entró con cuidado en la habitación de Jake, que parecía dormido. Se sentó a su lado. Fue entonces cuando se relajó lo suficiente como para considerar las palabras sorprendentes que Jake había dicho. «Nos lo estábamos pasando tan bien», «los dos solos». Si hubiese admitido que se encontraba mal, hubiese pasado la Semana Santa en el hospital y se hubiesen perdido los días tan dulces que habían pasado.

Jake se estiró y abrió los ojos.

–Hola –murmuró.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó ella con ternura.

–Mucho mejor, ¿vas a seguir enfadada conmigo?

–No, siento lo de esta mañana; bueno, lo de ayer por la mañana. No debería haberte gritado. Estabas de mal humor porque te encontrabas mal. Deberías habérmelo dicho.

–Seguro, y estropear tu primer día después de las vacaciones.

–Entonces, ¿cuándo pensabas decírmelo?

–Pensaba llamar al hospital una vez que te hubieses ido, pero me fui a dormir y después no tuve energías, puse el contestador y volví a la cama. Cuando me desperté, escuché tu mensaje.

–Y, ¿me estuviste esperando todo ese tiempo? Si lo hubiese sabido...

–No quería que lo supieses; por cierto, ¿he visto a Carl en el apartamento o era una alucinación?

–No, estaba allí. Fuimos a tomar una pizza y me llevó a casa.

–Bien por él. ¿Te está esperando?

–Sí.

–Estupendo, así te puede llevar a casa.

–Está bien –ella se levantó con la intención de besarlo en la frente, pero él ya había cerrado los ojos y vuelto la cabeza.

Carl estaba esperando. De camino a casa, ella le explicó todo.

–¿Ha estado enfermo durante semanas y no ha dicho nada? –exclamó él–. ¿Por qué ha sido tan tonto?

–Él no es tonto –dijo ella fieramente–. Simplemente quería estar conmigo durante las vacaciones. Creo que ha sido un detalle por su parte.

–Yo también lo creo, tonto pero bueno –después de decir aquello, sabiamente se calló.

Ella no durmió aquella noche. La torturaba el recuerdo de la cara de Jake cuando se despidió de ella, y sus palabras: «No tardes». Era una súplica, ¿cómo no lo había entendido? En su lugar se tiró hacia él y Jake había levantado las manos en señal de defensa, demasiado enfermo como para enfrentarse a ella. «Se suponía que tenía que cuidar de él», pensó Kelly, hundida miserablemente, «menuda enfermera soy».

Al día siguiente casi no pudo concentrarse en clase, se marchó en cuanto pudo, recogió sus libros y se puso de camino al hospital. Su cabeza estaba llena de cosas que quería decir a Jake.

Él tenía buen color. Kelly pudo ver cómo los antibióticos le estaban haciendo efecto.

–Sí, estoy mucho mejor –contestó él a su pregunta–. Yo me recupero de cualquier cosa.

–Pues casi no te recuperas de esta. El doctor Ainsley dice que estabas muy grave.

–Vale, vale. Me hice el machote y ahora lo estoy pagando, lo siento si he sido una molestia.

–No has sido ninguna molestia, realmente he disfrutado los últimos días y me alegro de haberte tenido cerca.

–Me alegro de oírte decir eso.

Algo deslumbrante en su voz hizo que Kelly lo mirase de cerca. Vio lo que se temía: Jake se había puesto la mascara del buen humor, dejándola fuera.

Antes de que ella se fuera, el doctor Ainsley habló con ella.

–La infección impide que realice una digestión normal, por eso está tan pálido. Lo mantendré ingresado un par de semanas y cuando vuelva a casa realizará enormes progresos. ¿Qué tal lo ha llevado hasta ahora? ¿Ha sido muy problemático?, quiero decir aparte de esto.

–No, ha sido un encanto –dijo Kelly–. Especialmente estas últimas semanas.

–Cuando vuelva a casa volverá a estar igual de bien.

Ella dudaba de aquello. Aquellas semanas a solas con él habían sido maravillosas, pero se habían terminado.

Cuando Jake abandonó el hospital, estaba más delgado que nunca. En los primeros días de su convalecencia, las horas y los días habían pasado muy despacio, y ahora notaba que el tiempo

empezaba a correr muy deprisa. Por lo menos podía ver cómo Jake recuperaba su fuerza, ganaba peso, y tenía la voz más potente, pareciéndose más al Jake de siempre. Y él era consciente de ello, ya no mantenían las mismas charlas íntimas de las que ella empezaba a depender. Su atención empezó a desviarse y ella sabía que eso era un buen signo. Estaba simpático, amable y cooperador, pero era como si su historia no hubiese existido. Cualquier día estaría preparado para dejarla y volver a su vida brillante de éxitos con Olimpia. Cuando ese momento llegase, ella lo aceptaría sin resentimiento, agradecida por lo bien que lo habían pasado, mucho mejor de lo que ella se hubiese atrevido a esperar.

Capítulo 10

CADA día que pasaba, Kelly se encontraba más estable, más ella misma. Ya no volvería a ser aquella chica indecisa pendiente de las decisiones de Jake. Era una mujer madura, con sus propias decisiones y, aunque fuesen dolorosas, razón de más para seguir adelante con ellas. Veía a Jake recuperarse y acercarse al momento inevitable de su marcha, por eso decidió dar el primer paso. Su orgullo se lo pedía y pronto sería el orgullo lo único que la sustentase.

–¿No es el momento de que hagas un serio esfuerzo con Olimpia? –le dijo un día ella.

–¿Qué es exactamente lo que quieres decir?

–Venga, Jake. A ella le gusta divertirse.

Él la miró con curiosidad.

–¿A qué tipo de diversión te refieres?

Ella se encogió de hombros con una increíble indiferencia.

–Al que tú quieras, a lo mejor es el momento de que Olimpia se divierta contigo.

–¿Eso significa lo que yo creo que significa?

–Significa lo que tú quieras que signifique; simplemente, no pierdas el tiempo.

Él la miró muy furioso.

–¿Crees que soy la clase de tipo que se acuesta con una mujer para conseguir un trabajo?

–Solamente quiero decir que permanezcas a su lado.

–Me parece que estás queriendo decir bastante más que eso.

–Jake, no me importa por qué te acuestas con ella.

–O ¿si me acuesto con ella? –preguntó él peligrosamente.

Ella quería gritarle: «Eres un estúpido, por supuesto, que me importa. Te quiero y cuando te marches sentiré que mi vida ha terminado por segunda vez. ¿Acaso no lo ves?».

Pero él no lo veía, y para ella eso fue suficiente. La ceguera de Jake era una manera de autoprotección. Ella mantendría la cabeza

muy alta y se lo pondría fácil; ya lloraría cuando él se hubiera marchado.

–Ya lo hemos hablado hace mucho, el tema está cerrado. Lo único que digo es que no lo hagas aquí, mientras yo intento hacer un trabajo sobre las pirámides –dijo ella con ligereza.

–Maldita sea, eres muy cruel.

Él se enfadó, en un arrebato de cólera llamó a Olimpia y antes de que Kelly se diese cuenta tenían una cita para la noche siguiente. Kelly sabía que la única culpable de aquello era ella. Como ya era muy tarde para lamentaciones, se convirtió en toda una Anne de Clèves y lo ayudó a prepararse para su cita.

–Tienes que dar buena impresión –dijo ella cuando él protestó–. La corbata roja no, es horrible.

–Tú me la regalaste.

–¿Yo? Debía de estar enfadada contigo. La otra es mucho mejor.

–Esa me la regaló Olimpia.

–Mejor para ella, tiene mejor gusto que yo. Estará encantada si te la pones hoy –Kelly respiró satisfecha–. Qué bien huele el aftershave, ¿también te lo ha regalado ella?

–No, me lo he comprado hoy.

–Es excelente, la volverá loca –le cepilló los hombros y se echó un poco hacia atrás para verlo–. ¿Lo tienes todo? –preguntó.

–Todo.

–¿Dinero, tarjetas de crédito?

–Lo tengo todo.

–¿Una segunda tarjeta en caso de que sobrepases el límite de la primera y te la rechacen?

–Kelly, ¡por favor!

–Te pasó una vez; solo tenías una tarjeta y te quedaste colgado.

–Sí, me acuerdo –dijo él, nervioso–, te tuve que llamar.

–¿Bolígrafo?

–Bolígrafo.

–¿Los dos calcetines iguales?

–Los dos calcetines iguales.

–¿Ropa interior limpia?

–¿Qué?

–En caso de que tengas un accidente y te lleven al hospital –dijo ella, inocente–. Eso me lo solía decir mi madre.

–La mía también, no pude convencerla de que en caso de accidente, mi ropa interior sería lo último en mi cabeza.

Ellos compartieron una sonrisa.

–Ya estás listo –dijo ella–, pásatelo muy bien.

–Gracias, lo intentaré –él la miró–. ¿Estás bien?

–Nunca he estado mejor. Vas a llegar muy tarde, ¿verdad? –ella intentó que pareciese que lo deseaba.

–Quizá pase la noche fuera.

–Estupendo –dijo ella con entusiasmo.

Para ella, engañarlo de esa manera era como triunfar, pero era un triunfo triste.

El restaurante era el más caro que Jake había encontrado. El vino era el mejor de la bodega y la comida la más exquisita. Se había preocupado mucho en cuidar los detalles porque por fin iba a desconectar de todo, incluso de Kelly puesto que ella misma negaba cualquier tipo de vínculo entre ellos.

Rompería con el pasado, algo que Kelly, ya había hecho claramente. Su comportamiento lo había sacado de sus casillas. No había nada más insultante que haberlo lanzado a los brazos de Olimpia. Ya no había marcha atrás y parecía que era lo que Kelly quería. Pero él había estado pensando mientras ella daba vueltas por el apartamento hasta prácticamente echarlo. El protestar hubiese sido un punto a favor de Kelly, en el juego que parecía estaba jugando. Y si había una cosa que él no podía hacer, era dejar que aquella exasperante y absurda mujer pensase que iba ganando.

Ahora, ahí estaba él, en un restaurante con Olimpia, sabiendo que al final tendría que pasar la noche en su cama.

–Siempre supe que esto pasaría al final –dijo Olimpia sonriéndole con los ojos brillando bajo la luz de las velas. Ella extendió los brazos y tomó las manos de Jake, dándole la oportunidad de que admirara de frente su belleza.

Jake tenía que admitir que estaba fabulosa. Llevaba un vestido de seda negra muy escotado que dejaba entrever la silueta de su pecho, magnifico y tentador. Su pelo era suave y ligero, con rizos que se movían por su cara cada vez que se reía. Había estado así de guapa en otra ocasión, la noche de París, cuando él no había

pensado en otra cosa más que en seducirla. Si ella no lo hubiese dejado entrar en su habitación cuando lo hizo, él la hubiese reducido y poseído directamente en el suelo. Y cuando la puerta se cerró tras ellos y el gran momento se acercaba... todo se desvaneció, porque Kelly estaba allí esperándolos. En realidad ella estaba a miles de kilómetros de distancia, pero él la podía ver, mirándolo con sus ojos llenos de amor; por eso no pudo hacer nada. Pero Kelly no iba a arruinarle aquella noche. Los dedos de Olimpia le acariciaban la mano prometiéndole la llegada de cosas maravillosas.

–Hemos tenido muchos obstáculos que nos han mantenido separados –murmuró ella–. Pero estaba segura de que los íbamos a sortear ¿No lo creías tú también así?

–Supongo que sí. Llevo mucho tiempo sin tener despejada la cabeza.

–Cariño, lo entiendo. Ha tenido que ser muy difícil para ti, y el no poder trabajar ha tenido que volverte loco.

–Así es –reflexionó él–. No trabajar en mi puesto de trabajo habitual –sonrió haciendo una mueca–. Porque me he convertido en un amo de casa.

–Estoy segura de que has intentado sacarle el mayor provecho posible, pero la pesadilla está a punto de terminar.

–¿Qué pesadilla?

–La de estar atrapado en ese apartamento con esa mujercita hostigándote sin descanso.

–«Esa mujercita» normalmente está muy ocupada con sus estudios como para preocuparse de mí –dijo él, irónico.

–Eso es lo que quiere que pienses, pero ¿sabes lo que está tramando? Te quiere recuperar.

–Ni hablar, desde un principio no me quiso allí.

–Cariño, no seas tonto, todo es una pose.

–Pues entonces es una pose muy graciosa. A ella lo que le importa es el bebé y la universidad. Simplemente me tolera.

–Eso es lo que te deja creer, pero la cuestión es que tú estas allí, viviendo con ella, justo lo que quiere.

Jake la miró con curiosidad, preguntándose cómo era posible que un ser humano interpretase tan mal la conducta de otro.

–No es así ni mucho menos –dijo él–. Kelly me ha dejado atrás, ha cambiado, ella... –se calló porque Olimpia bostezó

delicadamente–. Lo siento.

–Querido Jake, esta noche me quiero concentrar en ti, no en Kelly. Estoy segura de que ella es un amor y por supuesto le estoy muy agradecida por cuidar de ti y por ser una buena enfermera, pero eres tú el que la ha dejado atrás. ¿Qué crees que haría si supiese que estás ahora conmigo? Se volvería loca por los celos.

Aquello puso a Jake en un apuro, puesto que era muy difícil decir a una dama que un caballero planeaba acostarse con ella por el requerimiento, prácticamente por orden, de otra dama. Pero él optó por refugiarse en un silencio cobarde.

–Tienes razón, no deberíamos hablar de ella –dijo él precipitadamente.

–¿A qué hora espera que llegues?

–Ella... mmm... sabe que volveré tarde.

–Bueno, probablemente sea bueno para ella deshacerte de ti una noche.

–¿A qué te refieres? –preguntó Jake, más antipático de lo que hubiese deseado.

–¿Te has imaginado la tensión que le debe de producir el cuidar de ti estando embarazada?

–Nos cuidamos mutuamente –dijo él firmemente.

Olimpia se rio con delicadeza.

–Que idea tan encantadora, pero me apuesto lo que quieras a que ella hace la mayoría del trabajo, al menos así lo espero. Probablemente ahora esté en la cama, disfrutando de un merecido descanso.

«Ella estará en la cama, muy bien; pero lo que yo quiero saber es: ¿dónde está Carl?», pensó Jake.

Él se recompuso y tomó la botella de champán con sus manos.

–¿Un poco más de champán, cariño? Estás preciosa esta noche.

Ella le ofreció una serena sonrisa, muy segura de sí misma, al tiempo que le apretaba la mano. Para Jake todo aquello no era nada fácil, seguramente porque había estado fuera de acción durante mucho tiempo. La miró a los ojos profundamente pensando en la noche que tenían por delante. Pero en su interior solo había un misterioso y terrorífico vacío, tan vacío como los ojos de Olimpia. ¿Cómo iba un hombre a mirar profundamente a unos ojos tan vacíos? No había nada detrás de ellos.

Tenía la sensación de estar en un sueño cuando brindaron con el champán y se fueron del restaurante.

Rápidamente encontraron un taxi, y mientras se montaban, él intentó volver a recomponerse. Un hombre que ha tomado una decisión debe llevarla a cabo, sin vacilar. La tomó entre sus brazos y ella se fundió contra él. «Que fríos están sus labios», pensó él. Pudo sentir su propio corazón latir e intentó creer que aquello era pasión, pero de alguna manera algo fallaba. Las luces fuera del taxi parecían moverse a toda velocidad. Comprimió a Olimpia contra él, apretándose contra sus labios con urgencia.

Olimpia vivía en un lujoso bloque de apartamentos, en una de las zonas más caras de la ciudad. Según cruzaban el vestíbulo, Jake sintió la suavidad de la alfombra bajo sus pies.

El apartamento era como ella misma: exquisito, moderno y muy ordenado. Tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, ella lo rodeó con sus brazos murmurando ávidamente sobre sus labios. Él hizo lo que se esperaba de él, besarla salvajemente tratando de ocultar la ausencia de sentimiento.

–Oigo el latido de tu corazón –susurró ella–. Realmente me deseas, lo puedo notar.

Él hizo un sonido gutural que ella podía interpretar como quisiese. Daba igual lo que ella pensase, el cuerpo de Jake estaba muerto y vacío de deseo. Un sudor frío le recorría la frente al pensar que tenía que besarla otra vez.

–Ven conmigo –dijo ella contra sus labios–. Voy a hacer que sea un momento inolvidable.

Se bajó la cremallera del vestido permitiendo que se deslizase hasta el suelo. Jake se quedó mirando fijamente sus atractivos, deseando que pasase algo pronto. Pero no pasó nada, incluso cuando ella le arrancó la chaqueta y empezó a desabrocharle la camisa.

Ella tomó sus manos y las guio hasta el cierre de su sujetador. Sus manos trabajaron mecánicamente hasta que el broche cedió, liberando sus pechos, que se movían vigorosamente entre sus dedos. Normalmente esto lo hubiera vuelto totalmente loco, pero esta vez sentía como si tocase algo de plástico.

De repente sintió que se caía. Se aferró a la pared preguntándose dónde estaba y qué es lo que estaba haciendo allí con esa mujer.

–¿Jake? –la voz confundida de Olimpia venía de muy lejos–. ¿Estás bien?

No se encontraba bien. Todo le daba vueltas, precipitándolo al vacío. Se había quedado en tinieblas. Su alrededor, la mujer con la que estaba, lo que estaba a punto de suceder, todo eso le parecía horriblemente banal.

Olimpia lo sujetó de los hombros, mirándolo fijamente a la cara.

–¡Jake, Jake!, ¿qué te pasa?

No pudo contestar. Estaba temblando con violencia y supo que el retumbar de sus latidos nada tenía que ver con el deseo, eran de miedo, de horror. Había caído en un abismo del que Olimpia no podía rescatarlo. Luchaba por respirar aunque se encontraba sofocado, era como si le empujasen a un agujero. Una fuerza inmensa lo acercaba al momento en el que caería en el agujero de la locura para siempre. Luchó lo mejor que pudo, pero era como si no le quedasen energías, intentarlo era inútil.

–¡Jake, tranquilízate!

De alguna manera la voz de Olimpia había atravesado la niebla llegando a su conciencia. Lo estaba zarandeando.

–¿Qué te pasa? –preguntó ella–. ¿Estás enfermo? ¿Llamo a un médico?

–No –pudo decir él–. Un doctor, no.

Él sabía lo que quería, reunió todas sus energías para acercarse al teléfono y marcar el número de la única persona que lo podía ayudar.

«Por favor, Dios mío, que esté en casa, por favor, por favor».

El teléfono del otro lado empezó a sonar.

«Ella siempre ha estado ahí para ayudarme, permite que también lo esté ahora».

El teléfono sonaba y sonaba.

«No está, pero debería, debería porque la necesito. Por favor, por favor, por favor».

–¿Hola? –contestó Kelly.

El alivio fue tan grande que Jake casi se muere.

–Kelly –dijo él con una voz que no parecía la suya.

–¿Quién es?

–Soy yo, Jake.

–Jake, ¿qué te pasa?, ¿estás enfermo?

–No lo sé –murmuró él–. Por favor, ven… quiero ir a casa y no puedo –estaba sin aliento.

–Por supuesto, ahora voy –dijo ella rápidamente–. Pero ¿qué ha pasado?

–No sé qué ha pasado –susurró él–. Pero ven rápido.

Él colgó el teléfono y apoyó la espalda contra la pared. Olimpia había seguido la conversación telefónica, indignada.

–Pero ¿qué diablos te pasa? –preguntó ella, tomándolo por los hombros y sacudiéndolo.

–Me tengo que ir a casa; lo siento, Olimpia. No soy muy buena compañía… esta noche.

–No tienes la culpa –dijo con voz de preocupación–. Has intentado hacer mucho demasiado pronto.

–Tienes razón –dijo él.

–Estás peor de lo que pensábamos.

–Tienes razón –hubiese estado de acuerdo en cualquier cosa si Kelly estuviese allí pronto.

–Creo que deberías volver al hospital –dijo Olimpia con firmeza.

–Al hospital, no. Kelly –dijo suspirando cada palabra.

–Ven y siéntate –ella lo guió hasta el sofá, donde Jake casi se colapsa.

Olimpia lo dejó un minuto mientras recogía su ropa esparcida por el suelo y desaparecía en su habitación; una vez allí, hizo una llamada.

Jake miraba algo que había en el suelo. No sabía lo que era, pero finalmente lo reconoció como su camisa. Reunió todas sus fuerzas para volver a ponérsela. El esfuerzo lo dejó totalmente exhausto. Se desplomó de nuevo en el sofá, y se quedó mirando a la pared fijamente. ¿Cuándo llegaría Kelly? ¿Cuándo la había llamado? «Por favor, Dios mío, que venga pronto», pensó Jake.

Mantuvo sus ojos cerrados, intentando aislarse de la mirada curiosa de Olimpia. Solo confiaba en una persona y no estaba allí. Le había prometido que iría, pero ¿dónde estaba? Cada vez se encontraba peor, si ella no llegase a tiempo, él…

El timbre de la puerta sonó. Era una pareja de hombres vestidos de gris.

–¿Es usted la señorita que ha llamado a la ambulancia? –preguntó uno de ellos a Olimpia.

–Así es.

–¿Qué demonios has hecho? –preguntó Jake–. ¿Quién te ha dicho que llamases a nadie?

–Cariño, necesitas ayuda.

–Y la tendré cuando Kelly llegue.

–Me refiero a ayuda profesional.

Jake se giró hacia los dos hombres.

–¿Quiénes son ustedes y de dónde son? –les susurró.

– Forest Glades –dijo uno de ellos–. La mejor clínica privada de descanso que hay.

–Al infierno con ustedes y su clínica de descanso.

–No te preocupes –descargó Olimpia–. La compañía se hará cargo de todos los gastos.

Con gran esfuerzo, Jake se recompuso. Las palabras que dijo a continuación sonaban desconocidas en sus propios oídos, como si procediesen de un robot.

–Me voy a mi casa con mi mujer. Llegará en cualquier momento.

Los dos hombres miraron a Olimpia, quien soltó una ruidosa carcajada.

–Cariño, tú no tienes mujer, estás divorciado –una enorme preocupación se percibía en su tono de voz–. Tienes que acordarte, aunque últimamente te falle la memoria.

–No he olvidado las cosas importantes –dijo él con el mismo tono áspero de voz–. Divorciado o no, Kelly es aún mi mujer, y siempre lo será.

–Jake, realmente...

–¿Quieres una prueba de ello? Está embarazada de mi hijo.

Los paramédicos lo miraron primero a él y luego a Olimpia. Jake se concentraba en mantener la calma hasta que llegase Kelly. Sentía que el control se le escapaba de las manos; si pudiese controlarlo un poquito más... ella lo arreglaría todo... era fuerte... ella siempre era fuerte.

–Perdón –alguien dijo desde la puerta. Los paramédicos la habían dejado abierta y Kelly estaba allí, de pie, sonriendo y aparentemente tranquila–. Jake, querido –dijo acercándose a él–. He venido tan rápido como he podido. ¿Estás listo para irte?

–Sí –dijo él con voz ronca.

–Perdóneme señorita... señora. ¿Puede confirmarme que es usted

su mujer? –dijo uno de los paramédicos.

–Por supuesto que lo soy –dijo Kelly con ojitos ingenuos.

Kelly estaba controlando perfectamente la situación.

El otro paramédico, un chico joven, se escandalizó al darse cuenta de que Kelly estaba embarazada.

–Siento decirle, señora, que hemos encontrado a su marido con esta... señorita –dijo con rigidez.

–¿No te has dado por vencida, Olimpia? Supongo que pensaste que sería una buena oportunidad, ahora que estoy embarazada, pero no parece que haya funcionado, ¿verdad? No importa, a ver si tienes mejor suerte en otra ocasión.

–¿Quiere decir que no le importa? –preguntó atónito el joven paramédico.

–¿Importarme ella? ¿Por qué? No es ningún peligro para mi matrimonio. Lo siento, Olimpia, la verdad es la verdad, aunque sea dolorosa.

–Es mejor que os marchéis –dijo Olimpia apretando los dientes.

–Me alegro –dijo Kelly tomando del brazo a Jake–. Siento que a ustedes dos los hayan llamado para nada. ¿Estás preparado, cariño?

–Un momento –dijo Olimpia ácidamente, desapareciendo en su habitación. Volvió un minuto después con algo en la mano; eran los gemelos de Jake–. No olvides esto.

–Gracias –dijo Kelly tomándolos. Se entrecruzaron las miradas–. Pobrecilla –dijo con suavidad.

La mirada de odio de Olimpia protagonizó uno de los momentos más gloriosos en la vida de Kelly.

Capítulo 11

DESPUÉS de lo sucedido, Jake casi no se acordaba de nada, todo se fundía en una nebulosa. Se acordaba de Kelly ayudándolo, hablándole dulcemente para hacerle más fácil aquella agonía que ella no podía comprender. Ella había pagado al taxi y lo había guiado hasta el interior del apartamento, donde lo llenó de cuidados.

–Estás temblando –dijo ella.

–No puedo parar –dijo castañeteando los dientes.

–Voy a poner la calefacción.

–No, no es ese tipo de temblor.

–Jake, ¿me puedes decir qué ha pasado?

–No lo sé –dijo él, ronco–. No lo sé. De pronto todo estaba oscuro, no sentía más que miedo y desesperación. Entonces recuerdo que tú llegaste y que pensé que si podía estar contigo estaría a salvo. ¡Abrázame, abrázame!

–Sí, cariño, sí –dijo sin darse cuenta–. Estoy aquí.

Ella también estaba desconcertada. Lo había mandado con Olimpia, diciéndose a sí misma que era lo mejor para ambos. En su mente ella había reconstruido la totalidad de la velada, la cena romántica a la luz de las velas, el camino hacia el apartamento de Olimpia, la música de fondo mientras se desnudaban y se metían en la cama. Intentó no imaginarse lo que vendría a continuación, pero le resultó imposible. Conocía el cuerpo de Jake como nadie, sabía cómo hacía el amor, las pequeñas cosas que lo excitaban. Lo había conocido como un amante cariñoso y tierno, pero también como amante salvaje y feroz. ¿Cuál de los dos sería con Olimpia? Pero cuando su tormento era insoportable, él la había llamado, implorándole su ayuda.

Ahora estaba sentada junto a Jake en el sofá, sintiendo cómo temblaba, preguntándose qué tipo de miedos lo habrían acechado y por qué en ese preciso momento. No lo obligó a hablar, no estaba en condiciones. Era suficiente con que estuviese entre sus brazos,

necesitándola como nunca lo había hecho anteriormente.

Ella había escuchado, antes de llamar a la puerta del apartamento de Olimpia, que él había dicho que era su mujer, como si el matrimonio fuera un vínculo irrompible, y que el bebé era suyo, como si su corazón siempre lo hubiese sabido. Pero nada de eso se lo había dicho a ella. Era las palabras desesperadas de un hombre desesperado. Ella fingiría que no había oído nada.

Por otro lado, lo había llamado «cariño». Su amor por él nunca había muerto. Había intentado enterrarlo, esperando olvidarse de él, pero ahora sabía que todo había sido en vano. Con el antiguo Jake había peleado, lo había insultado e incluso se había protegido contra él, pero ahora Jake había demostrado su vulnerabilidad rompiendo su corazón, ella iba a estar allí todo el tiempo que él la necesitase.

–Te estás quedando frío –dijo ella al fin–. Deberías irte a la cama.

Parecía que no podía moverse aunque quisiera. Ella lo ayudó, estaba asustada de verlo así. Su cara estaba muy pálida y tenía unas enormes ojeras.

–Quédate conmigo –susurró él–. No quiero quedarme solo. Por favor, Kelly.

–Por supuesto que me quedaré, querido. Haré todo lo que quieras. Simplemente, deja que me cambie.

Ella se fue un par de minutos y cuando regresó con el pijama puesto, él estaba de pie esperándola, desesperado.

–Ya voy –dijo ella rápidamente y tomándole la mano.

Una vez tumbados en la cama, él empezó a contarle lo sucedido, sin ocultar nada.

–Iba a acostarme con ella –dijo él–, pero no pude. Como la última vez.

–¿La última vez?

–En París. Siempre te dije la verdad de lo sucedido. Me retiré en el último momento. Era como si estuvieses allí y me impidieses hacer cualquier cosa que destruyera nuestro amor. Pero lo más gracioso es que no me creíste.

–Te creo ahora –murmuró ella–. Desearía haberte creído entonces, pero no te conocía como te conozco ahora.

Él hizo una pausa, necesitaba un poco de tiempo.

–Era como si me deslizase hasta la puerta del infierno –dijo él finalmente–. Como si mi mente hubiera guardado las cosa malas y las hubiese soltado todas de golpe –intentaba ser coherente–. Por supuesto ha sido temporal, ahora estoy bien.

–Estarás bien –prometió ella–. He decidido que no vamos a discutir.

–Sí, querida –dijo Jake riendo débilmente.

Ella sonrió en la oscuridad, pero tenía el corazón encogido porque sabía que aquello era lo que el doctor Ainsley había previsto que sucedería. Y lo peor de todo era que ella no sabía cómo iba a acabar todo aquello.

A la mañana siguiente, cuando llamó al doctor, tenía miedo de que Jake volviera a protestar, pero no lo hizo porque estaba inmerso profundamente en su propia agonía.

El médico local era un hombre enérgico, lleno de buenas intenciones, pero con muy poca imaginación. Según él, la depresión clínica era algo que se curaba con el tiempo y con medicamentos. La medicación que le recetó era muy fuerte y efectiva. Kelly aprendió mucho sobre el tema gracias a un estudiante de investigación médica, y llegó a la conclusión de que el médico solo había visto una cara del problema. Jake necesitaba más. Por el modo en que él la había necesitado, adivinó que la respuesta estaba en algo que solamente ella podía darle, pero no sabía de qué se trataba. Lo único que podía hacer era ver y estar preparada esperando a que llegase el momento.

Jake nunca antes había tenido una depresión clínica. Él creía que había sufrido una durante los primeros días en el hospital, pero ahora se daba cuenta de que aquello no había sido nada, simplemente había estado un poco bajo de ánimo, nada comparable al infierno que ahora estaba viviendo. La medicación era parcialmente efectiva, lo dejaba totalmente atontado. Ahora, la espinosa oscuridad se había transformado en una miseria difusa. Se pasaba el día sumido en un profundo letargo, mientras que por la noche no podía dormir atormentado por los demonios de la culpabilidad, futilidad y desesperación. Veía que su existencia estaba vacía y que su futuro era inexistente. Su cuerpo parecía hecho de plomo, colocar un pie delante del otro era un esfuerzo sobrehumano. No entendía lo que le estaba pasando. Veía caras

yendo y viniendo, oía voces que retumbaban en su cabeza. Escuchaba a Kelly, que le decía que todo saldría bien, que el doctor Ainsley se lo había dicho.

–Él pensó que te sucedería antes, pero te recuperaste. Estabas fuerte, era como si te hubieses librado de ello.

«Estabas fuerte». Intentó pensar en cuándo había sido fuerte. ¿No había sido su fuerza una mera ilusión? Necesitaba un apoyo incondicional, y cuando ese apoyo había fallado se dio cuenta claramente de la horrible realidad. Mientras Kelly había estado con él, Jake se había comido el mundo, pero sin ella no era nada.

Día tras día vivía entre tinieblas. Lo único real era Kelly, que poco a poco fue trasladando sus cosas a la habitación de Jake. Dormía todas las noches con él en la cama de matrimonio. Aunque la niebla fuese muy espesa, ella siempre estaba allí, mirándolo con preocupación. Se tomó unos días libres. En un principio le ponía excusas, pero acabó reconociendo que le daba miedo dejarlo solo de nuevo. Aquello hizo que viera las cosas aún más negras. Por su culpa, Kelly iba a perder otra vez su oportunidad; la historia se repetía y no podía permitirlo.

–Estoy bien –dijo él, concentrándose en las palabras–. Seguiré aquí cuando vuelvas, no me voy a ir a ninguna parte.

Al final consiguió convencerla para que se fuese. Durante horas tuvo que soportar la sensación de que las paredes lo acechaban, pero al final del día, cuando Kelly llegó, se las arregló para ofrecerle una sonrisa.

–He puesto agua a hervir –dijo él intentando parecer contento–. Siéntate mientras te preparo un té.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó ella mirándolo con inquietud.

–Mejor –mintió.

Él sabía que ella tenía sus dudas sobre su estado, por lo que intentó seguir sonriendo hasta que se fue a la cocina, donde perdió el control. Se apoyó en una repisa; estaba muy angustiado y empezó a sudar, pero un movimiento detrás de él hizo que se incorporara y se recompusiera como pudo, y antes de que ella se diese cuenta, cambió la expresión de angustia de su cara. A la mañana siguiente tuvo su recompensa. Kelly se marchó mucho más contenta, él la despidió por la ventana hasta que ella giró en una calle, y entonces las olas de la depresión se le echaron encima de nuevo.

Una vez llamó al doctor Ainsley.

–Kelly me ha dicho que usted le dijo que esto ocurriría.

–Te dieron dos balazos, eso es suficiente para que cualquier hombre se traumatice –dijo Ainsley alegremente–. Por dentro no te has recuperado del todo, y pretender que estabas bien ha hecho que las cosas empeorasen. ¿Qué medicación estás tomando? –cuando lo oyó soltó un gruñido–. No está mal, es un buen medicamento, dele tiempo a que haga su efecto y el resto déjeselo a Kelly.

Según pasaban los días, la niebla iba desapareciendo, pero Jake aún vivía como en una nube. Leyó su correo electrónico, pero solamente la mitad de los mensajes. Había problemas que resolver, que requerían su atención, pero se sentía apagado y además no sabía qué hacer para solucionarlos.

Una noche consiguió dormir unos minutos, entonces se despertó abruptamente. Había luz bajo la puerta. Se obligó a levantarse y salir de su habitación. Se encontró a Kelly tumbada en el sofá; fruncía el ceño mientras leía un libro. Al verla sintió algo contundente.

–Te estás poniendo de parto –susurró él.

–¡Jake! –dijo saltando, alarmada.

–Está bien, no estoy loco –dijo sentándose a su lado–. Supe que estabas embarazada, ¿no?

–Sí –dijo ella con dulzura–. Lo supiste.

–Ahora lo recuerdo –movió la cabeza como si tratase de librarse de un enjambre de avispas–. Hay algo que no... ¿Por qué estás aquí sola?

–Estoy bien.

–¿Por qué nunca nadie te ha protegido? –dijo rudamente–. ¿Por qué siempre eres tú quien se preocupa de todo el mundo? Tu marido debería haberte protegido, pero ya sabemos cómo es él, ¿verdad?

–No creo que nadie sepa realmente cómo es –dijo Kelly con suavidad.

–Un idiota, siempre te ha fallado y lo está haciendo otra vez.

–¿A qué te refieres?

–Te lo enseñaré.

Se levantó, se fue a la habitación y regresó con un papel, que puso en la mano de Kelly. Era un extracto del banco donde se veía

lo rápido que se estaba gastando el dinero.

–Un idiota no, un estúpido idiota –dijo malhumorado–. Nunca se molestó en ahorrar cuando le iba bien, se lo gastó todo en divertirse.

–También se lo gastó en su mujer –recordó Kelly–. Todos aquellos regalos.

–Que no eran lo que ella quería. Cuando tiene problemas no tiene nada ahorrado. Cuando me dispararon el seguro de la compañía me indemnizó, aunque intentaron que fuera lo menos posible. Es de lo que hemos estado viviendo. Pensé que volvería a trabajar mucho antes porque era Jake Lindley, el que puede con todo, pero mírame, soy un desastre.

Kelly miró fijamente el extracto bancario y se le vino a la cabeza una idea.

–Di algo por favor –suplicó él.

–Muy bien –ella puso sus manos sobre los hombros de Jake, mirándolo a la cara. Sabía que se había equivocado lanzándolo a los brazos de Olimpia y ayudando a la aparición de aquella pesadilla. Si volviera a confundirse podría condenarlo a un desastre, pero si ahora el coraje le fallaba podría condenarlo a su miseria actual para siempre–. Te voy a decir una cosa –continuó ella–. Creo que ha llegado el momento de que vuelvas a trabajar.

Jake se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

–¿Crees que alguien me iba a contratar estando como estoy?

–No vas a esperar a que nadie te contrate. Es hora de que empieces ese libro del que siempre has hablado. Dios sabe que tienes suficiente material: tantas experiencias en tantos países... y además te han disparado. El libro se venderá solo, pero tienes que escribirlo rápidamente; si lo dejas, el momento pasará. Tienes mucho tiempo, úsalo.

En silencio, ella vio interés en sus ojos.

–¿Tú crees...? ¿Realmente crees que puedo?

–Sé que sí, Jake Lindley puede cualquier cosa.

–No, no –movió su cabeza agitadamente–. Este no es Jake Lindley, no estoy seguro de que él vuelva, soy simplemente Jake.

Ella entendió.

–Siempre has sido Jake para mí –dijo ella–. Nunca me ha importado mucho Jake Lindley.

–Pero un libro… No he hecho ningún proyecto tan largo en años.

Ella le tomó las manos mirándolo fijamente a los ojos; en ese momento vio al joven de diecisiete años que había adorado hacía mucho tiempo. Fue el eco de aquella memoria lo que hizo que él hablara.

–Lo haré, si crees que puedo. Aunque mi cabeza ahora está llena de algodón.

–No tienes que escribirlo ahora. Simplemente, haz un poco de investigación y prepara la estructura. De momento puedes vender eso a una editorial.

–Lo tienes todo pensado, ¿verdad? –dijo él con un toque de admiración–. Estarás esperando una comisión como mi representante.

–Ya lo creo.

Él casi se rio y, por un momento, Kelly pensó haber despertado la chispa en él, pero su cara se volvió a turbar otra vez.

–Kelly, esto es una locura. ¿Me voy a embarcar en algo así cuando casi soy incapaz de levantarme cada mañana?

–Lo estás viendo por el lado equivocado –dijo ella con firmeza.

–¿Sí? –Jake la miraba de cerca, como esperando que le diese la llave para abrir la puerta de todos sus problemas.

–Piensa solamente en el primer paso. Cuando lo hayas dado, nos preocuparemos del segundo, pero nunca de más de uno al mismo tiempo. Tienes que decidir cuál va a ser el primer paso.

Ella lo estaba mirando, esperando a que se decidiera, pero Jake no pudo aclararse, su cabeza se había convertido en lana otra vez. El primer paso… el primer paso…

–Mis apuntes –dijo él finalmente–. Necesito releerlos. Todas las cosas del año pasado, necesito refrescar mi memoria.

–Bien, ¿dónde están?

–En mi apartamento, necesitaré ir.

–Será lo primero que hagamos mañana.

Casi estaba amaneciendo, cuando llamaron a un taxi para ir juntos al apartamento. Pero cuando estaban delante de la puerta principal, ella dudó.

–¿Prefieres que te espere fuera?

–¿Por qué iba a querer eso? –dijo él, extrañado.

–No me dejaste venir a recoger tus cosas. Mandaste a Olimpia.

–Olimpia nunca ha estado aquí. Un empleado de confianza del hospital vino y lo hizo por mí. Supongo que no quería que lo vieses.

Ella lo entendió cuando abrió la puerta. No era un hogar, era una jaula con una habitación para dormir, totalmente impersonal. La había mantenido alejada porque aquello revelaba lo que era él sin ella. Se dio cuenta de que él la miraba de cerca para ver si entendía lo que no se podía explicar con palabras. Ella sonrió y le apretó la mano. Pasó al dormitorio mientras él rebuscaba entre sus cosas. Había una cama, un armario y un escritorio. Ningún adorno, fotos o cualquier objeto personal. Nada que le recordase a nadie, ni siquiera a ella misma. Decepcionada, empezó a buscar entre los cajones algo íntimo o personal. Y lo encontró. Allí estaba todo junto, en el último cajón. Empezando por sus fotos de boda, que eran fantásticas, regalo de un amigo fotógrafo. Frunció el ceño cuando vio a Jake en ellas. ¿Era realmente él, aquel chico de aspecto travieso? ¿Con aquella mirada de adoración por la chica que tenía al lado? ¿Por qué no lo había notado entonces? A lo largo de los años, él le había hecho sus propias fotos. Había una perfecta, el color, el enfoque, la pose. En el centro había una chica riéndose llena felicidad porque el hombre que quería le estaba prestando toda su atención. Jake la había ampliado y puesto en un marco y luego la había guardado en secreto.

Ella había pensado que lo sabía todo, y ahora se daba cuenta de que estaba equivocada. El cajón guardaba dos secretos más. Un par de patucos, uno mayor que el otro. Kelly se los quedó mirando un buen rato, pensando en que el corazón de Jake era más profundo de lo que ella creía. Pero fue el último objeto lo que la hizo llorar. Un pequeño elefantito azul, con la trompa rota desde el día que se lo tiró a Jake a la cabeza. Recordaba aquella noche en el parque. «Definitivamente era Dolf el elefantito, lo sé porque... porque se le estropeó la trompa». Lo sabía porque lo había guardado todos esos años, tan afligido como ella por haber perdido aquel bebé, pero incapaz de decirlo. Y quizá afligido también por aquellos felices años que habían pasado. Inclinó la cabeza y sus lágrimas cayeron sobre Dolf.

Sintió la presencia de Jake cuando este se sentó en la cama detrás de ella. La abrazó.

–No llores– dijo él–. Se lo puedes dar a tu bebé. No le importará

lo de la trompa.

–No es eso –sollozó ella–. Es todo... teníamos muchas cosas y lo perdimos todo.

Él la apretó con fuerza y ella lloró libremente sobre su hombro. Ahora le tocaba a él consolarla e hizo lo que pudo.

–No sé que quieres que diga –dijo él–. Nunca lo he sabido. Quizá nunca hubiésemos podido conservar lo que tuvimos; éramos muy jóvenes, yo era muy patoso. Cuando te quedaste embarazada fue un alivio, me daba la oportunidad de poder atarte a mí sin posibilidad de escapatoria. No tuve un comportamiento ejemplar, pero tampoco tenía un buen carácter. Mírame –dijo sosteniendo la foto de bodas–. Era un bruto, porque tú fuiste lo mejor que me había pasado y por eso te sujeté de aquella manera.

–¿Yo... lo mejor que te había pasado... me querías?

–Nunca he querido a nadie tanto en mi vida como te he querido a ti. Y nunca lo haré. Lo único que quería era que me quisieses, pero nunca lo conseguí.

–¿Quererte? –dijo, atónita–. Pero Jake, te adoraba, debiste saberlo, te tenía idealizado.

–Sí –dijo él rápidamente–. Sabía que me tenías idealizado, pero eso no es lo mismo que el amor. Me daba un poco de miedo. Esperé a que te dieses cuenta de que era normal. Sabía que terminarías dejándome, y al final lo hiciste, pero no me puedo quejar. Tuvimos ocho años, era más de lo que esperaba.

En un principio, ella estaba demasiado sorprendida para hablar.

–Pero no fue así –dijo por fin–. Siempre era yo la que merodeaba a tu alrededor, con miedo a aburrirte. Llegaste tan lejos...

–Gracias a que tú me dijiste que podía conseguirlo. Era torpe, un bocazas que lo único que conseguía era que me echasen de todos los trabajos. Entonces te conocí, y tú realmente me admirabas, nadie lo había hecho anteriormente. Si alguien mencionaba mi nombre la gente solía decir: «Ah, ese».

–Jake, eso no es verdad.

–Sí lo es, pero nunca lo supiste. Hiciste que me viese a través de tus ojos, haciéndome creer que podía ser lo que tú pensabas que era. Y entonces, cuando rompimos, hiciste que me viera otra vez a través de tus ojos: era alguien que lo tomaba todo y no daba nada a cambio. Por eso no me opuse al divorcio, me di cuenta de que te

merecías librarte de mi –él se rio de si mismo–. Pero aun así, me autoconvencí de que te echarías atrás en el último momento; no te imaginaba arrojándote a los brazos de otro hombre.

–No lo hice, Jake, de verdad que no lo hice.

–Y ¿qué pasa con Carl?

–¿Qué pasa? Él no es el padre del bebé.

Jake estudió su rostro.

–¿Es verdad eso?

–Es verdad, tú sabes quién es el padre de este niño, lo sabes y siempre lo has sabido.

Él movió la cabeza impotente.

–Ya no sé nada, no sirve de nada que intente arreglar la situación, todo se ha perdido, todo lo que tenía y todo lo que era ya no existe.

–No, aún me tienes a mí, aún tienes al bebé y aún tienes tu talento.

Él casi no la escuchaba; estiró la mano para tocar el vientre abultado de Kelly.

–Nuestro niño –susurró él–. ¿Nuestro?

–Tuyo –dijo ella suavemente.

Ella deseaba verle la cara, pero Jake había girado la cabeza. Poco a poco él se fue deslizando hacia el suelo apoyando el rostro en su abultada tripa y empezó a llorar. Kelly intentó hablar, pero no lo hizo, no encontraría las palabras adecuadas, y no eran necesarias. Puso sus brazos alrededor de él, apretándolo mientras sollozaba.

Aquella reacción podía deberse a la desesperación de tener una nueva carga, pero el instinto de Kelly le decía que aquellas lágrimas eran de felicidad. Jake estaba desesperado por aferrarse a algo que lo salvase del caos en el que vivía, y ahora tenía una nueva esperanza.

–Dímelo otra vez –dijo él–. Dime que es mi hijo.

–Cariño, por supuesto que es tuyo, ¿de quién podría ser si no?

–Yo pensé…

–Nunca ha habido nadie aparte de ti. ¿Cómo podría haberlo? Me divorcié de ti porque pensé que te había perdido. Cuando apareciste en mi fiesta, quería que me vieses como la más guapa de todas. La verdad era que aún estaba enamorada de ti, aunque no había querido reconocerlo, y después, ¿cómo te iba a decir lo que aquella

noche había significado para mí?

–¿Me lo puedes decir ahora? –susurró él.

–Te quiero, Jake. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Este niño es tuyo, y quiero que estés aquí, que seas su padre.

–No soy ninguna ganga en el estado en el que estoy.

–Deja de hablar así –dijo ella fieramente–. Eres mío, y no voy a permitir que te marches otra vez. Recoge todo lo que quieras de aquí porque no vas a volver; te voy a llevar a casa para siempre.

Como respuesta él apoyó la cabeza en su pecho abrazándose a ella y a su hijo.

–Ya estoy en casa –dijo él.

Capítulo 12

DURANTE un tiempo estuvieron distraídos debido a cuestiones practicas. Jake puso su apartamento a la venta, y encontró un comprador inmediatamente.

–Pero quiero guardar este dinero para dar la entrada de una casa como Dios manda –dijo él–. Esta se quedará un poco pequeña cuando seamos tres.

Ella estuvo de acuerdo pero no dijo nada más, dejando a Jake que especulara sobre cómo se iban a organizar en el futuro. Por el momento era suficiente haber vuelto juntos. Cuando Jake pensaba en el futuro veía diferentes caminos sin final pero por extraño que pareciera, aquello no le había causado problemas todavía. Todo estaba en manos de Kelly, y no había unas manos en las que Jake confiara más.

–Te encuentras mucho mejor, ¿verdad? –dijo ella un día.

–Sí, ¿cómo lo sabes?

–Has dejado de hablar como un robot. Cuando te encontrabas mal tu voz era áspera, mecánica. La medicación que te dio el doctor era buena.

–No ha sido la medicación, has sido tú –pero era verdad que las nubes se estaban disipando. Ahora podía organizarse, poner orden en su trabajo; por fin había terminado la sinopsis de su libro.

–Se lo ofreceremos a una editorial –dijo Kelly–. Carl dice que la suya es excelente, a menos que quieras una distinta...

–Me parece bien, Carl me cae bien últimamente.

–Si necesitas alguna ayuda, puedo echarte una mano.

–¡No! –él gritó tan fuerte que a ella casi se le cae la taza que tenía en la mano–. Ni siquiera lo pienses, tú tienes tu propio trabajo y tienes que dedicarle toda tu atención.

–Pero yo solo...

–¡He dicho que no!

–Está bien, está bien –dijo ella deprisa.

Hubo un silencio. Su mente volvió a oscurecerse con el tormento

de que la historia se repetía. Había sido el culpable de que una vez ella perdiera la oportunidad de triunfar, y ahora ella le había ofrecido tranquilamente la oportunidad de hacerlo otra vez.

–Está bien –dijo Kelly de nuevo–. No te tomes las cosas tan en serio.

–Lo intentaré –contestó él tomándole la mano.

–Tienes que terminar el libro, porque Olimpia te llamará pronto.

–No creo, no es de las que perdonan.

–No, pero es ambiciosa. Sin ti su audiencia ha bajado.

Él se la quedó mirando con la boca abierta.

–¿Cómo lo sabes?

–Tengo un compañero de la clase de Comunicación que trabaja en su compañía, y me cuenta cosas. Parece ser que han tratado de encontrarte un sustituto que sea tan popular como tú, pero no han podido. La gente continúa preguntando por ti.

El tono de voz de Kelly no reflejaba sus sentimientos realmente. Ahora ella estaba tranquila y comedida con su hijo y con su hombre. Nada de fuera parecía afectarla en serio.

Él solo había creído a medias lo de Olimpia, pero una semana después sonó el teléfono y era ella. Estaba muy simpática, como siempre; parecía como si la noche en su apartamento nunca hubiera sucedido.

–Y ¿estás suficientemente bien como para volver al trabajo? –preguntó ella.

–Perfectamente bien.

–Tengo un trabajo que a lo mejor te interesa, se trata de...

Era un supertrabajo, un proyecto que le devolvería a la cima. Jake Lindley, la voz de la verdad. Podía volver a ser el de siempre, Kelly tenía razón.

–Suena interesante –dijo él con un tono de voz neutro.

–Estupendo, vendrás la semana que viene.

–Un momento, no he dicho que lo vaya a hacer. Aún tenemos algo pendiente entre tú y yo.

–Me sorprende que lo menciones.

–No me sorprende que tú quieras evitarlo, pero pensé que tendrías alguna explicación para Forest Glades. Me enferma pensar que estabas dispuesta a encerrarme para que no volviese con Kelly, pero siempre cabe la posibilidad de que actuases pensando

solamente en mi beneficio.

–¿La posibilidad? –gritó ella–. Aquella noche estabas fuera de sí, necesitabas ayuda y yo te la iba a ofrecer.

–Bueno, me ofreciste la ayuda equivocada.

–Y, ¿qué pasa conmigo? –chilló Olimpia–. Hablando de tu mujer y de tu hijo delante de aquellos hombres, ¿sabes cómo me hiciste quedar?

–Si no los hubieses llamado, aquello no habría pasado.

–Mira, lo siento si aquella noche me equivoqué –Olimpia hablaba nerviosa; sin Jake la audiencia había descendido drásticamente.

–Déjalo, es demasiado tarde y aunque no lo fuera no me iría a ningún sitio la próxima semana ni la que viene. El bebé está a punto de nacer y yo quiero estar aquí.

–¿Y se supone que tengo que esperar a que seas lo suficientemente hombre como para querer volver al trabajo? –dijo Olimpia.

–¿Suficientemente hombre? –saboreó las palabras despacio.

–No quise decirlo así –corrigió ella, desesperada.

–No me importa cómo querías decirlo –dijo él–. Has hecho que cambie de opinión sobre lo que significa ser un hombre. No puedo hacer ese trabajo, ni la semana que viene ni la siguiente. No voy a ver cómo nace mi hijo con una maleta en una mano y un reloj en la otra. No le voy a decir a Kelly que se dé prisa porque tengo un avión esperándome, no voy a faltar después del nacimiento, que es cuando ella me va a necesitar más que nunca. Para mí se ha terminado correr por el mundo; fue estupendo, me lo he pasado muy bien, pero fue a costa de Kelly y ahora esa parte de mi vida ha terminado.

–¿Sabes qué es lo que va a decir todo el mundo? –preguntó Olimpia de manera desagradable–. Que eres un cobarde.

–Pues que lo digan.

–No podrás recuperar tu carrera.

–Haré otra. Creo que aún tengo ofertas, y sería interesante saber qué sueldo me ofrecen.

–¿Estás loco? –la voz de Olimpia sonaba molesta–. Acabarás haciendo programas sobre jardinería.

–Me gusta la jardinería –dijo Jake, quien no había plantado una

semilla en su vida–. Estaba pensando en comprarme una casa con jardín. Adiós, Olimpia, adiós.

Colgó el teléfono y se sentó, pensativo, durante un momento. Cuando miró hacia arriba vio a Kelly en el marco de la puerta, sonriendo.

–Ya lo has oído, he sido firme.

–Sí, lo he oído. Has rechazado un trabajo para quedarte al nacimiento del bebé.

–Para estar contigo cuando nazca el bebé –corrigió él insistentemente, acercándola al sofá–. Es lo más importante que hay para mí en el mundo. Los tres debemos estar juntos, ahora y siempre. Cásate conmigo, Kelly.

–¿Qué has dicho?

Jake se puso de rodillas delante del sofá y así, sus ojos, llenos de intensidad, se pusieron a la misma altura que los de ella.

–Quiero algo más que vivir contigo, quiero que nos casemos –dijo fervientemente–. Siempre he querido estar casado contigo. Desde el principio has sido mi estrella, mi amor, pero también... –dijo dudando.

–¿El qué? –preguntó Kelly, sin creer lo que estaba oyendo.

–La roca en la que me apoyo –dijo finalmente–. Me ha costado mucho tiempo darme cuenta, pero siempre has sido el centro de todo. Me mantenías a salvo, siempre lo has hecho. Lo empecé a comprender cuando comenzaste con el proceso del divorcio. Era tan arrogante que no podía creer que siguieses adelante. No quería admitir la verdad, y la verdad era que te necesitaba. Volví pensando que aún había tiempo para parar el divorcio, iba a decirte que todo había sido un malentendido, que me dijeses tus condiciones para continuar casados. Hubiese acordado cualquier cosa con tal de frenarte.

»Pero hubo una confusión de fechas y de horario y aparecí cuando ya estábamos divorciados. Cuando llegué a tu fiesta aquella noche estaba atónito, ni siquiera te reconocí. Empecé a darme cuenta de que me había equivocado en todo. No solo había perdido mi amor, había perdido a mi mejor amiga, la persona que me había empujado a superarme. Y, en el momento más delicado de mi vida, en vez de aconsejarme estaba en mi contra.

–Ojalá me lo hubieses dicho –dijo ella suavemente.

–Lo hubiese intentado si hubiese hablado con Kelly aquella noche, pero ella no estaba, mandó a Carlotta en su lugar y Carlotta… ¡Madre mía!

–Parece que te gustó –recordó Kelly con ternura.

–Me dio la mejor noche de toda mi vida. Espero… –dudó un momento antes de decir tímidamente–: espero que algún día nos volvamos a encontrar; estoy muy interesado en reanudar nuestra relación. Pero aquella noche me asustó, de pronto vi lo preparada y deseosa que estabas de emprender una nueva vida, vi los hombres que te querían y que posiblemente te apreciarían mejor que yo. Y después de aquella noche increíble, a la mañana siguiente yo esperaba que me dijeses que todo había vuelto a la normalidad entre nosotros, pero lo único que dijiste fue que aquello era una manera perfecta de terminar nuestro matrimonio. Después de aquello me marché lo más rápido que pude; no quería que te dieses cuenta de lo cerca que había estado de rogarte que me aceptaras de nuevo.

–Si hubiese sabido esto entonces… –murmuró ella.

–Pero no era el momento adecuado para ninguno de nosotros. Te quiero, y quiero casarme contigo, y permanecer casado para siempre.

Ella le tocó la cara.

–Y yo también lo quiero así.

–Pues entonces, hagámoslo ahora mismo.

–Cariño, no podemos.

–Podríamos si obtuviésemos una licencia especial.

–Pero puedo tener el bebé en cualquier momento.

–Por eso quiero darme prisa; quiero que estemos casados antes de que nazca el niño. No es algo que pueda explicar, es un deseo irracional. Cásate conmigo Kelly, por favor.

–Está bien –dijo, encantada al ver la prisa que él tenía–. Tan pronto como lo arreglemos todo.

–Lo haré ahora –dijo Jake levantándose de un salto–. Veamos si aún son buenos mis antiguos contactos.

Y lo fueron. Alguien sabía cómo se obtenían las licencias especiales y se puso manos a la obra.

–Pero ¿no podemos solicitar una cita en el registro en el último momento? –dijo Kelly, ansiosa.

–No vamos a ir al registro. Nos casaremos por la Iglesia –él tomó su mano–. Voy a recompensarte finalmente. No te puedo dar un vestido blanco ni los testigos, pero te puedo ofrecer una iglesia y un cura.

Él empezó a marcar un número de teléfono rápidamente.

–No me digas que uno de tus contactos conoce a un cura –dijo Kelly.

–No, uno de mis contactos es un cura, y me debe un favor.

Casi sin creérselo se vio a dos días de su propia boda. Estaba atontada, el mundo daba vueltas sin control a su alrededor, pero un hecho glorioso permanecía: Jake la quería más que nunca, y se estaba estrujando los sesos por complacerla.

El cura acabó siendo el reverendo Francis Dayton, quien estuvo de acuerdo en casarlos tan pronto como llegasen las licencias. Tenía unos noventa años, estaba retirado desde hacía mucho tiempo, pero no vio problema en «tomar prestada» una iglesia.

–Hablaré con alguno de mis chicos –dijo el reverendo conspirando.

«Sus chicos» resultaron ser sus dos hijos, ahora de mediana edad, que habían seguido los mismos pasos de su padre dentro de la Iglesia.

Con la llegada de la licencia todo el mundo se puso manos a la obra. Carl iba a llevarla al altar y Marianne la ayudaría a arreglarse.

–Pero ¿qué voy a hacer con mi barriga? –dijo Kelly señalando su enorme tripa.

–Esto –dijo Marianne con una capa de terciopelo azul. Tenía aberturas a la altura de los brazos y una vez abrochada quedaba sorprendentemente elegante.

El pelo de Kelly había crecido un poco y Marianne lo pudo rizar y recogerlo en un moño. Le maquilló los ojos levemente, pero ningún maquillaje podía mejorar su belleza, Kelly estallaba de felicidad. No llevaba velo; en su lugar Marianne le puso unas flores que iban a juego con las flores de los ramos que llevaban las dos, puesto que Marianne era la dama de honor.

La boda se celebró en una pequeña capilla justo al lado de la iglesia principal. Eran cinco personas. El cura hacía, además, las veces de padrino del novio, mientras que Carl y Marianne también eran testigos.

Mientras Kelly andaba del brazo de Carl de camino al altar, podía ver a Jake de pie esperándola y mirándola fijamente. En un principio se sentía enorme, como un elefante, pero en cuanto vio la mirada de Jake se olvidó de sí misma. Aquel era el hombre a quien amaba y que la amaba a ella. Por poco lo pierden todo, pero ahora estaban juntos de nuevo, porque estaban hechos el uno para el otro. Una sonrisa se dibujaba en sus labios, pero no se podía comparar a la sonrisa de sus ojos. Él estiró el brazo y tomó su mano. El reverendo carraspeó y empezó la ceremonia.

–Queridos amigos…

Casi sin darse cuenta llegó el momento en que Jake tomó la mano de Kelly mientras el reverendo le preguntaba si la quería como esposa para el resto de su vida. Su rostro estaba pálido, pero lleno de seguridad.

–Sí, quiero.

Entonces se le formuló la misma pregunta a Kelly, pero en lugar de una respuesta hubo silencio. Todos se la quedaron mirando primero desconcertados, luego horrorizados al ver su cara llena de dolor.

–Lo siento –dijo sin aliento–. No es un buen momento.

–¿No querrás decir…? –dijo Jake.

–Me temo que sí, y ya voy por la segunda contracción; vienen muy seguidas. Jake…

–Mi coche está fuera –dijo Carl–. Será más rápido que una ambulancia.

Kelly sofocó un grito y se sujetó contra Jake.

–Nuestra boda…

–Dejádmelo a mí –dijo el reverendo–. ¿A qué hospital vais?

Se lo dijeron e inmediatamente se marchó corriendo.

Jake y Marianne ayudaron a Kelly a salir de la iglesia mientras Carl iba por el coche. Cuando se montaron, Marianne se puso delante mientras que Jake se sentó detrás rodeando a Kelly con sus brazos.

–No debería haber insistido tanto con lo de la boda –dijo él en voz baja–. Ha sido demasiado para ti.

–No, no, ha sido una idea maravillosa –protestó ella, y empezó a resoplar según le sobrevenía otra contracción.

–¿Has tenido otra? –preguntó Carl por encima de su hombro.

–Sí –dijo Jake muy serio–. Tú eres el que entiende de estas cosas, ¿qué significa?

–Significa que nos tenemos que dar mucha prisa.

Pisó a fondo el acelerador, pero aun así una moto los adelantó. El motorista llevaba un casco último modelo y sus ropas volaban al viento.

–¿Era quien yo creo que era? –preguntó Marianne, perpleja.

–Por supuesto que lo era –dijo Kelly respirando fuertemente–. Cariño –rodeó el cuello de Jake con los brazos–. Siempre hemos dicho que estábamos locos y me parece que es contagioso, la gente de nuestro alrededor también se vuelve loca.

–¡Kelly!, no me puedo creer que esto te resulte gracioso –gruñó Jake.

–Pero por supuesto que es gracioso y feliz y maravilloso, lo más maravilloso que puede pasar.

En el hospital todo estaba preparado. El reverendo Dayton había llegado primero y había avisado a los médicos. En ese momento una enfermera se estaba poniendo muy firme con él.

–Me temo que no puede –empezó a decir al reverendo.

–Sí, sí que puede –dijo Kelly tomando la mano del anciano–. Lo quiero conmigo.

–Yo también –dijo Jake apoyándola.

Kelly tuvo otra contracción, pero esquivó el dolor con su respiración. Tenía algo más importante que hacer primero.

–¡Rápido! –jadeó ella.

Mientras las enfermeras empezaron a hacer su trabajo, el anciano reverendo entró en acción.

–¿Quieres a este hombre como esposo...?

–Sí, quiero –dijo ella firmemente.

Era el turno de Jake.

–Yo, Jake, tomo a Kelly como esposa...

Ella estaba como flotando. «Hasta que la muerte nos separe» fue lo único que le oyó decir.

Así era como iba a ser a partir de ahora: hasta que la muerte los separase.

Entre dolor y dolor, pero a la vez llena de alegría, le ofreció su mano para recibir el anillo. El reverendo siguió adelante con el rito.

–Kelly y Jake, yo os declaro marido y mujer.

«Marido y mujer». Kelly sonrió al reverendo y Jake lo hizo salir de la habitación junto con Carl y Marianne. Habían pasado exactamente nueve meses desde el día de su divorcio.

–Estoy muy contenta de haberlo hecho primero –murmuró ella–. Después no hubiese sido lo mismo.

Jake asintió con la cabeza y la besó en la frente. Un nudo en la garganta le impedía hablar. Todo su mundo se había puesto patas arriba. Las cosas que antes parecían importantes ahora eran triviales. Ahora lo único que le importaba era aquella mujer y aquel niño que habían creado juntos. Era el nacimiento que Kelly había deseado tanto, con Jake a su lado compartiendo la experiencia. Al contrario de la mayoría de las primerizas, Kelly tuvo un parto rápido y en unos minutos tuvo a su niño entre los brazos.

–Se parece a ti –susurró ella–. Impaciente y con prisa de entrar en acción.

–Pues será algo que tendré que advertirle; es muy fácil perderse las cosas que realmente importan.

–Tu hijo no hará caso a ningún consejo.

–Mi hijo –dijo Jake, maravillado–. Nuestro hijo, ¿es posible?

–Todo es posible, mi amor, o nunca nos hubiéramos vuelto a unir.

Al día siguiente, el reverendo Francis volvió para terminar con el papeleo. Estuvo contando a Kelly cómo el día anterior había llegado al hospital gritando y preguntando por la maternidad.

–Me miraron de arriba abajo y casi me detienen –dijo con profunda satisfacción–. También me paró la policía, pensaron que era un Ángel del Infierno; no me lo había pasado también en años, pero ¿de verdad vais a llamar al pequeño Francis? Bueno, bueno, ya me voy, que viene tú marido.

Jake tenía una sorpresa para ella. Llegó con los brazos cargados de libros.

–¿Qué es todo eso? –preguntó ella después de que le diera un beso.

–Tienes mucho que estudiar antes de que empiece el próximo trimestre –dijo él–. Y deberías empezar ahora mismo.

–¿Ahora mismo? ¿Se te ha olvidado lo que pasó ayer?

Él se sentó en la cama, tomándole las manos.

–Nunca olvidaré lo que pasó ayer mientras viva. Ahora sería muy fácil decir que no podemos desear nada más después de haber tenido un niño.

–Sí, ¿qué mas podemos pedir, después de tener un bebé?

–Cariño aún querrás ir a la universidad y estudiar. Quizá no lo pienses ahora, pero ya lo harás y si ahora lo dejas nunca volverás a intentarlo de nuevo. Si no lo haces ahora, te arrepentirás el resto de tu vida; créeme, lo harás.

–Parece que me comprendes muy bien –dijo ella con ternura–. Te agradezco lo que estás haciendo, pero ¿qué puedo hacer yo?

–Buscar a alguien que cuide al pequeño Francis mientras tú estudias.

–Ni hablar, no quiero que ningún extraño se ocupe de mi hijo; además, no creo que nos lo podamos permitir.

–La persona en la que estoy pensando no es ningún extraño, y nos saldría muy barato; de hecho, nos saldría gratis.

Se miraron a los ojos.

–Pero ¿sabes algo sobre bebés?

–No me creo que te atrevas a preguntármelo después de aquel curso que hicimos. He leído los mismos libros que tú, sé la misma teoría que tú y tenemos la misma experiencia, es decir, ninguna.

–Estás loco –dijo encantada–. Creo que vas realmente en serio.

–Por supuesto que sí. Jake Lindley, el superhéroe, el hombre de las mil caras, ayer salvó al mundo, y hoy cambia pañales, el último reto.

–¿Estás diciendo que vas a cambiar pañales?

–¿Quieres decir que sería incapaz? Será duro, sufriré, probablemente incluso vomite, pero lo conseguiré.

Ella lo miró burlonamente.

–Pero cariño, es algo más que cuidar a un niño.

–Lo sé. Cuidaré de ti y de Francis y haré las tareas de la casa también.

Hablaba en serio; era increíble, pero era verdad. Ahora se daba cuenta de que comenzaba a entender el corazón de aquel hombre. Había resurgido desde las tinieblas más fuerte, pero una cosa no había cambiado: era todo suyo, siempre lo había sido aunque ella no hubiese sido capaz de verlo.

–¿Te parece bien? –preguntó él, preocupado de no poder leer la respuesta en su cara.

–Todo es maravilloso. Simplemente, no te veo como amo de casa.

–De momento lo haremos así –él sonrió–. Con el tiempo nos compraremos una casa y contrataremos a una interna para que tú puedas concentrarte en tus estudios, pero aun así me seguiré ocupando de algunas cosas, también es mi bebé. No quiero quedarme fuera. En cuanto nos organicemos, empezaré a trabajar en mi próximo libro.

–Pero eso lleva mucho tiempo; tienes que empezar a pensar en ideas desde ahora.

–Kelly, cariño, mira lo que tienes a tu alrededor. Ya tengo una idea para el libro: Jake Lindley, el amo de casa. Será todo un éxito –de pronto se le borró la sonrisa de la cara–. Pero todo eso es secundario, lo importante eres tú. Ya te he fallado una vez y juro que no volverá a pasar.

Se agachó sobre la cuna y tomó al niño entre sus brazos. El bebé era muy frágil, pero Jake lo acomodó de una manera instintiva. Lo miró a los ojos y el pequeño fijó su mirada en él.

–Creía que uno de los libros decía que un recién nacido no puede enfocar los ojos –dijo él.

–No, no creo que pueda.

–Pues nuestro hijo sí. Me puede ver y sabe quién soy.

–¡Jake!

–Mira, es muy listo. Mi niño, no le hagas caso; las mujeres no lo comprenden, pero nosotros nos entendemos, ¿verdad?

–¿Ah, sí? –dijo ella, mirándolos llena de ternura.

–Hijo, haremos ese libro juntos; tú me suministrarás el material que necesito y yo lo pondré por escrito. Si no me siento inspirado, solamente tienes que hacer pipí o cualquier cosa interesante. Formaremos un equipo estupendo.

–Al pobre le va a tocar hacer todo el trabajo duro –protestó ella.

Jake sonrió, satisfecho. Kelly pensó que hacía semanas que no lo veía así. Por fin la tormenta desaparecía de sus vidas. Ahora podían ver su camino, abierto y lleno de luz.